Capítulo IX

LA CARTA DE CONSUELO

Solía destacar entre las quinceañeras de mediados de los años sesenta que circulaban en los salones y fiestas santiaguinas. Muy delgada, alta y de pelo largo y liso, Consuelo Sánchez Roig no ocultaba una coquetería casi infantil.

Ocho años mayor, James Hamilton Donoso, un joven estudiante de Derecho de la Universidad Católica, se enamoró perdidamente de ella. Muy pronto Hamilton le regaló un anillo de compromiso. Consuelo dejó sus estudios en el colegio Villa María antes de terminar la enseñanza media, y se casaron en octubre de 1964. Él acababa de terminar su carrera de abogado.

En octubre de 1965, cuando Consuelo apenas tenía diecisiete años, la pareja tuvo a su primer hijo, James, como el padre. Poco tiempo después nació Philip, el segundo de los Hamilton Sánchez, y más tarde Consuelo, la menor.

Con su silueta alargada y una sonrisa vivaz, vestida esa mañana de mayo de 2010 con un pantalón y un suéter, la madre de James salió a recibirme en su departamento del piso 22 en la calle Cerro Colorado, detrás de la avenida Manquehue.

Solo el pelo, corto ahora, marca inicialmente la diferencia con la joven que tenía en la memoria. No la veía desde fines de la década del setenta o comienzos de los ochenta.

Las imágenes del pasado retornaron desde aquel e-mail que me envió su hijo en abril y volvían al primer plano. La separación de Jimmy padre y Consuelo y la consiguiente «nulidad matrimonial». La tragedia de aquella madrugada de Año Nuevo de 1976, cuando, preso de los celos y la ira, él terminó con la vida de Juan Costabal Echenique —uno de los dueños de la línea aérea

Ladeco—, la nueva pareja de ella, en la casa donde Consuelo vivía con sus tres niños. El posterior romance y matrimonio de Consuelo con el hijo de Costabal, con quien tuvo un hijo, hoy veinteañero. Fugaces visiones que se superponían mientras nos saludábamos.

Dedicada al paisajismo y los jardines, con su tablero de dibujo en una de las habitaciones del departamento, mantiene su espíritu y apariencia joviales. Preparaba en esos días invernales un viaje por un mes a Inglaterra para visitar a Philip y a sus cuatro nietos, que viven desde hace años en Europa.

La conversación surge fácil a pesar del motivo de mi visita. Tras instalarnos en su living mirando a la cordillera, habla de su hijo mayor: «Es un chiquillo muy inteligente, que tiene gran memoria, y con una característica maravillosa: él es muy veraz». Asegura que Jimmy nunca le ha mentido. «Si yo le pregunto una cosa y él no me quiere responder, me dice "mamá, no me lo pregunte porque no se lo puedo contestar", pero no me miente.»

—¿Supiste por Jimmy toda esta historia?

—Claro, Jimmy se separó aproximadamente en febrero de 2004. Él llegó a mi casa y me contó con mucha pena, muy afectado, la decisión que había tomado. En esa oportunidad, me empezó a contar del problema con Karadima. Una cosa creo que llevó a la otra. Mi percepción hacía mucho tiempo era que Jimmy estaba sufriendo enormemente y él no lo decía. Tuvo apnea de sueño, y yo lo veía que comía con mucha ansiedad, subía de peso. Se notaba una gran inquietud en él y, como mamá, percibía que algo le estaba pasando.

»Y era algo definitivamente muy fuerte y profundo que no quería exteriorizar. Hasta que vino a decirme esto... Y me planteó si se podía venir a vivir conmigo —dice Consuelo.

—¿Qué te contó?

—Me contó que el cura había abusado de él, pero no me dio mucho detalle. Un poco lo mismo que dijo en el programa de televisión. Pero que su matrimonio, de algún modo, también había

sido no sé si armado por él, pero sí lo habría llevado a tomar la decisión de casarse.

—¿Tú conociste a Karadima?

—Sí, bastante. Al principio Jimmy empezó a ir a la parroquia y fue absorbido absolutamente, de una manera tal que él iba a la universidad y a la parroquia. Y yo empecé a ir los domingos a misa a El Bosque.

Chaquetitas azules

En ese tiempo, cuando Jimmy Hamilton comenzó a ser asiduo de El Bosque, seguía viviendo en la casa de su madre, pero ella apenas lo divisaba. «No llegaba a comer nunca a la casa. Comía siempre en la parroquia y llegaba tarde. Y se levantaba para ir a la universidad. El fin de semana también tenía que ser dedicado a El Bosque. Iba a ayudar las misas, a la Acción Católica y pasaba allá.»

—¿No sospechaste que pudiera suceder algo raro?

—Nunca se me pasó por la cabeza que algo malo le podía suceder en El Bosque. Todo lo contrario. Como mamá, decía: «qué bueno que está en un lugar al amparo de la Iglesia».

—¿Tú eres católica?

—Hoy sí, soy muy católica. En ese tiempo quizá también lo era, pero no podía comulgar, iba a misa y tenía que ir a El Bosque, porque una de las cosas que decía Karadima era que su misa era la que valía. Las otras no tenían ningún valor.

—¿Tú también escuchaste eso?

—Lo que tú estás oyendo. «No, no, no, si a las otras misas usted no vaya porque no valen», señalaba. Era una cosa muy curiosa. A mí me gustaba ir a esa misa para estar cerca de Jimmy, para verlo. Con frecuencia, él leía la primera o segunda lectura. Le daban un lugar muy protagónico.

—¿De qué años estás hablando?

—Fueron varios años. Un tiempo bastante largo, desde el 83, 84, por ahí. Y veía que existía este grupo de jóvenes, todos muy

arregladitos con chaquetitas azules. De hecho, yo le preguntaba a Jimmy cómo lo hacían, y me decía que tenían un montón de chaquetas azules para todas las tallas.

—¿Las chaquetas las tenían en la parroquia?

—Sí, las tenían en la parroquia. Se les imponía cómo tenían que vestirse. Para ayudarle a Karadima en la misa tenían que estar de chaquetita azul. Eran como uniformados.

—¿Esos jóvenes iban a tu casa o toda la convivencia entre ellos era en El Bosque?

—Todo era en El Bosque. Y una cosa muy importante es que Karadima seleccionaba las amistades. Los amigos de Jimmy, cuando él estaba en El Bosque, eran los de allá, los seleccionados. Y los demás fueron todos eliminados por el cura, por a, b, o c razones. En algún minuto yo le preguntaba qué era de tal amigo del colegio, y la respuesta era «ah, no, es que no tengo tiempo», o cualquier disculpa. Pero la verdad es que eran absolutamente eliminados, porque no eran del núcleo de El Bosque.

»Lo que pasó al final, cuando Jimmy se salió, es que ninguno era amigo. Por eso se quedó muy solo. A sus amigos antiguos del colegio los dejó de ver. Y los otros, en el minuto en que él se salió de El Bosque, obviamente dejaron de ser sus amigos y le cerraron todas las puertas —comenta Consuelo.

«Manipulador de conciencias»

Después de saber lo ocurrido, Consuelo Sánchez ha ido «reconstruyendo muchas cosas» que la hacen llegar a ciertas conclusiones: «A mí me parece muy claro que el cura era muy manipulador de conciencias», afirma.

Una prueba de eso —dice— es lo que ocurría tras los abusos: «Cuando el cura toqueteaba a estos chiquillos, después los mandaba a confesarse con un curita viejo de la parroquia que es medio sordo y que yo creo que estaba sobre aviso, les decía "confiésense de faltas de pureza y no den detalles". Para mí, eso

es muy grave, porque estaba tergiversando las conciencias de los jóvenes».

Consuelo Sánchez mantiene la serenidad, pero es firme al subrayar: «En esto hay abusos de tipo sexual, pero también hay otros abusos que son intelectuales, psicológicos, porque se puede abusar de muchas maneras de las personas. Yo creo que hay daño incluso más grave que el físico. Y no me cabe duda de que Jimmy ha sufrido eso. El hecho de apoderarse de las personas emocionalmente es tremendo y es lo que este cura ha hecho».

Para la madre del principal acusador del ex párroco de El Bosque el asunto es claro: «Jimmy tenía en ese tiempo la falta de un padre y también es el caso de este chiquillo Cruz, cuyo padre había muerto recién… Karadima tomaba ese lugar, y de a poco y muy hábilmente se iba apoderando de las personas. Él partía de la carencia afectiva de esos jóvenes para apoderarse y usarlos».

«El cura nunca me miró a los ojos»

«Hay personas que me han preguntado cómo nunca pensé o dudé», comenta Consuelo. Y ella misma reafirma: «Nunca. La verdad es que en eso tengo que ser bien sincera. Jamás vi, cuando Karadima iba a mi casa a almorzar con la Verito o con Jimmy, una actitud que me hiciera sospechar».

—¿Iba a tu casa también?

—Sí, muchas veces. Iba con este séquito de jóvenes, que no eran uno ni dos, sino como cinco. Porque él no podía ir solo. Siempre andaba rodeado de una corte de mínimo cinco chiquillos jóvenes. Uno le manejaba, otro era el ayudante para acá, el otro no sé qué… Yo nunca vi una mano en una rodilla, una actitud fuera de lugar. Pero hoy, para mi sorpresa, incluso sacerdotes como Hans Kast se aburrieron de decir que no pasaba nada, porque resulta que en la parroquia siempre vieron lo que sucedía.

—¿Qué cosas recuerdas de la personalidad de Karadima?

Se detiene en actitud pensativa y trata de recordar.

—Karadima se cuidaba de mí, pero hay una cosa bien curiosa. A él siempre había que rendirle pleitesía. Y después de misa, cuando yo iba a El Bosque con mi marido y mi hijo menor, Jimmy me decía: «Mamá, venga a saludar al curita». Teníamos que ir a la sacristía, donde había un montón de gente esperando para saludarlo. Y al recordar hoy, pienso una cosa: nunca me miró a los ojos.

Y esa mirada evasiva —dice— la lleva a concluir que «él sabía muy bien que estaba actuando mal. Una persona que no es capaz de mirar a los ojos a la madre de uno de los chiquillos que estaba ahí es porque su conciencia o algo lo hace evitar la mirada».

—Y tú en ese tiempo te sentías muy orgullosa porque tu hijo era destacado...

—Claro, creo que sí, porque, además, El Bosque ha sido la iglesia de una elite. Esto que fueran todos profesionales era significativo.

—¿Tenían que ser todos profesionales?

—Sí, claro. Él maneja muchos hilos. Karadima siempre se ha rodeado de personas influyentes. Él tenía una red de influencias. Jimmy sabe de eso. Yo, aparte de ir a misa a El Bosque y de que el cura venía con estos séquitos a almorzar a la casa... no sé mucho más. Yo no sabía tampoco lo que pasaba dentro de El Bosque. Lo que sí sé es que Karadima le buscaba trabajo a ciertas personas. Se preocupaba. Recuerdo que alguna vez el cura me preguntó cómo estaba mi trabajo, porque pasé una época en que no tenía muy buena situación, y me mandó a hablar con el gerente de una empresa para hacerle el jardín a su casa. Y fui. Después todo quedó en nada. Pero sí sé que él se maneja de esa forma.

—¿Cuándo empezaste tú a oír hablar de la parroquia El Bosque?

—Hace mucho tiempo. Cuando Jimmy empezó a ir, que fue por una chiquilla que lo invitó cuando él estaba muy jovencito, siempre pensé «qué bueno», porque Jimmy quería entrar

a Medicina. Entonces encontré que sería positivo que reforzara sus principios católicos, porque las ciencias de alguna manera te alejan de los aspectos religiosos. Todo esto me parecía estupendo.

Cuando al final le contó la verdad, «creí morirme», dice Consuelo. «Porque es lo último que tú esperas escuchar que le haya pasado a un hijo. Y sobre todo por el dolor que veía en él y no veía cómo podría empezar a sanarse.»

El rosario del cardenal

Consuelo Sánchez, en esa conversación que sostuvimos en mayo de 2010, se manifestó molesta con la actitud de la Iglesia. No obstante, su crítica no abarca a todo el clero. Opina «que hay muchos sacerdotes muy buenos y muy santos». Ella sigue siendo católica. Pero se sentía desencantada porque «la Iglesia ha actuado muy mal y lento. Se ha visto un traspié tras otro en todas sus declaraciones. Archivan el expediente, y hasta el padre Francisco Walker reconoció que él filtró un documento».

Su principal crítica apunta al entonces cardenal arzobispo de Santiago Francisco Javier Errázuriz por no haber investigado con celeridad la situación. Meses más tarde tuvo la ocasión de topárselo en una ceremonia en la Catedral Metropolitana y le enrostró directamente lo que pensaba.

Tras la confesión de su hijo mayor, después de conversar con su ex nuera Verónica Miranda y de hablar con varios sacerdotes, Consuelo Sánchez decidió escribir una carta al cardenal. Esperaba que la recibiera y en ese momento se la entregaría. Lo llamó y la citaron a la casa del prelado en la avenida Simón Bolívar, en Ñuñoa.

Consuelo acudió con una prima un día de mayo de 2004. «Toqué el timbre, pensé que me iba a recibir. Pero no lo hizo y me mandó un secretario para que le entregara la carta. Bien inocente yo, se la entregué suponiendo que me harían entrar. El secretario me dijo que esperara.»

Pasó media hora y nadie aparecía, mientras Consuelo y su prima esperaban en el auto, frente a la residencia cardenalicia. En ningún momento las hicieron pasar. Hasta que al final volvió a aparecer el secretario «y me mandó un rosario de parte del cardenal».

Molesta todavía con la actitud del prelado, comenta: «No me servía de mucho un rosario. ¿Cierto? A una madre que estaba haciendo una denuncia de este tipo… Nunca supe nada más. Ni una llamada, nada, hasta el día de hoy».

«Jimmy nunca supo de esa carta. Yo no le conté a él. Esto fue algo que quise hacer por mi cuenta. Sí se lo dije a Verónica. Y posteriormente guardé el texto en el computador y, cuando Jimmy pidió su nulidad religiosa, entregué de nuevo la carta a un sacerdote.»

Un escrito olvidado

Consuelo se levanta del sillón en el living, me pide que la espere un instante y va hacia su escritorio. Vuelve con una copia de la carta. Me entrega cuatro hojas impresas por ella. «Esto es para ti. Léelo con calma», me dice. «Aquí podrás encontrar otras cosas que te pueden interesar. Esto lo escribí en mayo de 2004.»

Leí el testimonio esa noche. Desde las primeras líneas se advierte el dolor y la angustia de una madre en una situación tan atroz como esa. En realidad, no se trata propiamente de una carta, sino de un relato que parte con un llamado más propio de una oración. Se observa que Consuelo —a quien no recordaba como especialmente religiosa de joven— ha buscado en la fe el refugio ante lo que le ha tocado vivir. «Señor Jesús, ven en mi auxilio, ayúdame a relatar claramente los tristes acontecimientos que voy a escribir», estampó en las primeras líneas.

«Mi hijo mayor, hoy de treinta y ocho años, médico de especialidad cirujano gastroenterólogo, hombre de buen corazón y con una inteligencia y una memoria sobresalientes, me ha dado

un gran dolor al venir con su señora a fines del mes de enero del presente año a decirme que ha tenido una gran carga que llevar por gran parte de su vida», señala Consuelo Sánchez en el primer párrafo de su documento.

Tras aludir a la vinculación de Jimmy Hamilton con El Bosque, la madre del médico escribió: «Ahora quiero decir que mi hijo, de su boca y estando presente su señora Verónica, me ha relatado lo siguiente: "Mamá, tengo serios problemas con la Vero y me quiero separar, porque yo he mantenido durante dieciocho años una situación irregular y dolorosa en mi vida; el padre Fernando Karadima ha abusado de mí". Yo le he preguntado cómo es posible eso, ¿en qué forma? Él directamente y sin titubear me contestó: "El cura me masturbaba y luego de estos actos me pedía perdón y me aseguraba que nunca más iba a suceder. Y volvía a ocurrir"».

Consuelo Sánchez consigna que el padre Fernando «tomó a Jimmy como ayudante personal y de la parroquia para todo lo que se le ofreciera y empezó a absorberlo con todo su tiempo. A la casa llegaba siempre tarde, tipo doce o doce y media de la noche, porque siempre se quedaba a comer en la parroquia».

Describe el angustioso estado de ánimo que advertía en su hijo en esa época y manifiesta que comprende cuál era la razón de esa desesperanza: «Él ya no podía soportar más esa doble vida».

«Pienso que fue doblegado y manipulado, ya que mi hijo empezó a depender del padre Fernando en todas las áreas de su vida, definitivamente en todo», afirma Consuelo Sánchez en su carta.

Alude también a la relación del cura con Verónica Miranda, reiterando lo que han entregado en sus testimonios Jimmy Hamilton y su ex mujer: «Una vez casado, la señora fue incorporada al selecto grupo de la parroquia. Ellos tenían que ir mínimo a la misa de ocho de la noche todos los días. Al pasar el tiempo, me empecé a dar cuenta de que la Verito andaba cada día más desarreglada y sin maquillaje. Yo pensé para mí, esto no es bueno, ya que Jimmy es buenmozo y yo sabía que a él le gustaba su señora

arregladita. Hoy sé y entiendo qué pasó. El cura le decía "quien sabe de dónde vienes con esa ropa" o si estaba un poco arreglada la hacía sentirse mal (...) se entrometía en todo y manejaba hasta los más pequeños detalles de la pareja».

En otro párrafo Consuelo se refiere a las «atenciones» que Fernando Karadima tenía con su familia: «Me duele mucho saber que todo el bien que el padre Fernando hacía a nuestra familia, como ayudarnos a que mi hijo menor entrara al colegio San Benito, a ubicarme una abogada eclesiástica para mi nulidad religiosa, casar a mis hijos, bautizar a mis nietos, se lo hacía ver a Jimmy, diciendo todo lo que él hacía por nosotros», anota.

Exigencias familiares

Entre los muchos hechos preocupantes que menciona en su escrito, Consuelo manifiesta «con mucho dolor que el cura alejó a mi hijo de mí y de mi familia».

Cuenta que Karadima tenía que aprobar si Jimmy,Verónica y los niños «podían venir a almorzar a mi casa o no. Si podían visitar a sus suegros.Yo recién le pregunté a mi hijo por qué se había alejado tanto de mí y me contestó con pena: "Mamá, en verdad me alejé de todo el mundo". El cura regulaba todo, a qué colegio debían ir los niños, dónde y cuándo de vacaciones, si podían cambiar de auto o no».

Agrega que «también exigió que mis tres nietos hicieran la primera comunión en la parroquia, no en sus colegios, aunque están en colegios católicos y pienso que correspondía que no fueran separados de sus compañeros de clase en un día tan maravilloso e imborrable».

Lo anterior —dice Consuelo Sánchez en su documento— «lo relato para que exista una constancia de la manera que él usa para imponerse, dominar todo y asegurando que esta es la forma de santificarse».

«Hoy 9 de mayo de 2004 mi hijo vive en mi casa desde hace dos meses, porque está separado de su señora e hijos. Sufre cansancio permanente, insomnio y sé que él se siente culpable en parte de lo que ha pasado estos años en su vida, pero él no es culpable, solo que el padre Fernando lo ha hecho sentirse así», indica la madre.

Señala también Consuelo Sánchez en su carta, que después del alejamiento de Jimmy de El Bosque, «el padre Fernando ha desplegado un gran seguimiento mandándole recados con padres y jóvenes amigos de la parroquia para conseguir que Jimmy vuelva allá».

Describe toda la situación como «enfermiza y de clara maldad; porque mi hijo hoy sufre mucho y está muy confundido, incluso hay veces que trata de justificar al cura, diciéndome que el padre no tiene toda la culpa porque está enfermo. Mi hijo me contó que él se trató de alejar en varias ocasiones, pero él no lo dejaba, esto evidentemente le producía más presión y dolor».

Recados y temores

Más adelante, Consuelo señala: «Yo como madre sé que no ha sido solo masturbación, es peor el abuso y estoy cierta de que al menos uno o dos jóvenes más están en igual situación, que no son homosexuales, tienen señoras e hijos, pero viven tristes y enfermos, porque igual llevan este dolor del abuso».

En el mismo texto, hacia el final, tras la fecha, 12 de mayo de 2004, Consuelo Sánchez anota: «Anoche mi hijo llegó tarde ya que venía de la Clínica de operar; se sentó a conversar conmigo un rato y yo le escuchaba cómo había sido su día; estando juntos en la cocina, sonó su celular, eran las once de la noche; llamó una señora María Elena y yo podía oír lo que decía; evidentemente, la había mandado el cura, ya que nada más tenía que decirle; luego le preguntó directamente si iba a volver. Al cortar, yo le dije, "veo que aún te mandan recados y buscan todo tipo de recursos para

que vuelvas". Jimmy me dijo que sí. Yo le pregunté si temía algo y él me contestó que no».

«Le pregunté por qué existía esta verdadera persecución para volver a la parroquia, a lo que mi hijo me contestó textual: "Mamá, lo que pasa es que yo manejo mucha información", ante lo cual no hice más preguntas. Jimmy me siguió conversando de cómo se sentía esa noche y me dijo que a él ya no le importaba ser considerado un ser "deleznable", palabra fuerte que (…) él ha usado en varias oportunidades refiriéndose a sí mismo», consigna la madre.

En los momentos en que escribía esas palabras, Consuelo Sánchez todavía creía que era mejor que su testimonio no se conociera fuera de la Iglesia. En ese tiempo, para ella era «de extrema gravedad que su denuncia se filtrara al mundo. Quería hacerla solo en el ámbito eclesiástico, pues consideraba que el daño podría ser "mayor que el ya causado a mi familia, a otros jóvenes y a otros matrimonios que estoy cierta que viven vidas similares o peores que la de mi hijo (...) solo que ellos debido al dolor o a la vergüenza no lo denuncian.»

Incluso, seguramente bajo el efecto todavía —aún sin quererlo— de las advertencias de Karadima, que tantas veces escuchó en sus misas, Consuelo Sánchez en esa época temía que «el demonio» influyera para que situaciones así se divulgaran. Y por eso pedía a la Comisión actuar rápido. Con el tiempo y las demoras, cambió de parecer y respaldó desde el primer momento a su hijo Jimmy en la denuncia pública.

Con solo leer el contenido de esa carta resulta inexplicable que el cardenal arzobispo de Santiago Francisco Javier Errázuriz haya enviado solo un rosario de vuelta a la angustiada madre de una víctima de abusos sexuales. Ni una palabra de acogida. Ni una instrucción para que alguien del Arzobispado hubiera recibido a Consuelo. Ni siquiera un recado. Y tampoco se comprende que la investigación no se haya realizado con mayor prontitud.

«Curas empoderados»

Con todo, la experiencia vivida por su hijo no ha motivado el alejamiento de Consuelo Sánchez de la Iglesia. «Yo sigo queriendo a la Iglesia y sigo siendo parte de ella —manifiesta Consuelo—, pero creo que el problema es que muchos de estos curas se han empoderado de las personas, pero eso está lejos del espíritu de Jesús. Jesús fue un pastor y él dijo "yo vengo a servir, no para que me sirvan". Este no es el espíritu de Jesús. ¡Qué mal, qué distorsionado está!»

Incluso —dice— «nosotros como feligreses de alguna manera también tenemos culpa, porque endiosamos a estos curas. Creo que uno tiene que poner su fe en Jesús y en Dios y mirarlo solo a él. Pero ocurre que si uno es bautizada y se considera católica, quién bautiza a nuestros niños, quién casa a nuestros hijos, quién entierra a nuestros muertos, quién nos da la absolución, quién nos da la extremaunción… Es decir, hay una implicancia de ellos en nuestras vidas grande y son seres humanos igual que nosotros».

Y reafirma: «No he perdido mi fe porque un cura abusó de mi hijo y de muchos más. Es tristísimo, pero yo sigo siendo católica, porque mi fe está más allá. Y veo en este minuto que Jimmy, Juan Carlos Cruz, José Andrés Murillo y todos estos chiquillos en cierto modo son instrumentos de Dios para hacer ver lo que está ocurriendo. Y creo que la Iglesia necesita una purga. Necesita una renovación y mucha transparencia. La Iglesia somos todos y si todos nos alejamos ¿para qué van a seguir los curas?».

Cuando conversamos en mayo de 2010, Consuelo estaba escéptica sobre lo que ocurriría con el veredicto eclesiástico. «No lo veo muy claro con este cardenal Errázuriz —me dijo—. Quizá con el próximo.» Aunque sí mantenía cierta esperanza en el veredicto del Vaticano. Esperaba que las palabras del Papa —«no basta el perdón; se necesita justicia»— se hicieran realidad.

Al parecer, sus oraciones de los meses siguientes han sido escuchadas. El fallo de Roma marcó una señal potente. Pero

falta todavía camino por recorrer para hablar de justicia y de transparencia.

«Veo que hay una cosa muy fuerte de la Iglesia en el mundo. La Iglesia tiene que ir a una purificación y a una renovación. No sé hasta cuándo van a seguir, por ejemplo, con tanta pompa. Hoy día hasta los reyes son más sencillos que la Iglesia», comenta Consuelo Sánchez.

Y concluye: «Creo que el mundo necesita y grita por un cambio. Siento que el mundo necesita a Dios, tener en qué creer. Y si la Iglesia se nos viene abajo, se vienen abajo también muchas cosas. Para mí es importante. Y creo que para Jimmy también es importante».

Recuerda que dieron todos los pasos imaginables para «buscar en la Iglesia una solución y no en la justicia civil. Jimmy no dejó nada por mover. Fue donde este, donde el otro. Y todas sus instancias primero fueron religiosas».

Cuenta que ella le confió un día a una amiga «consagrada» su dolor que no se atrevía a compartir con nadie. Un tiempo después, la monja le dijo que un sacerdote quería hablar con ella.

—¿Por qué, por lo de Jimmy? —preguntó Consuelo.

—Sí —respondió la religiosa.

El cura, que conocía la situación de Juan Carlos Cruz, quiso reunirse con Consuelo Sánchez, quien le llevó copia de su carta. Fue ese el hilo que hizo posible que los testimonios de ambos se juntaran y, poco tiempo después, Cruz y Hamilton se decidieran a emprender acciones en común. Consuelo Sánchez prefiere mantener en reserva el nombre del religioso.

Juan Carlos Cruz me había mencionado el nombre del sacerdote con toda naturalidad y con el reconocimiento que se merece por su valentía. No obstante, el religioso aludido prefiere mantener su identidad en reserva. En todo caso, para los defensores de Karadima que hablaban de «complot», vale la pena aclarar que no es un jesuita.

Capítulo X

INVITADO A LOS DOCE AÑOS

No es alto como otros de los Karadima *boys* y sus ojos grandes y expresivos son de color café claro. La mirada aguda, el pelo muy corto y semicrespo, y la forma de hablar le dan un aire juvenil. Viste tenida de sport: polera, pantalón y una casaca de género estilo chaquetón. Su aspecto nada tiene de convencional. A simple vista, no parece un «niño de El Bosque» ni un abogado de la Universidad Católica. Quizá sus seis años de psicoanálisis y la reflexión llevada a cabo después de las experiencias vividas en su adolescencia y juventud tienen que ver con esa falta de formalidad que refleja en su vestir.

Fernando Batlle Lathrop tiene treinta y cuatro años, pero no los representa. Es abogado y soltero. Al momento de presentar la denuncia ante la justicia, trabajaba en Lan Chile, la línea aérea más grande del país.

Cual D'Artagnan en *Los tres mosqueteros* —bromeaban sus nuevos amigos denunciantes—, fue Fernando Batlle, el menor de los cuatro y el que se sumó al final al grupo, el que los convenció de que era hora de presentar las denuncias ante la justicia civil. Y él mismo contactó a su colega, el abogado Juan Pablo Hermosilla, a quien no conocía en persona.

Su testimonio es uno de los que complicaría en especial a Fernando Karadima Fariña si se confirma que los abusos cometidos en su contra empezaron cuando él era menor de edad. Y eso, de acuerdo a las disposiciones del Vaticano, merece elevados castigos y no tiene prescripción. Además, declaró ante el fiscal Xavier Armendáriz y ante el juez Leonardo Valdivieso en 2010 sobre situaciones abusivas que afectan a otras personas.

Alrededor de los catorce años —contó a la periodista Paulina de Allende Salazar en el programa *Informe Especial* del 26 abril de 2010—, partieron los abusos por parte de Karadima, que era su confesor y director espiritual. «Después de que yo le decía mis pecados, me decía "ya m'hijito, anda tranquilito" y me palmoteaba los genitales, y con la mano ahí puesta algunos segundos, me decía "ándate tranquilito". Y yo sentía una incomodidad, extrañeza. Y yo dije para mis adentros, "si este cura que es tan importante y tan santo y tan bueno se está tomando esta licencia conmigo, casi tengo que estar orgulloso de la confianza que se está dando. Esto es una cosa que debe ser una broma, no sé".»

Llamó la atención después que el juez Leonardo Valdivieso dejara pasar sus denuncias y sobreseyera el caso sin mayor investigación. El tiempo transcurrido no parece ser un factor suficiente para que no hubiera, al menos, continuado la investigación realizada por el fiscal Armendáriz, sobre todo cuando testimonios como el de Batlle manifiestan la inquietud de que hechos similares continuaban ocurriendo.

No obstante, cansado de esperar un veredicto favorable de los tribunales de justicia, Fernando Batlle Lathrop resolvió en febrero de 2011 retirar su querella y no seguir adelante con el recurso ante la Corte de Apelaciones. Consideró —según expresó en una declaración de prensa— que ya había cumplido con su objetivo de hacer conciencia en la opinión pública sobre lo ocurrido en El Bosque. Incluso le retiró el poder entregado al abogado patrocinante Juan Pablo Hermosilla para que lo representara en el juicio. Pero su testimonio es elocuente. Incluso si prefiere no seguir como querellante, es una de las víctimas del ex párroco.

Curiosamente, justo un día después de que Fernando Batlle diera a conocer su decisión, la fiscal de la Corte de Apelaciones María Loreto Gutiérrez sorprendió a quienes —como él— parecían no esperar ya nada de la justicia, con un informe en el que recomendaba una batería de diligencias a la Corte antes de cerrar el caso. Poco después, el nuevo arzobispo de Santiago, Ricardo

Ezzati, dio a conocer el contundente fallo de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Tras un período de silencio, Fernando Batlle decidió reaparecer a través de una declaración pública, tras el programa *Tolerancia Cero* del 20 de marzo de 2011. En ella apoyó en todos sus dichos a James Hamilton. Todo es «totalmente cierto», afirmó. «Tuvo mucha valentía. Llamó a las cosas por su nombre, dijo la verdad pese a las presiones, maniobras y abusos de poderes fácticos ligados a Karadima, el cardenal y la Iglesia.»

En la oportunidad, además de criticar la actitud del cardenal Errázuriz, quien nunca le respondió su denuncia, manifestó que se hacía responsable «de todo lo que dije el año pasado ante el fiscal Xavier Armendáriz, que no fue poco, lo cual repetí en su oportunidad al juez Valdivieso». Y agregó: «Mi preocupación es que ahora sacerdotes formados por Karadima repitan las mismas conductas dañando a más personas inocentes».

El mismo día de su contundente declaración le envié un e-mail contándole que este libro —en el que incluía la entrevista que habíamos sostenido— ya estaba en la editorial. En la tarde tuvimos un cordial diálogo. No obstante, al día siguiente, me sorprendió con un llamado por teléfono para decirme que lo había pensado mejor y no quería aparecer en estas páginas. Esto lo reafirmó en un e-mail del sábado 26 de marzo en que me escribe: «Te reitero, por si tuvieras algún tipo de dudas, que NO quiero aparecer en este libro, en ningún capítulo, y ni siquiera mencionado. Si te quieres basar en que el tema es público debes citar la fuente mediática. Yo confié en ti cuando fui a tu casa y te hablé del caso abiertamente por eso. Ojalá no traiciones esa confianza y actúes con la ética que señalas te caracteriza como persona. En todo caso, a mí no me parece ético que incluyas situaciones de víctimas que no te hayan dado su autorización. Sabes que en este caso no me estoy refiriendo a mi persona sino a los datos que has conseguido en tu investigación de otras personas. Son temas muy delicados y que contienen un alto grado de sufrimiento».

Tras recordarme «las normas legales vigentes», me solicita que «tome en cuenta sus palabras».

Reflexioné sobre los planteamientos de Fernando Batlle. Pese al sufrimiento experimentado por las víctimas de Karadima —como se refleja en estas páginas—, la voluntad de un entrevistado no podría llevarme a la autocensura. La ética periodística nos obliga a ser veraces y a considerar en primer plano el bien de la sociedad.

El rito de la patena

Lo conocí personalmente el 11 de junio de 2010, un mes y medio después de su aparición en el programa *Informe Especial*. Llegó esa tarde a las siete y media a mi casa con el objetivo de sostener una entrevista para este libro, como habíamos acordado previamente por teléfono.

El abogado Fernando Batlle estudió en el Verbo Divino, pero sus lazos con El Bosque se originaron en la familia. Desde 1985, cuando tenía nueve años, vivió en una casa ubicada a tres cuadras de esa parroquia, en La Brabanzón, una callecita corta, paralela a Pocuro, entre avenida El Bosque y Hernando de Aguirre, en la misma calle donde veinte años antes vivía la abuela de Luis Lira. Muchos de los cercanos de Karadima lo ubicaban a pesar de ser de otra generación, porque desde niño frecuentaba la parroquia.

Para Fernando Batlle, la casa de La Brabanzón fue el hogar donde pasó parte importante de su vida. Desde que abrió los ojos escuchó hablar de Fernando Karadima. El cura, antes de ser párroco, había casado a sus padres —en 1976— y Fernando fue bautizado por él. Igual que seis de sus hermanos.

Todo ocurría en la parroquia El Bosque para esta familia. Solo uno de los Batlle Lathrop marca la excepción, porque fue bautizado «de emergencia en la clínica», donde la ceremonia la celebró el padre Antonio Fuenzalida, también formado por Karadima, y uno de los dueños —junto a su familia— de la empresa Turismo Cocha.

Karadima era tanto el director espiritual de sus papás como del propio Fernando. Incluso lo eligió como padrino de confirmación. «Visitaba mi casa desde que yo era muy niño.»

Su padre, Fernando Batlle Moraga —en la actualidad uno de los gerentes de las empresas Falabella— y Carmen Lathrop son ingenieros de la Universidad Católica. Allí se conocieron cuando eran compañeros de curso. Participaron durante un par de años en la Acción Católica de esa iglesia, antes de su matrimonio.

Para los Batlle Lathrop, como para muchas otras parejas jóvenes de esos años setenta, Karadima «era una figura casi sagrada». Lo invitaban a comer y a almorzar muy seguido los fines de semana. Por lo menos, una vez al mes. «Desde que tengo uso de razón recuerdo que el cura iba a la casa y a nosotros desde chicos nos llevaban también siempre a misa allá», señala el abogado. Tal era la veneración a este «santo» en vida, que la familia completa de Fernando era incondicional al cura y le hacía todo tipo de favores. Su mamá hasta le lavaba la ropa.

Fernando asistía habitualmente a la parroquia a otras actividades, mientras respiraba ese ambiente familiar en que sus papás «hablaban de Karadima como de un santo». Para él, con sus ojos de niño, el cura «era una persona súper importante, que hacía esas misas de Semana Santa que desbordaban. Lo admiraba mucho». Lo veía como «muy poderoso, que venía con un séquito como de cinco personas, de un metro ochenta».

A veces —relata— «aparecía en caravana de dos autos. Eran unos Volkswagen Golf blancos. Algunas versiones decían que tenía una especie de mecenas que era este "gallo" de la Papelera, Eliodoro Matte. Le regalaban cosas, y la gente cercana a él comentaba que siempre le llegaban donaciones, porque el padre había hecho mucho bien y la gente lo quería mucho».

Como a los siete u ocho años —recuerda—, «empezamos con uno de mis hermanos a pasar la patena», esa especie de platillo dorado que colocan el sacerdote o sus ayudantes bajo la cara de los feligreses cuando el sacerdote o diácono da la comunión,

para evitar que migajas de la hostia consagrada caigan al suelo. Desempeñar esa función era un honor para los dos niños.

«Despedida de soltero»

Tenía unos doce años Fernando Batlle Lathrop cuando ocurrió un incidente que le quedó grabado en la memoria y marcó un hito para él. «Mis papás iban a una "despedida de soltero" —entre comillas porque era dentro del rito de El Bosque—, de una pareja que era cercana a la parroquia. Los curas organizaban la reunión un día en la tarde en una casa con toda la juventud. Y llegaron mis papás y el cura los hizo ir a buscarme. "¿Dónde está Fernandito? Quiero verlo", me contaron mis viejos que dijo». Entonces llegaron a su casa y lo invitaron:

—Fernando, el padre quiere que te llevemos. ¿Quieres ir? —le preguntaron.

La respuesta afirmativa no se hizo esperar. «Yo le tenía mucha admiración en ese tiempo», reitera Fernando Batlle. «De chico era muy católico y no solo porque mis papás lo fueran, sino porque desde muy niño me empecé a plantear el tema vocacional.» Cuando tenía seis o siete años y salía a caminar con su papá, ya le preguntaba sobre esto. «Tenía muy arraigada mi religiosidad católica.»

Fernando Batlle estaba contento con la invitación. Más aún cuando entró a la casa donde había unas cien personas y el cura hizo callar a la concurrencia.

—Miren quién llegó, Fernandito —recuerda el aludido que anunció Karadima.

«Y yo me sentía en otro mundo, como que esta cuestión no me puede estar pasando a mí», señala Fernando.

—¿Eras el único niño?

—El único chico, si era pura gente de dieciocho años para arriba. Me sentí como bien privilegiado, como que me estaban considerando casi un adulto. El cura me hizo sentar al lado de

él en la mesa del comedor y me hacía cariño en la pierna. Me tomaba la mano, pero nada más en esa oportunidad.

«Abuelo cariñoso»

En ese tiempo, calcula Batlle, Fernando Karadima «tendría unos sesenta años y yo doce. No se me pasaba por la cabeza nada más. Era como un abuelo cariñoso. Esa era la imagen que todos tenían de él, que era bien afectivo, de harto contacto físico».

Y comenta: «Mucha gente que lo defiende dice que "son malos entendidos, porque él era un tipo muy afectivo"».

—¿Y cómo siguió el asunto?

—Me decía que estaba muy contento conmigo, que tenía cosas importantes para mí, me repetía «tú eres especial, bla, bla, bla...». Y llenó mi vida de esperanzas. Él era muy convincente, con un carisma notable, una persona que te hacía sentir que existías tú nomás. Pero cuando él quería, podía también hacerte sentir todo lo contrario.

—¿Humillarte?

—Claro. Humillarte, hacerte sentir que no existes. Iba de un extremo al otro. Todo según su interés.

—¿En qué curso de colegio estabas?

—Como en séptimo básico, y en esa época me dijo: «No solo quiero que me ayudes con la patena, sino que también me ayudes en las misas».

«Tenía doce años. Empecé a ir primero los miércoles a las reuniones de actividad pastoral de la parroquia. Todo giraba en torno a esas reuniones que eran para adultos y niños. Después me sumé también a las otras reuniones que hacía Karadima. A las de antes de la misa, que eran de los niños, y después me pasaba a la que dirigía Karadima. Además, íbamos a rezar el rosario media hora antes de la misa», cuenta.

—¿Llegabas de uniforme de colegio?

—De repente con uniforme, pero la mayoría de las veces me cambiaba, porque el padre me decía que para ayudar la misa tenía que venir «pinteado». Yo le decía: «¿Y que es "pinteado"?». Y él contestaba: "¿Pero cómo no sabes lo que es "pinteado"?». Y se reía y se burlaba un poco de mí como diciéndome «avíspate». Al final, yo miraba para el lado y veía a todos los compadres vestidos con pantalón Dockers o Peval, los que estaban de moda, según la época, beige o gris, una camisa celeste y chaqueta azul. Y empecé a ir así, porque quería ayudar misa.

«Hacía lo que quería con nosotros»

Pero el rito no se limitaba a la ceremonia religiosa. Señala Fernando Batlle que «antes de la misa teníamos que vestir al cura con sus ornamentos». Describe la operación: «Uno le sacaba la chaqueta —a veces era yo— y se la iba a colgar al clóset mientras otro más cercano le abrochaba el cíngulo[1] —no cualquiera podía hacerlo— y le ponía la casulla[2]. Esto lo hacía el de más confianza o el presidente de la Acción Católica o un seminarista. Incluso uno le amarraba los zapatos. Era increíble. Y cuando estaba listo, entraba a decir la misa».

Al terminar la celebración, todos los jóvenes que ayudaban se iban a la sacristía. «Se ponían alrededor y unos retiraban las ropas sagradas del cura.»

Cuenta que, al comienzo, a él lo mandaba a cuidar la puerta principal de entrada «por si veía entrar gente pobre y mendigos para avisarle y llamar a carabineros». Porque aunque suene paradójico —indica— «alejaba a los pobres, porque los asociaba con ladrones». Y relata un episodio que le sucedió «un día en una de esas largas

---

[1] Cordón o cinta de seda o de lino, con una borla en cada extremo, que sirve para ceñirse el sacerdote el alba (Real Academia Española de la Lengua, RAE).

[2] Casulla viene del latín *casubla*, que significa capa con capucha. Es la vestidura que se pone el sacerdote sobre las demás para celebrar la misa, consistente en una pieza alargada, con una abertura en el centro para pasar la cabeza (Real Academia Española de la Lengua, RAE).

esperas» en que todos los jóvenes estaban atentos para ver quiénes serían elegidos para ayudar la misa celebrada por el sacerdote.

—Tú, chico, ¿cómo te llamabas? Oye, anda a cuidar la puerta, anda a ver si está lloviendo —recuerda Fernando Batlle que le dijo Karadima.

Los demás jóvenes hacían gracia de los dichos del párroco. «Todos reían, y eso para mí fue realmente humillante. Yo tenía doce o trece años.»

Batlle recuerda a Karadima desde esos años como «absolutamente cambiante de carácter, de repente venía enojado y decía "tú, tú, tú, vengan" y no miraba a nadie más. A mí de chico me la hizo hartas veces. De repente, me criticaba la ropa. "Tú estás muy rotito, así es que no te vistas así." Si a él no le gustaba determinada ropa, yo nunca más la ocupaba. Hacía lo que quería con nosotros. Ahora veo que había un gozo en él con esas actitudes. Te miraba y te decía, por ejemplo: "¿Estás con la maña?". Y después elegía a otro. Como que veía tus reacciones, veía todo».

Esos cambios hacían sufrir a Fernando Batlle. «Yo era chico y de repente me iba bien triste porque el cura era pesado, pero a la semana siguiente estaba simpatiquísimo. "Ayúdame en esto, sé perseverante; tú eres un santito, porque te he retado y tú has sido humilde." Él hablaba mucho del orgullo y de que no había que contestar cuando él decía algo que a uno no le gustara.»

—¿Lo ves como una fórmula para someterlos?

—Sí, y asociaba la humildad con poner la otra mejilla, pero de una manera especial. Siempre fue mi dilema, cómo asociaba eso yo con la autoestima. Cómo ser humilde y tener una sana autoestima. Eso lo pensé, claro, ya cuando me estaba saliendo. Pero al principio creía que yo estaba mal.

Seis misas al día

La actividad de Fernando Batlle en la parroquia El Bosque fue cada vez más intensa, al punto de que, cuando tenía unos catorce

años, no solo ayudaba en la misa todos los días, sino que los domingos se repetía seis misas. «Iba a las de ocho, de nueve, de diez, de once, de doce en el día y de ocho de la noche. Me levantaba a las siete de la mañana y no paraba. Me encantaba ayudar misa, sentía que estaba haciendo algo como público. Iba tanta gente a El Bosque y me estaba convirtiendo en una persona que aportaba.»

No obstante —relata—, las «humillaciones» continuaron: «Me acuerdo que una vez no había mujeres que pasaran la colecta. Esa era la actividad que tenían reservada para ellas, que no tenían voz ni voto ahí, no las pescaban para nada. Era misa de nueve, y como no llegaron mujeres, pesqué una de esas bolsitas y la empecé a pasar, de atrás para adelante, por la nave central. Y llegó Karadima, quien, con la cara colorada, furioso, me quitó la cuestión y me gritó delante de todo el mundo: "¡Cómo se te ocurre hacer esto, la colecta no se pasa de atrás para adelante, así la gente no te ve. Se pasa de adelante para atrás!". Me quitó la bolsa y empezó a pasar él la colecta».

Después —cuenta— «me pegó un reto increíble. Me dijo que por esa actitud "despreocupada" estaba haciendo que la gente pobre tuviera menos que comer y un montón de cosas súper fuertes, delante de todos. Fue muy humillante. Sentí que la había embarrado y que yo tenía la culpa».

A veces Fernando Batlle tenía la impresión de que el cura «se ensañaba» con él, «pero era medio bipolar. En otros momentos me invitaba a comer. Era como tincado conmigo. De repente le decía a cierta gente que yo era "cucof", que era una de las tantas palabras de la jerga de El Bosque, tal como hablaba de "cueto"».

—¿Qué es «cucof»?

—Medio loquito, pero con sentido peyorativo. Lo usaba como diciendo «este gallo habla puras idioteces, es tontito», no sé.

—¿Y qué te evoca «cueto»?

—Lo que percibí de «cueto» fue una noche que estaba en el comedor de El Bosque esperando a Karadima, como él me había dicho: tenía TV Cable, puse el Canal 26, Cinemax, que

a veces daba películas subidas de tono. Llegó el cura, me miró y me dijo: «Oye, estás viendo cueto», con una risa medio socarrona. Fue la primera vez que se lo escuché. Y después de la comida con sus elegidos, a los que invitaba especialmente, llamaba a uno o dos y los hacía pasar arriba y les decía «vamos al cueto» cuando iban para la pieza. Y como que la gente se reía. Yo no vi presencialmente nada de lo que pasó en esa pieza, pero por lo que me ocurrió a mí y por el ambiente que se vivía, no tengo ninguna duda de lo que se ha denunciado. A mí las cosas que me hizo fueron toqueteos durante la confesión y en el comedor.

—¿En qué consistió el acoso en tu caso?

—Me palmoteaba, me toqueteaba. Y había veces en que yo estaba confesándome y me hacía acercarme harto a él y me ponía la mano ahí —muestra con un ademán la zona genital— y la dejaba como puesta, mientras me daba la absolución en la frente.

—¿En el confesionario normal de la iglesia?

—En un confesionario que estaba en la sacristía, cerrado. Me hacía meterme harto para adentro del confesionario y también me trataba de dar besos en la boca y yo corría la cara. Y él se daba cuenta. Había gallos que se dejaban hacer más. Yo no me opuse fuertemente, salvo al final, cuando saqué más fuerza. Lo que ocurría es que él tenía un tacto fino en cuanto a saber hasta dónde llegar. Es muy hábil. No era todos los días. Una vez al mes, no sé, pero durante varios años. Y en el momento más inesperado. Pero casi siempre era durante la confesión.

Aclara que «no era tan fácil confesarse con Karadima, yo de repente me confesaba dos veces al año con él y las confesiones más periódicas las tenía con otros».

—¿Y ustedes consideraban un privilegio confesarse con él?

—Sí.

—¿Era tu director espiritual?

—Sí. Y hablamos harto de mi vocación y él decía que tenía ciento por ciento seguridad de que yo tenía vocación.

—¿Cómo se produjo lo de los toqueteos en la confesión?

—En la confesión siempre me decía que yo tenía vocación y me preguntaba mucho por los pecados sexuales. Y cuando terminaba me decía: «¿Eso nomás? Ya m'hijito, tienes que estar muy tranquilo». Siempre decía m'hijito o m'hijo. Y «cuida los pirulitos» y me hacía unos palmoteos en los genitales.

«De chico me gustaban hartas niñas y yo le contaba y me decía que tenía vocación y que tenía que cuidarla mucho porque era una cosa que se podía perder. Ponía siempre el ejemplo del joven rico del Evangelio.»

—¿Trataba de que no pololearas?

—Claro, absolutamente. Y no solo eso, sino una vez que yo le desobedecí y me puse a pololear, igual me dijo que yo iba a tener que responder el día del Juicio Final como el joven rico, porque Dios me había dado un regalo y yo lo había pisoteado.

—¿El regalo de la vocación?

—Claro, y yo iba a tener que dar cuenta de eso el día del Juicio Final. Y cuando a uno le planteaba de las «verdades eternas» —hablaba de esas cosas en esos términos— y de las condenas era aterrador. A mí había un ejemplo que me generaba pánico. Decía: «Imagínense que llega el día del Juicio Final y te dijeran que tu condena es que vas a tener que esperar para llegar al Cielo lo equivalente a que con un gotario cada mil años saques una gota del océano hasta que termines de vaciarlo (...), porque así de eterna es la eternidad, que no termina nunca, nunca, nunca, nunca... Entonces, imagínense el sufrimiento eterno, si se condenan», decía. Y yo quedaba pasmado, y le encontraba sentido, porque hablaba del infinito, de la eternidad, de lo que no termina nunca. Y era tan gráfico el ejemplo...

—Juan Carlos Cruz recuerda la imagen del Infierno como un calabozo, también con un sentido del tiempo infinito...

—A mí todavía ese tipo de cosas me dan vuelta... Siempre tengo inquietudes sobre la vida, la muerte, el sentido de la vida. Yo ahora las pienso no de una manera religiosa. Trato de asociar

mi muerte y lo que vendrá hacia algo positivo, que es algo que desconozco. Pero no puedo negar que todavía en ciertos momentos me acuerdo de esos ejemplos de Karadima que me han calado tan fuerte y pienso que aparecí en la nada y no hay tiempo… y si es verdad lo del infinito. Es *heavy.* Me pasó que cuando uno tiene esas primeras conciencias en relación con esos temas, tuve esos referentes. Entonces ha sido muy fuerte.

—¿Cuándo empezaste a tener un sentido crítico respecto de lo que estaba ocurriendo en El Bosque?

—Más cerca de los diecisiete o dieciocho años. Me acuerdo de que una vez me hizo un toqueteo genital delante de otra gente. Yo me puse rojo, me molestó mucho, me sentí extraño. Antes siempre había sentido cierta extrañeza, pero él lo hacía con una naturalidad increíble. Yo muy ingenuamente casi como que lo consideraba un acto de extrema confianza que nunca comenté con nadie en ese momento porque era muy chico. Como que no cachaba. Pero después me produjo esta incomodidad y él se dio cuenta. Y me dijo: «¿Estás con "la maña", por qué te pones así? Yo te estuve haciendo un cariño…». Yo le tenía mucho respeto y temor reverencial.

Abusos reiterados

En la declaración ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, parte del testimonio de Fernando Batlle quedó registrado así: «Los abusos de índole sexual que sufrí de Karadima fueron que varias veces, incluso delante de otras personas, y muchas veces también en el confesionario, me palmoteaba los genitales, en el sentido de poner su mano sobre mi pene, por encima de la ropa y tocarlo y frotarlo varias veces. Me decía "hay que tenerlo muy corcheteadito", "la vocación hay que cuidarla". Esto me dejaba muy avergonzado y confuso por esta confianza que se tomaba, como ambigua, pero, por otro lado, pensaba que era como un honor que una persona de su categoría

se tomara dicha licencia y no lo vi inicialmente como algo malo»[3].

Fernando Batlle especificó ante el fiscal que los palmoteos que le daba a la pasada «eran distintos de las caricias que me hacía en confesión, las cuales eran más prolongadas y de índole sexual».

«En algunas ocasiones, mientras me acariciaba y mantenía su mano sobre mis genitales, me decía que él tenía grandes cosas preparadas para mí, que yo era una de las personas de más confianza que tenía, pero que debía mantener a mis papás alejados, porque eran muy controladores y los criticaba mucho. Menos mal que nunca pude sacar a mis papás de ahí, aunque lo intenté», señaló en su declaración.

Agregó Batlle a Armendáriz: «También me daba besos cerca de la boca o tocándola con sus labios, como por "equivocación". Todo esto duró desde aproximadamente los catorce años hasta prácticamente cuando dejé mi trabajo pastoral con él, aproximadamente como a los diecinueve años».

«Los episodios de abuso ocurrieron muchísimas veces, tantas que no podría recordar su número», indicó Batlle en el juicio llevado por el juez suplente del Décimo Juzgado del Crimen de Santiago, Leonardo Valdivieso, ante quien ratificó lo denunciado al fiscal. Precisó que los hechos señalados tuvieron lugar desde 1989 y se mantuvieron por más de cinco años hasta que se fue Batlle de El Bosque. «En ese período también ocurrieron hechos de similar naturaleza respecto de otros jóvenes», señaló[4].

Según Fernando Batlle, «atendiendo el *modus operandi* de los hechos descritos en esta querella, y al existente en otros hechos similares que han sido denunciados respecto del querellado, claramente nos encontramos frente a un patrón de conducta mantenido en el tiempo desde al menos 1983, existiendo importantes indicios de que persistirían hasta el presente».

---

[3] Declaración ante el fiscal regional Xavier Armendáriz de Fernando José Batlle Lathrop, nacido el 23 de febrero de 1977, chileno, soltero, abogado, quien compareció el 22 de abril de 2010.

[4] Querella criminal interpuesta por Fernando José Batlle Lathrop ante el Décimo Juzgado del Crimen de Santiago, 30 de julio de 2010.

Episodio nocturno

Fernando Batlle relata en su declaración ante el fiscal Xavier Armendáriz algunos casos de los que fue testigo y da nombres de otras personas afectadas por situaciones similares a las vividas por él. Incluso habla de un sacerdote «que no tengo la más mínima duda de que fue abusado» por Karadima[5].

Describe, asimismo, una situación que le habría sucedido a su «mejor amigo durante el tiempo en El Bosque». Un día, en la casa parroquial, lo «estaba esperando desde las diez de la noche... Alrededor de las tres de la mañana, finalmente —dice—, Andrés «bajó llorando desde el dormitorio de Karadima y me contó que fue abusado por él».

En la entrevista que sostuvimos en junio de 2010, Fernando Batlle me relató el episodio y el impacto que le había provocado, pero mantuvo en reserva el nombre de su antiguo amigo. No obstante, su identidad aparece en el proceso judicial, ya que tras el relato de Batlle el fiscal Xavier Armendáriz citó al aludido y después efectuó un careo entre ambos. Además, otros testigos de la época se refirieron al asunto.

Andrés Söchting Herrera, también abogado de una importante empresa, negó rotundamente la situación que, según Batlle, habría vivido. «De lo que se me dice, en cuanto a que Fernando Batlle me haya visto salir de la pieza de Karadima llorando y le haya dicho que hayan abusado de mí, digo que eso es totalmente falso, nunca pasó algo así, no sé por qué lo inventa. Es claro que yo haya podido ir a la pieza del padre, de hecho con otros, lo acompañé algunas veces a ver el noticiero, pero, insisto, nunca pasó nada.»[6]

En su declaración ante el fiscal, Söchting señaló que «en todo el tiempo que estuve en la parroquia nunca vi una actitud impropia o

---

[5] Declaración de Fernando Batlle Lathrop ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, 22 de abril de 2010.

[6] Declaración efectuada el 12 de mayo de 2010 ante el fiscal regional Xavier Armendáriz de Andrés Felipe Antonio Söchting Herrera, 31 años, chileno, casado, nacido el 20 de enero de 1979.

equívoca en el terreno sexual». Y contó que José Andrés Murillo lo había invitado a ser parte de la denuncia y le habría dicho que «este grupo habría contactado a mucha gente, sin darme nombres aparte de Hamilton, y que actuaba como coordinador el jesuita Felipe Berríos».

Andrés Söchting es hermano de Julio, sacerdote de la Pía Unión, que vive hasta ahora en El Bosque, y escribió una carta publicada en *El Mercurio* contra los acusadores después de las primeras denuncias[7]. Católico observante, Andrés Söchting es miembro del Tribunal de Apelación Eclesiástico que se encarga de revisar las nulidades religiosas y ejerce como uno de los defensores del vínculo «y, como tal, [es el] encargado de entregar las razones de hecho y de derecho por las cuales un matrimonio no debe ser disuelto», explica el diario electrónico *El Mostrador* en una crónica que hizo alusión a este episodio el 29 de marzo[8].

El *swing-swing* en entredicho

En el careo con Fernando Batlle al que fue sometido por el fiscal Xavier Armendáriz, Söchting reiteró: «Las dos cosas que dice Fernando no son efectivas, ni hubo golpecitos de Karadima hacia los jóvenes ni tampoco ese episodio que relata Fernando en la noche, ni nunca tuvo un episodio de carácter sexual conmigo ni con nadie que yo supiese».

Batlle ratificó su versión y agregó: «Recuerdo que hacíamos una mímica por los toqueteos genitales, que llamábamos *swing-swing* y Andrés era el que más lo hacía». Por otro lado —señaló al fiscal Armendáriz—, «entiendo la situación personal de cada uno en estos hechos, no es fácil. Veo a Andrés como una víctima».

Söchting insistió en su negativa y dijo que «no es efectivo lo del *swing-swing* como toqueteo sexual del padre Fernando», aunque

---

[7] *El Mercurio*, cartas al director, 22 de abril de 2010.

[8] www.elmostrador.cl. «El abogado que salió llorando de la habitación de Karadima y que niega haber sido abusado», 29 de marzo de 2010.

admitió que «existía el nombre, pero eran golpes o juegos propios entre adolescentes».

Fernando Batlle expuso: «También vi que a Raimundo Varela Achurra, otro de mis mejores amigos durante mi paso por El Bosque, Karadima le tocó los genitales. Sin embargo, le pregunté y me dijo "no recordarlo"».

El abogado Raimundo Varela, otro integrante del grupo de la Acción Católica de mediados de los noventa, fue también llamado a declarar por Armendáriz. Tras señalar que sus más amigos en la época de El Bosque eran Andrés Söchting, Rodrigo Díaz y Fernando Batlle, indicó que no vio hechos de connotación sexual. «Pero sí recuerdo que el padre Karadima tenía la costumbre de dar golpecitos en la zona genital a los jóvenes (...) Nosotros teníamos la costumbre de bromear con ello y le decíamos *swing-swing*», confirmó. «Lo teníamos asumido y recuerdo que Andrés Söchting bromeaba con esto, repitiendo el gesto con nosotros, no recuerdo si los demás también lo hacíamos.»

Según Varela, «lo veía en el contexto de la parroquia como natural, aunque ahora y con la perspectiva de los años, no lo encuentro así». El mismo Varela recuerda que por el año 1996 o 1997 supo del episodio relatado por Batlle respecto de Söchting[5].

«Bromas de adolescentes»

Söchting y Varela fueron también llamados a un careo por el fiscal Armendáriz. En la oportunidad, Varela ratificó que «el padre Karadima efectivamente nos daba golpecitos en los genitales a algunos jóvenes de los que íbamos a la parroquia, incluyendo a Andrés, acá presente, por lo que incluso le pusimos el nombre de *swing-swing* como juego». Explicó que «entre nosotros no era necesariamente golpear en los genitales, pero tenía su claro origen en la conducta del padre Karadima».

---

[5] Declaración de Raimundo Varela Achurra ante el fiscal Xavier Armendáriz, 17 de mayo de 2010.

Raimundo Varela reiteró en el careo: «Fernando Batlle me contó en su época el episodio en que, esperando a Andrés, este último bajó como a las tres de la mañana (...), incluyendo que Karadima le dijo que se tenía que confesar con el padre Panchi». Añadió que «hace como un mes estuvimos conversando con Rodrigo Díaz Valenzuela y con Eduardo Botinelli Guzmán y ambos recordaban las mismas circunstancias. Incluso, creo, pero habría que ratificarlo con él, que Rodrigo me dijo que este último hecho lo había contado el propio Andrés en un paseo a la casa de sus papás en Santo Domingo, la llamamos El Concilio».

«No es efectivo lo que escucho respecto de los golpecitos en los genitales ni a mí ni a nadie que yo sepa, ni tampoco el episodio de la noche que se ha hablado, nada de eso existió», manifestó tajante Andrés Söchting en el careo. Insistió en que el *swing-swing* —cuya existencia admitió— «se trataba de juegos y bromas propios de adolescentes». Y advirtió ante el fiscal que «esto lo voy a sostener siempre, ante cualquier persona, por lo que otro careo sería una pérdida de tiempo».

Söchting reconoció la existencia del paseo «al que Raimundo se refiere como El Concilio». Y agregó: «Deseo decir que ninguno de mis amigos de esa época que sostienen que yo tuve un incidente con el padre Fernando nunca me preguntaron a mí si ese hecho era efectivo o no. Recién a raíz de esta investigación he tomado conciencia de esos hechos»[10].

Poder sobre las conciencias

En su declaración ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, Batlle hizo presente que «Karadima es considerado santo por la gente que acude a la parroquia El Bosque (...) Es una persona muy carismática e influyente, pero también increíblemente manipulador,

---

[10] Careo sostenido el 16 de mayo de 2010 entre Raimundo Varela Achurra y Andrés Felipe Antonio Söchting Herrera, dentro de las diligencias efectuadas por el fiscal regional Xavier Armendáriz.

autoritario y ególatra. Constantemente dice que es continuador del padre Hurtado, pues asegura que recibió un mandato de él».

Batlle se refirió en ambos tribunales al poder de Karadima sobre la conciencia de sus seguidores: «Siendo yo solamente un niño y luego un joven, el padre Karadima tenía sobre mí, como lo tenía en ese entonces y sigue teniendo sobre todos sus seguidores, un inmenso poder respecto de mi conciencia, logrando manipular mis miedos y culpas a la perfección; es por ello que se prolongó dicha situación durante tanto tiempo», señaló al juez Valdivieso.

«Karadima tiene muchos seguidores sobre los cuales también tiene una influencia total. Van muchos niños, adolescentes y jóvenes a la parroquia, todos de clase alta, pues es muy clasista y al menos en mis tiempos no hacía trabajo pastoral con mujeres, salvo pasar la colecta. En definitiva, no las pescaba y eso era bien sabido», manifestó al juez Valdivieso.

En su querella, agregó una situación que conoce por su propia experiencia: «Insisto que tiene un perfil muy dominante, influye sobre muchas personas por generaciones, está instalado en la fibra familiar y espiritual, ya que por lo general casa a los padres, bautiza a sus hijos, los prepara a la primera comunión y confirmación. Es como que estuviera en todos los hitos familiares».

Y describió ante el juez Valdivieso el funcionamiento de la Acción Católica, en términos similares a los que lo explica Juan Carlos Cruz: «Karadima tiene a sus discípulos como en distintos niveles, según la jerarquía tácita en que todos compiten por ir subiendo. Los más "avanzados", dos o tres, son los que podían entrar a su pieza y lo acompañaban en todas sus actividades sociales».

—¿En algún minuto te designó secretario? —le pregunto.

—Sí, me designó secretario… Era como el gancho que tenía para meternos. Su secretario, después decía, «secretario personal». Y después «vicepresidente». Pero en un tiempo les decía a varios «vicepresidente» y después estaba el «presidente». Esa era la jerarquía. Con los vicepresidentes era más formal la cosa, porque

te hacía pasar adelante y en las reuniones de los miércoles decía «hemos nombrado a este vicepresidente» y lo hacía hablar.

Recuerda que «a uno que hacía hablar mucho era a Ramón Salinas, hijo de uno de los socios de Salinas y Fabres, gente con muchas lucas. Estaba también Willy Salinas y el padre Tomás Salinas. Otros que estaban en esa época eran Andrés Ariztía, también de una familia con mucha plata; Antonio Fuenzalida, cuyos papás son los dueños de Turismo Cocha; Gonzalo Tocornal, nieto de Vial Espantoso. Y así suma y sigue. Karadima se rodea de gente con mucho dinero».

—¿Llegaste a ser parte del grupo más cercano?

—No, yo no estaba en el círculo de hierro de los que subía a la pieza, pero como iba todos los días y familiarmente éramos cercanos, estaba con el oído parado y escuchaba estas cosas. Pero eso es lo que yo cachaba sin escuchar las conversaciones en las piezas, sin que él me hiciera sus confidencias. Sus asuntos más personales privados no los comentaba delante de mí. Lo más lejos a lo que yo llegué fue a que me convidara a comer; le ayudaba mucho en misas, él iba a la casa de mis papás. Una vez me invitó a Puerto Varas de vacaciones a la casa de Hans Kast y después me desinvitó.

—¿Le habían regalado esa casa?

—No sé si Cristián Kast, hermano de Hans, se la habia regalado o cedido indefinidamente. Como son los dueños del Bavaria, tienen varias propiedades en Puerto Varas, porque ahí tienen mucho ganado.

Nuevas experiencias

Entretanto —cuenta Fernando Batlle— «me hice de amigos allá, gente que llegó de la parroquia de Los Castaños, en Vitacura, porque el párroco de Los Castaños, Cristóbal Lira, tenía varios jóvenes y a él lo destinaron a Maipú. Y mandó a todos estos que también eran del barrio alto para El Bosque. Entre ellos estaban

José Andrés Murillo y Francisco Costabal, uno rubio, alto, que sigue siendo presidente de la Acción Católica».

Según Fernando Batlle, antes de que llegara esa oleada proveniente de Vitacura, «entre 1992 y 1993, la parroquia estaba pasando por un momento medio crítico, no había tanta gente y yo pasé a ser de los más metidos. Pero la llegada de los provenientes de Los Castaños atrajo a más gente y de nuevo se produjo un impulso. Entre 1993 y 1995 fue el tiempo en que vi más gente mientras estuve».

Para Batlle esa fue una oportunidad de hacer amigos. «Yo nunca había conversado con nadie. Y por primera vez tuve algunos amigos, porque en El Bosque había siempre una cosa medio competitiva. Pude conversar con otros gallos que venían de afuera. Hasta ahí yo viví absolutamente entre mi familia y El Bosque. Me perdí mucho de mi tiempo de preadolescencia y adolescencia, toda esa edad que uno va a fiestas, yo estaba en El Bosque.»

Dice Fernando Batlle que se fijó mucho en las primeras percepciones de algunos de los recién llegados. «Había cosas que les chocaban. Les llamaba mucho la atención ese mesianismo de Karadima, toda esta idolatría que había hacia su persona.»

A los dieciocho recién cumplidos entró a estudiar Derecho a la Universidad Católica. «En la Universidad empecé a ir a misiones y comencé a confrontar. Hasta que llegó un momento en que me sentía incómodo con todo, con la dirección espiritual, sentía que no tenía poder de decisión, que todo había que preguntárselo al cura. Él decía que uno era el que manejaba el auto y el padre espiritual las luces del auto que iluminaban tu camino. La libertad estaba en que uno manejaba, pero el padre representaba las luces. Entonces, para mis adentros, pensaba que sus dichos me determinaban.»

Confusión y quiebre

En 1996, Fernando decidió dejar atrás El Bosque. Se sentía confundido y así se lo expresó a Karadima, quien cuando le

dijo que se quería ir, simplemente le respondió: «Nunca más vuelvas». Sin embargo, cuenta Batlle, «como una semana después me llamó de nuevo».

Fernando Batlle volvió a visitar al cura. «Esa vez le dije: "Me voy a ir pero quiero que sepa que me voy bien confundido de acá. Encuentro que hay muchas cosas súper raras". Alrededor de una semana después, me volvió a llamar y me invitó a comer y a ayudar la misa. Fui, pero después me pregunté "¿qué hago acá?". Y un mes más tarde pasé y me dijo: "¿Cómo estás m'hijito", con una suerte de diplomacia falsa, hasta que ya no fui a nunca más. Iba a misa todavía a El Bosque, pero ya no pasaba por la sacristía ni por ningún lugar por donde me pudiera topar con el cura.»

Cuando Fernando Batlle se fue, «mandó a llamar a mi mamá a través de obispos, como Tommy Koljatic, para contarle el problema que estaba teniendo conmigo. Mi mamá me defendió, mientras el cura me hacía pedazos. Karadima decía que me estaba "aleonando", en palabras de él, solo por cuestionarme la estructura de El Bosque, que me chocaba mucho. Todos estuvieron metidos en una oficina y decían que me había sublevado».

Según recuerda su hijo, Carmen Lathrop en esa conversación fue más allá. «Mi mamá le dijo que había escuchado cosas muy raras y que yo le había contado de un episodio que tuvo un amigo. Y el cura le contestó: "¿De qué estás hablando tú, crees que alguien te va a creer eso. Yo soy un sacerdote de prestigio". Como que trató de bajarle el perfil.»

—¿Qué pasó entretanto con la relación de tus padres con Karadima?

—Desde hace unos ocho o diez años dejaron paulatinamente de ir para allá. Se produjo un quiebre grande cuando yo me fui en 1996. Y me señaló que me iban a suspender y me anularía el decreto o resolución por el cual según Karadima yo era su ahijado de confirmación. Y dijo que él iba a mandar una carta a la curia romana, solicitando que se anulara.

—¿Por qué actuaba así?

—Decía que le estaba desobedeciendo y que según el Derecho Canónico la desobediencia era una causal para dejar de ser mi padrino.

—El tema de la obediencia es muy fuerte para él…

—Impresionante.

—¿Y de tus tres hermanos hombres ninguno siguió en la Acción Católica?

—No, yo fui el único que caí en El Bosque. Después, Andrés, que me sigue, creo que a los doce años fue la última vez que fue a misa.

«Al Negro no lo pescaba el cura y a él tampoco le interesaba. Le decía Negrito; al cura no le gustaban los morenos» —indica Fernando Batlle. El hermano aludido es el ingeniero civil de industrias Juan Pablo Batlle Lathrop.

La carta del padrino

A pesar de la ruptura con Fernando, los Batlle Lathrop no cortaron relaciones de raíz. «Mis papás siguieron yendo a misa hasta 2000 ó 2001, sin entrar en mayor contacto con el cura, aunque después se fueron a Schoenstatt. Yo antes también me había ido de seminarista de Schoenstatt. Estuve allá en esos años.»

Paradójicamente, el hecho de haber sido padrino de confirmación y de haber enviado a su ahijado una carta el día 10 de junio de 1994, cuando Fernando Batlle recibió ese sacramento, podría tener consecuencias impensadas para el ex párroco de El Bosque.

Fernando Batlle acompañó en su querella ante el juez del crimen una carta reveladora firmada por Fernando Karadima ese día solemne. En la carta el cura reconoce que desde que era un niño de colegio, Batlle era parte de sus discípulos: «Quiero que sepas que tengo muchas esperanzas puestas en ti. Tu trabajo pastoral en la parroquia ha sido cada vez más profundo, servicial y abnegado. Estoy muy agradecido de todo lo que me ayudas y lo que das a la Acción Católica. Pronto saldrás del colegio, estudiarás

una carrera universitaria y la vida pasará muy rápido. Por eso, en toda circunstancia debes mantenerte cerca de Dios, continuar tu entrega a la parroquia y estar abierto a lo que Dios te vaya indicando por el camino...».

«Con cariño de padre», se despedía el ahora cuestionado padrino.

—¿Sigues siendo católico? —le pregunté a Fernando Batlle en junio de 2010.

—No, aunque es una pregunta difícil, porque estuve veinticinco años de mi vida en eso y tengo raíces católicas. Pero lo veo más por un lado cultural. No voy a misa...

—¿Te influyó esta situación?

—Sí, creo que sí. La Iglesia es una instancia en que pueden ocurrir este tipo de cosas, cuando está todo tan centrado de repente en una persona. No me considero religioso, para ser honesto; no me gustan las iglesias en general. Sí me considero una persona espiritual, interesada en la esencia de lo que persiguen muchas religiones como la católica. No soy un anticatólico ni mucho menos. Hubo un tiempo en que sí lo fui. He sacado harto la rabia que tenía, estuve seis años en psicoanálisis, tuve otras terapias, ha sido un tema recurrente en mi cabeza. De alguna manera soy creyente, me interesa cultivar la espiritualidad, pero no asociado a una institución ni a una iglesia. Y creo que la iglesia es como cualquier institución, donde puede haber gente inteligente, buenísima, súper espiritual que lleve a cosas muy buenas, y gente muy perversa, dañina, como en todas partes.

Secuelas hasta hoy

«A mí, una de las cosas que más me duele es que yo permití que esta persona me hiciera todas las cosas que me hizo, incluyendo todos los toqueteos y abusos, la manipulación y cómo me pasó a llevar y me humilló», comenta Fernando Batlle. Por eso, porque tenía pendiente este tema, es que decidió juntarse con las otras víctimas y analizar la presentación de denuncias.

Cuenta Fernando Batlle que después de lo que vivió en El Bosque quería ir a encarar a Karadima, pero José Andrés Murillo «me había llamado el año pasado —se refiere a 2009— para plantearme que hiciéramos algo, porque él estaba presentando la denuncia ante la Iglesia y quería seguir alzando la voz».

Fernando Batlle manifestó ante el fiscal Xavier Armendáriz la angustia que le provocó todo lo vivido: «Aunque sé y me consta que a otras personas les hizo abusos sexuales mucho más graves, todo esto me marcó y me afectó muchísimo, pues era totalmente impropio de un sacerdote y de quien se supone era un guía espiritual, alguien que me preparaba para el sacerdocio, lo que me generó culpa, impotencia y rabia». Esos sentimientos los reiteró ante el juez Valdivieso, a quien agregó que todo esto le provocó «un daño muy profundo, cuyas secuelas permanecen hasta hoy».

En la presentación de su querella por abuso sexual ante la justicia criminal, Batlle estableció: «Que a la fecha de inicio de ejecución de los hechos antes descritos constitutivos de delito de abuso sexual, esto es en 1989, yo tenía catorce años. Que evidentemente los actos realizados por el querellado sobre mi persona tuvieron la significación sexual y relevancia exigida por el tipo. Que para la realización de tales actos Fernando Karadima Fariña se prevaleció de su calidad de sacerdote, confesor y guía espiritual que le entregaba su clara posición de poder y de jerarquía, abusando de la relación de dependencia que tenía al ser un adolescente de catorce años de edad, configurándose lo dispuesto en el artículo 363 número dos del Código Penal».

En su declaración pública del 24 de marzo, Batlle señaló: «La comunidad ya sabe quién es Karadima, quien hizo mucho daño, el cual se transmite. Hay muchos curas formados por Karadima que no deberían tener contacto con niños y jóvenes; esas deberían ser las primeras diligencias preventivas que se deberían dictar en honor a una auténtica justicia y sentido de protección de la comunidad. Es una irresponsabilidad que los curas que

pertenecían al círculo de Karadima sigan en contacto con niños y jóvenes».

Y desde su mirada de abogado agregó otro argumento que empieza a estar en la discusión: «Desde el punto de vista de la ley, es fundamental eliminar la prescripción en materia penal, lo cual es un insulto a la justicia y una herramienta que fomenta esos delitos. Las personas son responsables de sus actos hasta el final de sus días», afirmó.

Capítulo XI

EL «RECICLAJE» DE MURILLO

Entre sus compañeros del Verbo Divino, José Andrés Murillo Urrutia era conocido al comenzar los años noventa por su simpatía, su carácter inquieto y sociable, además de un físico que lo hacía tener éxito entre las niñas. Pero al terminar el colegio y, sobre todo, después de egresar, El Flaco experimentó un cambio evidente. Se alejó de los amigos de antes y se le veía más reservado. Incluso triste. Dejó atrás las fiestas y los paseos, y los reemplazó por misas, oraciones y hasta un tono «como de sermón», cuando alguno de los conocidos se topaba con él. Era otro. Algo le había pasado.

«Con mucho dolor es que debo comunicarles que dentro de los acusadores de Karadima está mi hijo José Andrés», señala Ana María Urrutia, su madre, en una impactante carta «a sus amigas», que circuló por Internet días antes de que la voz firme de José Andrés Murillo Urrutia se escuchara por Televisión Nacional, el 26 de abril de 2010. Ella misma se sorprende hasta hoy de la circulación que tuvieron esas líneas donde decía: «Él es el filósofo que vive en París. Les contaré que, siendo colegial, en el Verbo Divino, mi hijo empezó a acercarse a la Iglesia a través del cura Cristóbal Lira en Los Castaños. Luego a este curita lo trasladaron a Maipú. José Andrés se acercó a El Bosque, pues tenía mucha inquietud por saber si tenía o no vocación de sacerdocio. Y le habían comentado de lo espectacular que era Karadima».

Desde París, José Andrés prefirió leer una declaración escrita en lugar de aparecer en cámara en el programa *Informe Especial*. Tal vez, porque todavía no se sentía preparado para encarar públicamente al acusado ni a los televidentes que esa

noche verían el programa. O, como dijo después ante el fiscal, porque no estaba muy de acuerdo con esa aparición, ya que la encontraba «exhibicionista». Lo cierto es que en esa ocasión solo desde lejos llegó su voz.

Con el transcurso del tiempo, la actitud de José Andrés, hoy de treinta y seis años, ha sido cada día más firme, y sus agudos análisis sobre poder y dominación no dan tregua. «El filósofo», como se le ha conocido, después de haber pasado por el noviciado jesuita —donde estuvo dos años—, cuando abandonó El Bosque, se concentró en sus estudios de Filosofía.

Estaba terminando su doctorado en la Universidad de París VII Denis Diderot, cuando reventó el caso. Tras dar sus exámenes en Francia y en la Universidad de Chile, y recibir el grado de doctor en Filosofía por ambas universidades, ha hecho del tema del poder y el sometimiento una causa. Creó la Fundación para la Confianza, precisamente con el objetivo de ayudar a evitar situaciones como las de El Bosque, y como él mismo reconoce, no hay artículo, ensayo ni clase que haga donde el tema de la dominación no esté presente.

Su voz volvió a resonar, emocionada pero contundente, el viernes 18 de febrero de 2011, poco rato después de que el arzobispo de Santiago Ricardo Ezzati diera a conocer el veredicto del Vaticano que condenó como culpable a Fernando Karadima Fariña de cometer abusos contra menores, de transgredir el sexto precepto del Decálogo y abusar de su ministerio sacerdotal.

José Andrés Murillo recibió el fallo eclesial con emoción y reconocimiento hacia Ezzati, quien —a diferencia de su antecesor, el cardenal Francisco Javier Errázuriz— manifestó desde el primer momento su especial preocupación por el dolor de las víctimas. Todavía nervioso, pero claro en sus conceptos, el ex novicio jesuita mostró su satisfacción por el «cambio de mano» en la Iglesia chilena. Seis años antes, él había sido recibido por Ezzati, a quien envió una carta a través de Juan Díaz, ex vicario de Educación.

Palabras de Ana María

Desde el comienzo, la acusación pública de José Andrés Murillo contó con el apoyo de su familia, en particular, de su madre Ana María Urrutia, quien en su carta anticipó las acusaciones que haría su hijo sobre Fernando Karadima. «Después de dos o tres años y de un día para otro no quiso ir más y se fue a los jesuitas, donde entró como novicio.»

En esa época —relata Ana María— «nos contó, a mi marido y a mí, que se había ido de El Bosque porque no soportó más a Karadima, quien constantemente lo acosaba sexualmente».

José Andrés «consideró que Karadima estaba haciendo un tremendo daño a otros muchachos de la comunidad con sus desvíos sexuales» —indica Ana María Urrutia— y que como pertenecían a familias tradicionales, de colegios cercanos a la Iglesia, «no eran capaces de hacer denuncia alguna. Por lo tanto, decidió hacer él la denuncia, acercándose al Arzobispado». Pero la Iglesia —señala— «guardó la denuncia en un cajón».

Orgullosa de su hijo, pues «ha actuado de acuerdo a lo que es correcto, y no ha temido exponerse, sobre todo ahora que el tema está tan candente», la madre de José Andrés Murillo señala: «Pero es mejor vivir tranquilo consigo mismo que con una tranquilidad aparente, en respuesta a lo que es política y socialmente correcto».

Y aunque preveía que José Andrés pasaría por una muy dura experiencia, manifestaba su seguridad en que «saldrá fortalecido, tranquilo y más grande como persona». Antes de despedirse con cariños a sus amigas, concluye: «Este es mi hijo José Andrés Murillo Urrutia, nombre que saldrá al público seguramente muy luego, ya que él llega desde Francia el lunes. Quería que ustedes lo supieran por mí, puesto que, de todos modos, sabrán que es mi hijo. Y les reitero que me siento enormemente orgullosa de él, por ser tan íntegro y tan valiente».

Tuve la oportunidad de conocer a Ana María Urrutia, destacada golfista, ex campeona sudamericana en categoría *senior*,

el 6 de marzo, el día siguiente al nacimiento de su nieta Juana, la primera hija de José Andrés y Antonia Pellegrini. Feliz con la buena nueva, Ana María se quedó acompañando a Antonia y a la recién nacida, mientras en una cafetería de la Clínica Santa María sosteníamos con José Andrés una de las últimas conversaciones para este libro. Tres días después sería el alegato en la Cuarta Sala de la Corte de Apelaciones de Santiago para pedir la reapertura del caso.

Desde Los Castaños

José Andrés Murillo egresó del colegio del Verbo Divino en 1993. En ese tiempo participaba en actividades de la parroquia Los Castaños de Vitacura, a cargo del sacerdote Cristóbal Lira, discípulo de Karadima. Cuando Lira fue trasladado a Maipú, en 1994, un grupo de jóvenes emigró a El Bosque. Junto a Murillo llegó, entre otros, Francisco Costabal González, quien hasta marzo de 2011 presidía la Acción Católica.

«Tenía dieciocho años. Estaba en la Universidad Católica, y me acerqué a El Bosque para preguntarme sobre mi vocación», cuenta Murillo. Llegó «atraído por la fama de Fernando Karadima. Lo había conocido cuando era estudiante del Verbo Divino y el cura fue a dar una charla al colegio».

—¿Qué actividad tenías en Los Castaños? —le pregunto.

—Yo me dedicaba sobre todo a ir al Hogar de Cristo dos veces a la semana. Y seguía la figura del padre Hurtado. Leí sus obras completas, me lo sabía todo, me encantaba. A pesar de que yo había escuchado por Cristóbal Lira, el párroco, que los jesuitas eran tipos malos, que habían tergiversado al padre Hurtado.

—¿Lira hablaba de que los jesuitas eran «malos»?

—Era como una megalomanía de los de El Bosque, porque los veían como adversarios demasiado grandes para ellos. Pero, a la vez, nos decían que Fernando Karadima era discípulo del padre Hurtado, su discípulo espiritual, contaba él.

Durante su estadía junto a Karadima, las personas más próximas a Murillo fueron Francisco Costabal, Francisco Prochaska e Ignacio Correa, según declaró ante el fiscal Xavier Armendáriz.

«Karadima no leía»

«Siento mucho pudor por esto. No estoy de acuerdo con aparecer. Como que no quiero hacer historia sobre mí», me dijo con cierta timidez en su departamento, poco después de iniciada la primera entrevista, una tarde de mayo de 2010. Poco a poco, entró en confianza y la conversación surgió fluida. Después nos reunimos otras veces.

Cuenta que en El Bosque se fue involucrando en las actividades de la parroquia y muy pronto empezó a ir todos los días. Ingresó al círculo más cercano de Karadima, quien fue su director espiritual hasta marzo de 1997.

—¿Cuánto tiempo llevabas cuando empezaste a estar más cerca?

—Fue bastante rápido. Además, yo estudiaba Filosofía y ellos tenían una muy buena biblioteca en El Bosque. Y me quedaba entre la universidad y la casa. Después de la universidad me iba a la biblioteca y me quedaba hasta la noche. Era bien buena la biblioteca. Una sala maravillosa, muy bonita. Tenían, por ejemplo, las obras completas de Plotino, en griego y francés.

—¿Pero Karadima leía?

—No, no leía nada. Nunca lo vi leyendo.

—¿En qué se inspiraba para sus prédicas?

—Sus prédicas no tenían ninguna inspiración. Simplemente era una alabanza a algunas cosas. Yo después me di cuenta. «¡Oh cuántas gracias caerán sobre esta gente, porque hay tres sacerdotes celebrando esta Eucaristía...», decía, y me he dado cuenta de que algunos curas jóvenes están repitiendo exactamente lo mismo.

—El Bosque era una fábrica productora de sacerdotes...

—Claro, además de una exaltación, una divinización muy fuerte de los sacerdotes.

Karadima le decía a José Andrés Murillo «El Pinteado» y mostraba gestos de particular simpatía hacia él.

Tan cerca estuvo desde el comienzo, que poco después de llegar a la parroquia fue a un viaje a Europa con Karadima. «No había sentido ningún acoso todavía ni nada. Fuimos a la beatificación del padre Hurtado en 1994. Yo me pagué el pasaje, pero lo pasé muy mal. Sentí que había sido el peor viaje de mi vida y se lo dije al cura.»

—¿Por qué lo pasaste tan mal?

—Porque yo quería hacer un viaje más bien espiritual y el padre Karadima andaba buscando relojes. Se compraba relojes y aparatos, radios. Era muy fetichista con esas cosas. Una vez me regaló un reloj de oro, no sé lo que hice con él. Era un reloj de bolsillo. Creo que lo boté, no tengo idea dónde quedó —comenta con cierto desprecio.

En su declaración ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, José Andrés Murillo mencionó un hecho curioso que sucedió en ese viaje: «En una ocasión, nos bajamos a la vera de un camino a orinar. Karadima me dijo que mirara cómo él lo hacía sin tocarse el miembro, lo que me negué a hacer, pese a que él insistió».

Chaqueta de *tweed*

Ingeniero civil de la Universidad Católica, soltero, de treinta y siete años, incondicional de Karadima, Francisco Costabal González fue quien en febrero de 2011 se ocupó de hacer la mudanza de las pertenencias del cura en vísperas de que el arzobispo Ezzati diera a conocer públicamente el veredicto del Vaticano. Costabal había acompañado a Karadima en su periplo por los diferentes fundos antes de ser confinado en el hogar de las Siervas de Jesús de la Caridad.

El presidente de la Acción Católica había participado de niño en El Bosque, estudió en el colegio Tabancura del Opus Dei y empezó a ir a Los Castaños con compañeros de colegio desde diciembre de 1993. Ahí conoció a José Andrés Murillo, aunque no eran amigos. Dice Costabal, en la declaración ante Armendáriz, que a Murillo «lo ubicaba de saludarlo en la parroquia Los Castaños», y empezó «una amistad con él, ya que los dos éramos nuevos en la parroquia de El Bosque». Costabal menciona también a Fernando Batlle como otro de sus nuevos amigos.

Describió ante el fiscal Xavier Armendáriz la época en que llegó desde Los Castaños a El Bosque: «Los días miércoles participábamos después de la misa en una charla que organizaba el padre Fernando Karadima con un sacerdote invitado, no recuerdo los nombres. Eran meditaciones en que se hablaba de la vida espiritual, del aporte a la sociedad que nosotros podíamos hacer como católicos y se hacían comentarios de actualidad. A esas reuniones asistían trescientos jóvenes, dentro de un salón, duraban unos veinte minutos, media hora. La asistencia era voluntaria, no había lista. Al término de estas reuniones, la gente se quedaba conversando, y luego cada uno hacía lo que tenía que hacer».

«Varios nos quedábamos a cenar», dice Costabal en su testimonio ante la justicia. «Éramos unos quince y permanecíamos para conversar de diversos temas junto al padre Karadima y los otros sacerdotes», agrega.

En el documento quedaron estampados los «recuerdos» que Costabal hizo ante el fiscal sobre su amigo de entonces, José Andrés Murillo: «A muchas de las niñas del Villa María les gustaba, por lo que iban a verlo a las reuniones de los miércoles, y Murillo era bastante coqueto, pero no concretaba con ninguna. Eso a mí me molestó, porque sentí que jugaba con las niñas y alguna vez se lo dije».

Costabal consideró interesante mencionar algo más: «Otra cosa que me llamó la atención de Murillo es que era el único que ocupaba chaqueta café, de *tweed*, como para distinguirse del grupo, que usaba chaqueta azul para dar la comunión».

Según Francisco Costabal, después del viaje que Murillo hizo a Europa para la beatificación del padre Hurtado, «se empezó a alejar de la parroquia», y añade que «él tuvo siempre muchas amistades extraparroquiales».

En su declaración, agrega que en 1995 «Murillo empezó a trabajar con el padre Felipe Berríos, del Infocap, en un lugar que se llamaba La Casita. Iban a dormir allí para vivir con los pobres. José Andrés Murillo empezó a asistir, siempre en paralelo de las actividades de El Bosque, hasta que empezó a imitar al padre Berríos en su vestimenta, bototos, chaqueta. Supe que después entró al noviciado jesuita».

Costabal mencionó en su declaración que el padre Eugenio Valenzuela[1] llamó a Karadima «para pedirle referencias de Murillo. Yo estaba en la parroquia. Escuché que el padre Karadima le dijo que no le encontraba vocación de sacerdocio, agregando que a lo mejor para los jesuitas pudiese tenerla. El último dato que supe de Murillo es que se salió de los jesuitas».

Imágenes terroríficas

Cuenta José Andrés Murillo que antes de llegar a El Bosque tuvo una experiencia a la que no le dio importancia en su momento: «Otro cura discípulo de Karadima, Cristóbal Lira, una vez me pegó un roce así como en "el paquete". Yo encontré esto medio raro».

—¿Esto era en Lo Barnechea, donde está de párroco actualmente?

—No, en Maipú. Yo lo había conocido en Los Castaños y un día estábamos en Maipú y me pegó un roce. Después he relacionado los hechos. Y me di cuenta de que Cristóbal Lira tenía el mismo procedimiento que Karadima. Los toqueteos en las manos que me hacía, que antes creía súper paternales, eran parte de esto.

—¿A qué llamas el toqueteo en las manos?

---

[1] El padre Eugenio Valenzuela es el actual provincial de la Compañía de Jesús.

—Ahora uno se da cuenta de la intención, igual que el toqueteo en la cara, si te hacen así [y hace un gesto de caricia]... Cuando estás en un momento en que quieres buscar tu vocación y no sabes para dónde te está llamando Dios, y una persona te dice «Yo sé lo que Dios quiere para ti»... Y nunca nadie te enseñó antes cómo se busca la voluntad de Dios, tú le crees.

—¿Y a lo de Lira no le diste importancia?

—Claro, no caché. Después me di cuenta de que era eso.

—¿Fue una conducta reiterada?

—No, porque lo veía muy poco. Esto lo dije a la Iglesia, en el marco del proceso.

Pero —dice Murillo— esto «es más fuerte cuando se trata de un tipo como Karadima, que tiene un grupo de gente a su alrededor, que hace llenar la iglesia, y tú crees que vas al mejor. A mí me pasó eso. Creía que estaba yendo donde el mejor; además, tenía cincuenta curas que lo rodeaban y muchas familias con gente casada que lo frecuentaba».

—¿Cuándo empezó Karadima a ser un problema para ti?

—La primera conversación que tuve con él fue acerca del Infierno. Me ofreció ser su secretario. Y me habló sobre la posibilidad del Infierno. Esas imágenes eran terroríficas. Yo me creí el cuento con mucha fuerza, y él te sugería además que tenía las llaves para sacarte de ahí.

—¿Era un Infierno con diablos y llamas?

—Él lo explicaba como una especie de habitación vacía con un reloj que decía: «Para siempre jamás, para siempre jamás...». Era un reloj de péndulo.

—¿Y cuándo comenzaron las aproximaciones más erotizadas hacia ti?

—Uno no se da cuenta exactamente cuándo, porque de pronto empieza con unos toqueteos, como diciéndote cuídate, porque eso es importante. Y tú no le das importancia, aunque es un poco incómodo, pero no te cabe en la cabeza que tenga

alguna connotación distinta, porque, además, hay, de su parte, un discurso homofóbico muy fuerte.

—¿Sí?

—Sí, muy fuerte. Me acuerdo de un tipo amigo mío que es gay y este cura o Andrés Arteaga, no recuerdo cuál de los dos, le decía: «Tú tienes el demonio adentro». El tipo llegó a una obsesión tal, que se trató de suicidar, porque él sentía que tenía el demonio dentro de sí, por su condición de homosexual.

—¿Otro amigo, además de Juan Carlos Cruz?

—Sí, otro. El discurso de El Bosque era muy homofóbico.

—¿Y con las mujeres era misógino y machista…?

—Sí, las mujeres ni siquiera podían entrar a la parte del comedor.

El secreto de la vocación

«De inmediato accedió a ayudarme y aconsejarme. Para eso me dijo que tenía que confiar plenamente en él, puesto que él sería como la luz en el camino, que si no seguía sus consejos me podría perder y condenar», relata José Andrés Murillo en su denuncia ante Armendáriz[2].

«Vi que había tanta gente que lo seguía, sacerdotes, jóvenes, parejas, todos lo consideraban un santo, que me pareció que podía ser un buen guía.» Después de poco tiempo, de acuerdo a su tradicional modo de actuar, el cura le pidió que guardara el secreto de su vocación solo para él. «Me dijo que no conversara con nadie más acerca de un tema tan delicado como la vocación, por mi propio bien. Sobre todo, nada con mi familia, pues esta estaría totalmente en contra», señala.

El ritual continuó. Lo invitó a ayudarlo en la misa. «Siempre había un grupo esperándolo y elegía a dos para que lo ayudaran. Era una actitud de manifestación de poder muy fuerte, pero estábamos enceguecidos, o al menos yo lo estaba, porque

[2] Denuncia de José Andrés Murillo a Fernando Karadima por abuso y acoso sexual ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, 21 de abril de 2010.

se trataba de mi vocación y no quería equivocarme en la vida», señala José Andrés Murillo.

—¿Nada te parecía raro en ese ambiente?

—No me cuestionaba las cosas que ocurrían, aunque a veces eran muy extrañas…

—¿Por ejemplo…?

—Pasaba al lado de los jóvenes y les daba un golpecito en los genitales, diciendo que había que cuidarse o algo así. Era muy molesto e invasivo. De pronto, sin que te dieras cuenta, te hacía esa maniobra y todos los que lo veían se reían. Lo consideraban una gracia y él también.

Cuenta José Andrés Murillo que a veces le pedía que lo llevara en auto. «Y, más de alguna vez, trató de tocarme los genitales mientras manejaba, lo que me causaba mucha confusión y le sacaba la mano sin decir nada, pero muy avergonzado. Estaba totalmente confundido. Me decía que él era mi director espiritual y que yo le debía absoluta obediencia, bajo amenazas fuertes de condenación.»

En una ocasión —recuerda— le dijo que «no me parecía bien su forma de tratar a la gente y se enojó muchísimo. Llamó al padre Andrés Arteaga, y ambos en una sala de reuniones me retaron fuertemente. Yo tenía diecinueve o veinte años. Me humillaron. Arteaga que era doctor en Teología y posible obispo, y a quien yo consideraba muy inteligente, me trató muy mal, cuestionó mi inteligencia y me dijo que yo debía dejar la filosofía y dedicarme al teatro, que debía escuchar a Karadima».

En una oportunidad, en la pieza del ex párroco —señaló Murillo en su declaración ante Armendáriz— «estábamos de pie frente a frente y trató de meterme la mano por debajo del pantalón, lo que no permití y me retiré».

Con un vaso de whisky

La decisión de dejar El Bosque llegó poco tiempo después.

—¿Qué gatilló tu ida?

—Primero, una situación cuando me estaba confesando con él... Yo ya estaba más alerta. Él ya me había hecho esos toqueteos, como golpes que me incomodaban muchísimo. Y el tipo me trató de masturbar cuando estaba confesándome. Estábamos sentados los dos y de repente me tomó la mano.

—¿Dónde fue eso?

—En su pieza. Yo quería tomar una decisión sobre mi vida, quería saber si podría ser cura o no. Tenía sueños de irme a África y ser misionero. De estudiar filosofía y enseñar en una universidad en África. Pero necesitaba consejo. Le dije que quería confesarme y me contestó «quédate después de la misa, después de comida, y conversamos».

Jimmy Hamilton me había contado que cuando se reencontraron con José Andrés Murillo en 2009, le impresionó el relato que él le hizo por la similitud que tuvo con su «inicio» en ese departamento de Viña del Mar, diez años antes.

«José Andrés cuenta una escena en la pieza de Karadima, con Tommy Koljatic, el actual obispo de Linares», me dijo Jimmy Hamilton. «Estaban tarde en la pieza ellos tres y el cura Fernando sacó una botella de whisky que tenía medio escondida, porque se ponían a ver tele en dos silloncitos uno al lado del otro. Además, guardaba entre unos parlantes unas revistas *Cosas*, donde aparecían mujeres en bikini o semidesnudas. Decía que las tenía ahí para mandarle una carta a la directora, para reclamarle por publicar esas fotografías. Lo curioso es que las revistas estaban escondidas. A mí me las mostraba y me decía "Mírala, mírala", obviamente con el objeto de excitarme. En el caso de Murillo, sacó la botella de whisky. Y en ese momento, ocurrió una situación muy terrible y es que Tommy Koljatic, sabiendo seguramente lo que venía, se mandó cambiar. Le dijo: "Santito, sabe que me tengo que ir". A lo que Karadima le contestó: "Sí, sí, m'hijito, ándate nomás".»

En su denuncia escrita ante la Fiscalía, José Andrés Murillo recuerda: «Todo cambió cuando yo quería confesarme y me pidió

que lo acompañara a su habitación. Había un obispo. Karadima saca una botella de whisky. El obispo se puso muy nervioso y se fue de la habitación. A mí no me pareció normal, pero yo quería confesarme y me quedé. Me dio un vaso de whisky y me dijo: "Para que te relajes". Entonces comienzo a contarle de mi vida y Karadima me toca la pierna y luego rápidamente me toca los genitales… Quedé paralizado y no supe qué hacer. Él abrió el cierre de mi pantalón e intentó comenzar a masturbarme. Cuando pude reaccionar lo detuve y huí llorando del lugar».

Cuando José Andrés Murillo me ratificó en persona este episodio, evitó detalles. Pero reiteró la indignación que le produjo y me contó que se fue de inmediato a su casa, donde se duchó durante más de una hora.

Al día siguiente —recuerda— «fui donde Karadima con el texto del padre Hurtado que era un libro lindísimo donde habla de la dirección espiritual, que destaca la importancia de la libertad, y le dije: "Esta cuestión no tiene nada que ver con lo que usted hace y estoy totalmente en desacuerdo con usted"».

—¿Qué te respondió?

—«Mira, lo importante en la vida es el perdón», me dijo. «Sería bueno que te confesaras con el padre Francisco Javier Errázuriz, que era un viejito, que había ahí, por lo que «habíamos hecho». No le hice caso, no me confesé y me fui. Eso ocurrió en marzo de 1997. No hablé de eso durante mucho tiempo. Una vez, más adelante, lo llamé porque quería confrontarlo, pero después no me atreví.

Jimmy Hamilton retoma su comentario: «Al escuchar a José Andrés me di cuenta de cómo empezó con el mismo sistema con el que abusó de mí en Viña. Y cuando ya estaba empezando a masturbarlo, ante el estupor de Karadima, José Andrés, probablemente con una estructura familiar y montón de otras cosas más sólidas que las mías, se paró, le dijo que eso no podía ser y se fue. Cuando fue a hablar con él, lo mandó a confesarse con el padre Panchi. Y Murillo lo mandó a freír monos y se fue. Ante

eso, Karadima le dijo: "¿Quién te va a creer a ti? ¿Te van a creer a ti o al padre Fernando?"».

—Eso ocurrió cuando tú todavía estabas en El Bosque… —le comento a Jimmy.

—Sí. Me acuerdo de José Andrés. Él duró como dos años en El Bosque. Y terminó con este evento. Y cuando leí su relato me cayó la teja de la realidad más violenta, de la perversión, del abuso sistemático. La dominación y el abuso es la pasión del tipo. Es un perverso. Uno se enfrenta a la maldad sistemática. Un hombre que a diferencia de Maciel no se drogaba, no usaba alcohol, no fumaba.

—¿Y el whisky?

—No lo tomaba él, era para ablandarnos a nosotros. De repente como que creaba el ambiente.

«Estoy en el *sheol*»

—¿No habías captado antes que se podía producir algo así? —le pregunto a José Andrés Murillo.

—Era como una normalización. Muy sutil, muy suave, hasta que estás adentro. Yo siento que algo así puede haberle pasado a los nazis en los campos de concentración, cuando hablan de que unos eran buenos, padres de familia, y a los tipos se les hace normal una situación que no lo era. Y él va creando el ambiente, suavizándolo para hacer que parezca normal lo que no lo es. Y sobre todo, con el tema de que «ustedes lo comprenden porque están cerca de mí, porque conocen la verdad. Los que están afuera no lo van a comprender, así es que no lo conversen». Entonces se arma toda una cúpula dentro de la cual se pueden hablar algunas cosas y fuera de la cual no se puede hablar de eso.

Una característica de El Bosque es que «había nombres para todo. Incluso los que estaban afuera se llamaban "los coptos"», señala Murillo. Al parecer, Karadima se inspiró en los antiguos cristianos coptos originarios del Antiguo Egipto, cuyo origen se

remonta al siglo I después de Cristo. Los coptos hasta hoy utilizan un idioma y un calendario litúrgico diferente al católico[3].

—¿Qué otros nombres recuerdas?

—El *sheol*, que en arameo era el Infierno. «Estoy en el *sheol*», decía uno, porque el padre me mandó al Infierno. Me acuerdo también de los «cuetos». Los cuetos referían a lo sexual. Se le decía así porque había un tipo, un español, que hablaba de sexualidad y se llamaba Cueto.

Murillo recuerda que se encontró con Hans Kast en Alemania y «me dijo "ojo, ten cuidado con los cuetos". Y el año pasado le agradecí, porque lo que hizo fue precaverme, me dio una llamada de alerta».

—¿Y tú, cómo le decías a Karadima?

—Padre, curita, le decían muchos. Nunca le dije «santo», como lo llamaban los mayores. Creía que era talla.

Rejas imaginarias

El tema de la tesis doctoral de José Andrés Murillo es sobre la manipulación de países y personas en nombre de creencias e ideologías. Por eso, su voz es especialmente interesante al analizar lo que ha ocurrido en los últimos treinta o cuarenta años en la iglesia El Bosque.

«Sí, es una secta. Se reúnen todos los miércoles y su discurso no tiene ningún contenido, solo ritos, exaltar la Biblia y a Karadima. No existe reflexión, no cuestionan ni manifiestan la posibilidad de dudar», respondió José Andrés Murillo a la periodista Lenka Carvallo de revista *Caras* en una entrevista publicada en junio de 2010[4].»

---

[3] En una artículo de la BBC Mundo sobre las minorías religiosas en Egipto, Karim Hauser explica que la mayoría de los actuales coptos «son cristianos ortodoxos, pero también hay coptos católicos y evangélicos, y juntos representan un 10 por ciento de los setenta millones de egipcios. A su cabeza está el papa Shenouda III, independiente de la Santa Sede en Roma». BBC Mundo, 17 de abril de 2006. Disponible en Internet en: http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/international/newsid

[4] «La nueva dimensión del caso Karadima», Lenka Carvallo, *Caras*, 25 de junio de 2010, Año 23, N° 580.

En la misma ocasión, comentó: «Él creaba una realidad paralela. Representaba el Bien y todo lo demás era el Mal». Por el contrario, Murillo sentencia: «Si existe el Mal, está aquí. Por eso, hay tanta gente temerosa».

Así como en su conversación James Hamilton evoca Colonia Dignidad y habla de que El Bosque sería una «colonia virtual», José Andrés Murillo recurre a imágenes similares para caracterizar otros aspectos del dominio de Karadima, rodeado de «unas rejas imaginarias».

—¿En qué consisten esas rejas?

—Se hace muy evidente quién está adentro y quién está afuera. Los que están en la calle, en la universidad o los que van y no entran al círculo, están fuera. Está muy bien determinado. Cuando tú entras, hay como dos o tres premisas que son incuestionables. Y para poder aceptarlas, interviene el miedo. El miedo al Infierno fue para mí muy fuerte. Si yo no le achuntaba a la vida, me iría al Infierno y, además, sería un fracasado, un infeliz.

«El cura contaba la historia de un tipo que entraba y decía "yo soy un infeliz, porque tenía vocación y no seguí los consejos de mi director espiritual y siempre fui un fracasado en la vida". La primera premisa de ese discurso es que tú puedes ser un fracasado. Que hay una persona que tiene la verdad sobre ti. Que tú puedes, además, condenarte y que si tú le haces caso en términos absolutos a tu director espiritual vas a encontrar el camino verdadero, porque Dios se lo revela a tu director espiritual —no a ti—, y por lo tanto vas a tener éxito en la búsqueda del sentido de la vida.»

Según Murillo, un rol central dentro de El Bosque lo jugaba el hoy obispo auxiliar de Santiago Andrés Arteaga que, además, era director de la Pía Unión. «Él hacía que nos sintiéramos tontos, que no teníamos la capacidad para distinguir la realidad.»

De vuelta del viaje a Europa con Karadima, con motivo de la beatificación del padre Hurtado, Murillo recuerda que Arteaga comenzó a decirle que no estaba capacitado para «comprender ciertas cosas de la parroquia». Y señala: «Él estaba muy en contra

de que yo hubiera ido al viaje, por ejemplo. Y cuando empecé a ver los toqueteos, las cosas raras que ocurrían y unas complicidades muy extrañas, quise hablar con él. En la parroquia se decía que Arteaga era el tipo inteligente y a mí también me lo parecía».

Según explica Murillo, El Bosque «funcionaba como una sociedad, con un círculo donde hay una frontera muy precisa entre lo que está adentro y lo de afuera. En el centro estaba Karadima y rodeando la frontera estaba Andrés Arteaga, para que todo aquel que quisiera salir, fuera empujado hacia adentro».

Pero en definitiva Murillo no pudo comunicarle a Arteaga lo que estaba sucediendo. «Cuando fui a hablar con Arteaga, le dije: "Padre, esto no está bien". Y de nuevo me dijo: "Tú te adelantaste, hay cosas que no comprendes de la parroquia, y por lo tanto, no estás capacitado para estar en este círculo". Me insistió también: "Murillo, tú no eres un tipo muy inteligente, eso tengo que decírtelo, por lo tanto te recomiendo que dejes la filosofía". Y ahí como que todo lo que yo le quería decir dejaba de tener valor. Así es que me despedí.

Con los jesuitas

En realidad —comenta Murillo—, «yo siempre tenía una pata afuera de la parroquia y eso me salvó. Tenía amigos afuera, tanto así, que de hecho en el proceso ante el fiscal Armendáriz uno me acusa de tener "amistades extraparroquia", lo que es un delirio», dice refiriéndose a la declaración de Francisco Costabal.

José Andrés Murillo estudiaba en esa época Derecho y Filosofía en la Universidad Católica. «Además, tenía un cargo en la Federación de Estudiantes, un cargo público para el que fui elegido, por lo que tenía muchas actividades además de la parroquia. Esa vida que tenía afuera me salvó», dice hoy con alivio.

—¿Cuándo entraste a los jesuitas?

—En 1998. Estuve dos años. Por suerte pasé por los jesuitas para darme cuenta de que existía un Dios muy distinto. Un Dios

que no competía con la vida. Entendí que Dios está a mi favor y no se opone a mi felicidad. Para mí, fue la clave de la vida.

Pero Karadima no se quedó tranquilo y, como en otras oportunidades, fue más allá: «Cuando decidí entrar a los jesuitas en 1998, él se enteró. Los llamó y les pidió que no me aceptaran. Supongo que porque sabía que una vez allí yo contaría mi historia en la parroquia de El Bosque».

—Te costó llegar a contar esta historia…

—Sí, y yo no sabía que era un delito. Simplemente pensé que el cura estaba loco y muy mal. Y por eso fui a la Iglesia para decir «ojo que tienen un cura que hace cosas que no están bien».

—¿Y a quién se lo dijiste?

—Al cardenal Errázuriz. Antes lo conversé con los jesuitas, con Eugenio Valenzuela, que era mi maestro de novicios, y después con Juan Díaz. Y él me dijo que le escribiera una carta al cardenal. Que se la entregara a él para que se la pasara por mano, porque el secretario del cardenal era de El Bosque, incondicional a Karadima, creo que era Francisco Javier Manterola. Así lo hice.

—¿Y no pasó nada…?

—Nada. Después hablé con Ricardo Ezzati, también de manera directa.

—¿Cómo fue eso?

—Él era obispo auxiliar de Santiago y se mostró muy interesado, dijo que era muy grave… Esto fue julio de 2005.

El actual arzobispo le dijo en esa oportunidad que «haría lo necesario», según consignó Murillo en su denuncia ante el fiscal Armendáriz.

De acuerdo al expediente eclesiástico, la primera vez que el actual arzobispo de Santiago supo de esta denuncia fue el 12 de mayo de 2005, a través del sacerdote jesuita. El relato consigna que «el 21 de junio de ese año recibió una declaración jurada de Murillo» en la que desde París, donde vivía, acusaba a Karadima. «Al día siguiente Ezzati remitió los antecedentes al cardenal Errázuriz, quien varios meses después se los entregó al promotor

Escudero». El 25 de julio de 2005, Ezzati se reunió con José Andrés Murillo en su oficina. «De acuerdo a su testimonio —según consignó el diario *La Tercera* el 27 de marzo, cuando dio a conocer una parte de los expedientes eclesiásticos—, Ezzati le habría dicho a Murillo que "estaba disponible para investigar su acusación, y que para ello existía un promotor de justicia encargado de investigar los hechos de que daba cuenta»[5].

Después de conversar con Ezzati, José Andrés Murillo no se quedó tranquilo. Consideró que sería positivo contactar a Andrés Arteaga, quien presidía la Pía Unión y ya era obispo auxiliar de Santiago. «Después, le escribí un e-mail a Arteaga para pedirle conversar con él. Pensé que si era inteligente y justo, podría yo enfrentarlo y él ayudarme, ofrecerme su apoyo.» No fue precisamente esa la respuesta que encontró.

Arteaga y el hechizo

Andrés Arteaga recibió a José Andrés Murillo en diciembre de 2005, en su oficina de vicegrancanciller de la Universidad Católica, en el segundo piso del edificio de la Alameda. Murillo recuerda esa conversación. «Arteaga me llamó por teléfono y me citó a su oficina en la universidad, un espacio muy bonito, de madera. Hacía mucho calor y él tenía un aire acondicionado último modelo. Fue muy impresionante, porque yo le hablaba del poder de la Iglesia y él me contestaba "sí, es verdad que tiene poder, pero es para servir a los demás". Y yo lo observaba a él manipulando el control remoto del aire acondicionado.»

En esa época, José Andrés Murillo trabajaba en la Fundación Cerro Navia, «para contribuir a superar la pobreza. Yo pensaba que la Iglesia debía tener un compromiso en ese sentido. Ver a este sujeto hablándome del poder y del servicio mientras apretaba el botón

[5] *La Tercera*, 27 de marzo de 2011, «Caso Karadima, el expediente que envió la Iglesia al Vaticano».

del aire en su oficina de madera, me pareció muy contradictorio», comenta.

Pero lo más insólito para Murillo fue lo que le dijo después: «Andrés Arteaga me dijo "tú estás haciendo mucho daño a la Iglesia con esto. Además, lo que has escrito crea un antecedente contra el padre Fernando, insinuándome que no podría abrirse un proceso de beatificación ¡por mi culpa!».

—¿Te lo planteó así…?

—Así, porque el tipo realmente creía que era un santo. O era un santo o se podía abrir un proceso, lo que los validaría a todos ellos.

El obispo le recomendó «que fuera al psicólogo, que todo era un malentendido mío, que yo no siguiera diciendo esas cosas, pues ellos tenían muy buenos abogados. Me dijo que había leído la carta que yo le había mandado a monseñor Ezzati». Y según Murillo, Arteaga le reiteró que «no siguiera hablando cosas» y que estaba «haciendo mucho daño».

—¿Cómo ves tú la relación psicológica que estableció Andrés Arteaga con Karadima?

—No sé hasta qué punto el poder de Karadima entró en el espíritu de Arteaga hasta hechizarlo. No entiendo cómo. Y creo que ese fue un gran triunfo para él. En el fondo, la pregunta ya no tiene que ver solo con el abuso, sino con el hechizo que Karadima logró ejercer sobre algunos personajes. Y estos no son unos pánfilos. Son tipos con familias más o menos armadas, con estudios universitarios, posgrados, viajes y recursos.

Agrega José Andrés Murillo: «La pregunta es cómo un personaje evidentemente menos inteligente —como es Karadima—, que tenía una plataforma social educacional cultural más frágil, es capaz de imponerse sobre Arteaga en todos los planos».

Según Murillo, la «teoría que anda dando vueltas de que todas las situaciones de abuso se originaron por la falta de una figura paterna en las víctimas, no se sostiene. Probablemente en algunos casos esto haya tenido influencia, como en Juan Carlos Cruz o Jimmy Hamilton, pero no es solo eso».

—Y como Arteaga hay otros...

—Tomás Koljatic, Francisco Costabal... han caído en ese «hechizo».

—Algunos de los testimonios de los empleados hablan de «la nana de Karadima» por Costabal.

—No sabía... La verdad es que a Costabal lo quiero mucho, pero esto no lo puedo entender. Estudió ingeniería, fue súper buen estudiante, muy simpático, lleno de vida. Pero...

—¿Sigue siendo soltero?

—Sí, y vivía con Karadima.

—¿Has leído las declaraciones de Costabal ante la justicia?

—He leído que declaró que yo usaba una chaqueta distinta, que tenía amistades extraparroquiales... ¡Pero eso lo dice un loco! Perdona que te lo diga así, y con respeto por El Camión, [como lo llama a Costabal] pero es insólito.

—¿El Camión era compañero tuyo del Verbo Divino?

—No, era del Tabancura. Que diga que uno de los pecados míos era tener amigos fuera de la parroquia es como que estuviera hablando un personaje del KGB o de la SS. Y que me acusara de usar una chaqueta con cuadritos de *tweed*... ¡Era la chaqueta que yo tenía! Esto me hacía distinto, más rebelde. ¡Realmente insólito!

Silencio cómplice del abuso

Para José Andrés Murillo, la eventualidad de que se sigan repitiendo abusos como los que él experimentó y peores, está latente. Señala que por cada denuncia que se hace a nivel mundial ocho quedan sin salir a la luz. Por eso, unos días antes de conocerse el fallo del Vaticano comentaba que le «impresiona que algunos curas, conociendo las denuncias y debiendo razonablemente sospechar que son verosímiles, permitan que jóvenes, incluso sus sobrinos, sigan yendo donde Karadima, viviendo con él... Esto se llama complicidad en cualquier parte del mundo».

—¿Te refieres a jóvenes de la Acción Católica?

—Sí, de veinticinco a veintiséis años. No los conozco, pero si hay 0,1 por ciento de posibilidad de que a mi hijo le estén «comiendo el coco», yo no solo lo saco de ahí, sino que, además, dejo la embarrada. Pero este es un tema del que no se habla, la gente tiene mucha vergüenza. Chile está tejido con vergüenza, sobre todo en los estratos sociales que se sienten más aristocráticos, donde se intenta ocultar todo y que la ropa sucia se lave en casa. Y el gran cómplice, la piedra angular del abuso es el secreto.

«Cuando nosotros abrimos este tema y el secreto se rompió, poco a poco algunas personas fueron hablando. Al comienzo, no lo hizo casi nadie. Al tercer mes, habló Hans Kast, después otras personas. Es la ruptura del hechizo. A mí se me ha acercado gente y me ha dicho: "Yo vi cómo Karadima le corría mano a un joven y no me di cuenta de que era algo absolutamente inapropiado hasta ahora que ustedes lo hicieron público". Eso es el hechizo. Eso hacía que vieran algo y creyeran estar viendo otra cosa», señala.

—¿A ti también te pasó eso?

—Me pasó. Y quizá por eso me he dedicado ahora a la Fundación para la Confianza[6], que ya tiene personalidad jurídica, y en términos académicos me he avocado, entre otras cosas, a analizar cómo el cuerpo incomoda en situaciones de abuso de la intimidad, de vulneración, y uno no siempre lo escucha. La incomodidad es una bocina. Pero si no nos enseñan a hacernos cargo del cuerpo, no nos damos cuenta. En la tradición occidental —no solo medieval, también moderna—, el cuerpo ha sido un impedimento, no un elemento de discernimiento.

[6] El 16 de diciembre de 2010 obtuvo su personalidad jurídica la Fundación para la Confianza impulsada por José Andrés Murillo, quien la preside. En ella participan también James Hamilton, Juan Carlos Cruz, Antonia Pellegrin y Verónica Miranda. La misión de la Fundación para la Confianza «consiste en la promoción del buen trato, especialmente el buen trato infantil, el estudio y la creación de herramientas concretas para la prevención de abusos a la intimidad, especialmente del abuso sexual, a través del fortalecimiento de una lúcida confianza personal, del empoderamiento del yo y la creación de una red de apoyo y protección de las personas que podrían ser víctimas de estas situaciones». Más antecedentes en www.paralaconfianza.cl

Herramienta perversa

José Andrés Murillo recalca que lo sucedido con Karadima y sus víctimas se relaciona con ese sometimiento y el hechizo que ejercía: «Como maquinaria perversa y abusiva de eliminación de una personalidad, de eliminación del poder de lucidez, lo que busca no es solo acabar con el ego sino también con la posibilidad de discernimiento. Cuando a una persona le has arrebatado su capacidad para discernir la realidad, eres capaz de inocularle cualquier idea. Cualquiera. Es muy fácil ver a una persona ideologizada, ya sea en la parroquia de El Bosque, en el nazismo de los años treinta, en el comunismo de los años cincuenta o en cualquier secta, defendiendo ideas absurdas, porque está ideologizada».

Radicado desde septiembre en Chile, tras obtener máxima distinción en su tesis doctoral tanto en la Universidad de París como en la Universidad de Chile, José Andrés Murillo sigue trabajando a fondo en estos temas. Ahora está dedicado a su Fundación. Además, en marzo partió con clases en la Universidad Alberto Hurtado.

Murillo ha hecho del tema del abuso un objeto de sus estudios. Lee y analiza los últimos libros publicados. En las conversaciones y en sus artículos cita, entre otros, a la psicoanalista estadounidense Mary Gail Frawley, autora de *El abuso sexual en la Iglesia Católica. La perversión del poder.*

Y comenta: «Desde las estructuras de la Iglesia pareciera que el abuso sexual está por lo menos naturalizado». Agrega Murillo que las consecuencias psicológicas y los traumas que eso provoca son inconmensurables. «El de Mary Gail Frawley es un libro potentísimo que se apoya en casos que la autora ha seguido. Ella ha acompañado a muchísimos abusados y explica cómo puede llegar a suceder. En otro de sus libros, *Curas predadores y víctimas silenciadas*, una serie de sacerdotes, psicoanalistas y otros especialistas analizan el problema.»

Círculo abusivo

Desde su propia experiencia y habiendo racionalizado y profundizado en estos temas, José Andrés Murillo intenta ayudar a otras posibles víctimas y a que la sociedad en su conjunto advierta el peligro y el daño que pueden provocar conductas como las de Karadima.

Ha «reciclado» lo vivido, como él dice. «Tanto mi tesis doctoral como mi tesis de magíster tienen en alguna parte una referencia a esto. Todos los artículos que he escrito, cada una de las clases que he hecho apuntan en alguna medida, aunque indirectamente a veces, a tratar de hacer que los alumnos cobren conciencia de su corporalidad, de su vida, de su libertad, y que Dios no puede ser un argumento para someter a nadie.»

—¿Cómo vives lo que ha pasado con el caso Karadima? ¿Qué sientes? —le pregunté un mes antes de que se supiera el fallo del Vaticano.

—Es bien extraño, porque siento que rompí un espacio de secreto o vergüenza que yo creía que me protegía a mí, pero que en realidad protegía al abusador. Y la ruptura fue muy sanadora. Porque siento que la gente es mucho más empática. La cantidad de personas que se me ha acercado para decirme que ha vivido cosas parecidas es impresionante.

—¿Con otros personajes o con el mismo?

—Con otros personajes, y algunos con este mismo cura. Gente que no ha querido aparecer en los medios. Pero tienen una empatía muy grande con estos casos, porque el tema del abuso está mucho más presente de lo que uno podría imaginar. En el fondo, son los abusos a la intimidad. Y el problema de esos abusos no es solo que entren en tu intimidad, sino que te exijan una confianza ciega o se presenten como personajes confiables. Y ante esos personajes uno baja las defensas y entonces tienen todas las posibilidades de entrar en tus lugares más íntimos, en tu esfera personal.

—Después de lo que has vivido, ¿cuál es tu relación con la religión, crees en Dios?

—Soy creyente, creo en Dios. Y pienso que una persona que encubre abusos sexuales no puede creer en Dios. Si eso es Dios, pienso que es una figura triste y terrible. Es una ideología más que una religión. Mi idea principal es que la Iglesia es una institución que puede hacer mucho bien y mucho daño. Y quiero que haga el bien, aunque yo no me siento parte de ella. Sentí que traicionaba el bien y la verdad que predicaba, y eso no puedo tolerarlo.

El veredicto del Vaticano que condenó a Karadima es un signo distinto a lo que se venía manifestando en la Iglesia.

José Andrés Murillo fue el primero en mostrar satisfacción por el «cambio de mano», como él mismo definió la actitud del arzobispo Ricardo Ezzati, quien aludió a las víctimas y los daños que han experimentado, cuando dio a conocer la resolución del Vaticano el 18 de febrero.

No obstante, pasada la emoción inicial, con algo más de calma, mostró su malestar cuando supo que el fallo había permanecido un mes en manos de la autoridad eclesiástica sin que se hiciera público. Para las víctimas, la demora no tiene explicación válida después de todo lo sucedido.

«Cada día que pasaba en que nuestra palabra era puesta en duda era una agresión para nosotros. Entonces, que haya pasado un mes en que se sabía la sentencia y no se daba a conocer, era un abuso hacia nosotros», manifestó José Andrés Murillo a *La Tercera*[7].

—Entre las frases curiosas que se han dicho, la ex directora de la Junji, Ximena Ossandón, parece haberse arrepentido del cuento del diablo y de haber dicho que Karadima era un «prócer de la Iglesia». Y en entrevista a *La Tercera* en enero pasado[8], antes de

[7] «Caso Karadima: víctimas confían en designación de juez especial», *La Tercera*, 21 de febrero de 2011.

[8] *La Tercera*, 16 de enero de 2011, entrevista a Ximena Ossandón: «Para la derecha liberal tal vez soy incómoda». Precisa en los párrafos referidos a Karadima: «Él era [Karadima] —era, no es— un prócer de la Iglesia, porque es innegable la cantidad de sacerdotes y obispos que nacieron a su alero. Justamente por eso, si él es culpable de lo

conocerse el veredicto del Vaticano, señaló que Karadima no es un prócer, sino que «lo fue». Incluso calificó de «muy verosímiles» las acusaciones —le comento a Murillo.

—Eso no contradice lo que dijo antes, lo que es muy grave. En la misma línea recuerdo que el filósofo Juan de Dios Vial Larraín, que fue rector delegado de la Universidad de Chile, escribió en una carta a *El Mercurio*, refiriéndose a Marcial Maciel, una de las cosas más absurdas que he leído. Dijo que los santos mientras más santos, son más tentados por el demonio para probarlos. Alguien hasta podría meterle una querella por promover el abuso como camino a la santidad. ¡Es lo más estúpido que he leído!

Las «destemplanzas» del abogado

Según el doctor en Filosofía, es importante que la justicia indague a fondo al ex párroco de El Bosque, «ya que todo da para que este personaje haya seguido con sus prácticas abusivas y es necesario que se investigue, que se esclarezca, se muestre y se juzgue». Por eso Murillo fue enfático también en señalar desde el primer momento, cuando le tocó asumir el rol de «vocero de las víctimas», que era «absolutamente pertinente la designación de un ministro en visita». En los alegatos del 8 de marzo recién pasado, en la Corte de Apelaciones, cuando el abogado Juan Pablo Hermosilla dio las razones por las que era necesaria la inminente reapertura del proceso ante la justicia criminal, José Andrés Murillo, con una chaqueta a cuadros y pantalón de sport, escuchaba atento, sentado al lado del doctor James Hamilton.

---

que se le acusa, va a tener que cumplir con todas las condenas que vengan del Vaticano. Mi equivocación fue usar el "es", porque si es cierto lo que se está investigando, él pierde toda validez y todo título de prócer». Sobre los testimonios que acusan al sacerdote, dice: «Sí. Son muy verosímiles, y por eso, esto es tan doloroso. Si él cometió esas faltas siendo quien era, con los seguidores que él tenía, su culpa es aún más atroz. Sin embargo, no voy a hacer leña del árbol caído». «Tal vez no debí hablar del demonio. Es lo que más choca. La analogía fue un error. Existe el mal y el bien. Claramente, cuando dije demonio mucha gente se imaginó a un ser con cachos y cola», agrega Ximena Ossandón en esa entrevista.

Desde su asiento, Murillo observaba los gestos y las palabras del abogado defensor de Karadima, Luis Ortiz Quiroga. Tras manifestar que las investigaciones estaban agotadas y que —en todo caso— los hechos denunciados habían prescrito, el penalista habló de «destemplanzas» para referirse a los abusos del ex párroco.

«¡Ahí está la base de la perversión! Ortiz cree en las acusaciones, pero les baja el perfil, cree que se trata de actos "destemplados" de Karadima, a lo más pecados, pero no delitos», comenta José Andrés Murillo, molesto con las expresiones del penalista, días después.

«Vivimos en una cultura que comienza a darse cuenta de que los abusos sexuales, la violencia intrafamiliar, el maltrato infantil no son algo natural, aunque hay personas que luchan por mantener esta naturalización. Esa fue la defensa del abogado de Karadima», sostiene.

Según Murillo, el alegato de Ortiz Quiroga «es de manual: se trata de cómo transformar el abuso sexual en algo natural. Y en esa perspectiva no es que no sea algo reprochable, sino que no es delito; esos hechos no son algo tan malo, son meras destemplanzas. Y la procesión va por dentro».

Agrega José Andrés Murillo: «Un abuso sexual de este tipo es, en algún sentido, peor que un asesinato, porque destruye el alma, destruye la capacidad de distinguir la realidad. Son muchísimos los casos de suicidios de personas que han sido abusadas y sus cercanos solo se dieron cuenta después. Hay muchos psicólogos que cuentan de estos casos. Leí un libro una vez de una monja que en el primer capítulo ¡les explicaba a los curas abusadores el daño que hacían! Porque para ellos no se trataba de algo tan malo, sino de mera destemplanza. El caso Karadima es un signo de un cambio de cultura. Es por eso que hemos decidido crear una fundación que luche no solo contra el abuso, sino por algo más básico: por lo que algunos llaman la desnaturalización del abuso».

En el ambiente expectante del fallo de la Corte, José Andrés Murillo se sintió interpretado en su esperanza de cambio y especialmente emocionado con las palabras que el periodista Juan Carlos Cruz dejó estampadas en el sitio *El Post*, el 8 de marzo: «Al bajarme ayer de un avión en Nueva York, donde fui a unas reuniones, instintivamente prendí mi teléfono para revisar correos. Me fui directo al e-mail que me mandó José Andrés Murillo donde me escribía: "¡Nació la Juana!". Y adentro, una foto de una niñita preciosa —su hija— recién nacida».

«Dentro de la locura del aeropuerto, me senté y me quedé mirando esta foto que me sobrecogió», escribió Juan Carlos Cruz. «Pensé que la Juana llegaba al mundo como una verdadera promesa de esperanza y que no pudo elegir un mejor momento para llenar de alegría muchos corazones que lo necesitaban. También pensé que llega a un mundo mejor, donde los hechos de los últimos días le permitirán vivir una vida más feliz, donde temas que no se hablaban, ahora no solo se hablan sino que se castigan.»

El veredicto de la Tercera Sala de la Corte de Apelaciones el 14 de marzo, se sumó a las señales positivas que llegaron en 2011. La investigación sería reabierta.

Capítulo XII

MONSEÑOR, SU GENIO Y SU ORO

Durante toda su vida, Fernando Karadima predicó que su vocación se la debe al padre Alberto Hurtado, a quien dice haber conocido en 1945, cuando tenía quince años, un día que fue al colegio San Ignacio de Alonso Ovalle. Algunos de sus discípulos escucharon al ex párroco de El Bosque otra historia, un episodio con un matiz sobrenatural.

De niño —les contaba— tuvo una «visión» de la Virgen en Concepción. Por eso, él les decía que «estaba tocado por Dios».

Recuerda Jimmy Hamilton lo que le relató el propio Karadima: «Según él, cuando tenía unos siete años, en la celebración de un Mes de María, en el cerro La Virgen en Concepción, la propia Virgen le anunció en su corazón que él iba a ser sacerdote. Y en ese momento, él tuvo esa especie de visión. ¡Una locura! Claramente hoy estaríamos hablando de una alucinación».

O simple fantasía, se podría pensar. Tal vez, la fuente de inspiración inicial estuvo en otros iluminados forjadores de movimientos religiosos. Formado en un hogar católico, pudo escuchar en su infancia historias de santos, milagros y apariciones transformadas en leyendas que se aprendían junto al catecismo y las primeras oraciones.

El padre Eugenio de la Fuente Lora, integrante de la Pía Unión del Sagrado Corazón hasta 2010 y vicario de esa parroquia hasta 2009, recuerda una versión similar, aunque no idéntica, sobre el origen de la vocación de Karadima.

—Yo no escuché de la Virgen en el cerro, sino que en una iglesia en Concepción, cuando él tenía como ocho años, le dijo a su mamá de improviso: «Voy a ser sacerdote». Me acuerdo de

que fue frente a una Virgen o en una adoración al Santísimo. Y que la mamá le contestó: «Ya m'hijito, shh, shh», haciéndolo callar. Contaba que en ese tiempo, cuando las mujeres usaban velo, había silencio absoluto en la misa.

Eugenio de la Fuente no recuerda haberle oído referirse a una visión. Pero sí que «el padre de repente decía: "Tengo una luz de Dios" o "tengo una inspiración de Dios"».

De la infancia de Fernando Karadima se sabe que habría pasado por una relativa estrechez económica, en especial tras la muerte del padre. Muchos aseguran que sus afanes de grandeza posteriores tendrían esa raíz.

Los especialistas afirman que los abusadores suelen tener tras de ellos una historia de abusos. En ese sentido, José Andrés Murillo menciona un episodio que escuchó de boca del sacerdote en sus tiempos de El Bosque: «Karadima contó que una vez cuando era chico iba con un hermano o una hermana —no me acuerdo con quién— subiendo a una iglesia, creo que a un entretecho, y alguien abusó de ellos, y fueron a contarle a su papá, quien les dijo: "No, eso no es nada". Pero él decía: "Yo sé que era algo". A mí me lo contó dos veces por lo menos. Creo que era un sacristán el que les corrió mano».

—¿Y estas cosas las contaba ante un grupo?

—Sí, ante un grupo, sin darle mayor importancia —comenta Murillo.

Larga familia

Fernando Salvador Miguel Karadima Fariña nació el 6 de agosto de 1930. Hijo de Jorge Karadima Angulo, de origen griego —por lado paterno—, y de la chilena Elena Fariña Amengual, es parte de una larga familia. Tres hermanos hombres —Jorge, Sergio y Óscar— y tres mujeres —María Eugenia, María Elena, Raquel y Patricia— constituyen el clan.

El mayor, Jorge Karadima, entrevistado por *El Mercurio* en mayo de 2010, poco después de que se conocieran las denuncias de James Hamilton, Juan Carlos Cruz, José Andrés Murillo y Fernando Batlle, contó que los Karadima Fariña se habían reunido en pleno con el ex párroco. «Mi hermano nos aseguró que es inocente y yo le creo», aseguró en aquella oportunidad. Conocía a Hamilton —dijo—, quien incluso lo había operado, y afirmó que nunca vio algo que no fuera normal. «Fernando es un hombre tranquilo, un buen sacerdote, de gran arrastre», manifestó[1]. En la misma ocasión agregó que las acusaciones se debían a que «el diablo metió la cola».

Su hermana María Elena, según Jorge Karadima, por razones de salud no concurrió a esa cita. Ella es casada con el médico especialista en cirugía Sergio Guzmán Bondiek, profesor de la Universidad Católica, quien había tomado distancia de su polémico cuñado hace años. Algunos de sus sobrinos tampoco le tenían especial simpatía.

Otros de sus hermanos, en cambio, veían a Fernando no solo como un sacerdote admirable, sino como un generoso protector. Patricia vivía en una de las casas contiguas a la parroquia de El Bosque. Otros dos hermanos, Sergio y María Eugenia, residían en ese momento en dos departamentos del edificio Plaza Las Lilas —Eliodoro Yáñez 2831, Torre A— que fueron elegidos por el ex párroco y adquiridos a nombre del sacerdote de la Pía Unión, Antonio Fuenzalida. Y el propio Jorge Karadima Fariña también habitó con su familia una de las casas que están en el interior de la propiedad parroquial.

Para la mayoría de los hermanos y sobrinos, durante años el nombre de Karadima había sido motivo de orgullo. Incluso así lo manifestó el hermano mayor. Y no era para menos: el sacerdote era venerado como «santo» y se había transformado en una figura señera en la elite católica conservadora. Después

[1] *El Mercurio*, 10 de mayo de 2010. «Jorge Karadima: "Mi hermano nos aseguró que es inocente y yo le creo"».

del 18 de febrero de 2011, el fallo del Vaticano cayó como un implacable baldón también sobre ellos, sin tener arte ni parte en esta historia de dominación extrema. Hasta su propio apellido se transformaría inevitablemente en símbolo de abuso y de traición al ministerio sacerdotal.

En la parroquia a perpetuidad

Fernando Karadima estudió en los Hermanos Maristas y después de la muerte de su padre, en 1949, tuvo que trabajar. Fue cajero en el Banco Sudamericano antes de decidirse por el sacerdocio, según él mismo contaba. Al parecer, habría estudiado Derecho uno o dos años.

Desde que era un joven aspirante al sacerdocio vivió en El Bosque. «Estudié para sacerdote desde 1952», dice en su declaración ante el fiscal Xavier Armendáriz[2]. Por lo que recuerda el padre Alfonso Baeza, esos serían los estudios en la Facultad de Teología, ya que en esa época Karadima vivía en El Bosque y formaba parte de la Pía Unión Sacerdotal, encabezada por monseñor Alejandro Huneeus, quien en 1948 fue el primer párroco de la nueva iglesia.

Diez años después, en 1958, cuando recibió el sacramento del orden sacerdotal, Fernando Karadima Fariña fue designado vicario de El Bosque. Tuvo ese cargo —el segundo en jerarquía en la parroquia— por veinticinco años. Pero antes de ser nombrado párroco tenía una influencia creciente.

Fernando Karadima asumió como párroco en la iglesia de El Sagrado Corazón en 1983 —el mismo año en que el cardenal Francisco Fresno llegó como arzobispo de Santiago—, y recién dejó de serlo en 2006, cuando las primeras denuncias sobre abusos sexuales en su contra se hacían sentir sigilosamente dentro de la Iglesia Católica.

---

[2] Declaración de Fernando Salvador Miguel Karadima Fariña ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, 29 de junio de 2010.

Tan larga permanencia de un sacerdote en una parroquia es absolutamente fuera de lo común. El solo hecho de esa estadía a perpetuidad era un signo que hablaba del poder de Karadima. Hubo cuatro arzobispos desde que Karadima fue ordenado en 1958 y 2006, cuando dejó de ser párroco[3], y él permaneció instalado en su feudo de El Bosque.

Cambios de domicilio

En junio de 2004 se habían presentado las primeras denuncias ante el Arzobispado, y dos años después el cardenal Francisco Javier Errázuriz decidió poner fin al mandato de Karadima como párroco, argumentando razones de salud y edad. Tras una apoteósica despedida ante su grey, acompañado de sus discípulos de la Pía Unión y sus jóvenes de la Acción Católica, dejó el cargo en agosto de 2006, pero siguió viviendo en su misma habitación, en el segundo piso del recinto religioso. Como sucesor quedó su delfín, Juan Esteban Morales, aunque «el rey» no había perdido su trono ni su mando.

La tranquila y regalada vida de Karadima en El Bosque se hizo un tanto más inquieta al saber de estas denuncias formuladas ante la Iglesia. En 2009 se sumó la petición de nulidad matrimonial de James Hamilton y Verónica Miranda, cuya base son los abusos cometidos por su director espiritual. No obstante, el círculo de protección tocaba puertas y puntos neurálgicos para impedir que las acusaciones prosperaran.

Cuando las denuncias se hicieron públicas, en abril de 2010, el asunto se complicó para sus fieles seguidores. Reacciones de incredulidad, indignación contra los acusadores expresada en

---

[3] Entre 1958 y 2010 fueron arzobispos de Santiago los cardenales José María Caro, Raúl Silva Henríquez, Carlos Oviedo Cavada y Francisco Javier Errázuriz Ossa. Además, durante dos años, entre la muerte del cardenal Caro en diciembre de 1958 y la designación de Silva Henríquez en abril de 1961, fue administrador apostólico de Santiago Emilio Tagle Covarrubias, quien después fue obispo de Valparaíso.

descalificaciones, rezos y loas para monseñor, marcaron la tónica de los primeros meses.

El 1 de septiembre de 2010, a sus ochenta años, cuando el caso avanzaba en la justicia civil y religiosa, Fernando Karadima tuvo que abandonar definitivamente El Bosque. Obligado por la fuerza de los acontecimientos, y blindado por sus incondicionales, fue trasladado primero al fundo de la familia de Francisco Costabal, en María Pinto; después pasó al campo de los Tocornal Vial, en Buin; y de ahí a El Guindal, en Los Andes, el predio del empresario frutícola Carolus Brown, cuya hija María Victoria —Totola—, casada con Luis Ignacio Lira Vergara, le dio hospedaje, contra la opinión de algunos de sus hermanos.

La compañía de sus amigos y protectores en confortables casas campestres de la zona central llegó a su fin después del fallo del Vaticano. Por instrucción del arzobispo Ricardo Ezzati, el 24 de enero —tres semanas antes de que el veredicto se hiciera público— debió recluirse en el convento de las Siervas de Jesús de la Caridad, en Bustamente 568.

Denuncias de medio siglo

En los años sesenta, Fernando Karadima era ya una figura central en la parroquia, donde celebraba misas a diario, predicaba, y era confesor y guía espiritual de seminaristas y de jóvenes de la Acción Católica.

Al comenzar esa década «oficiaba la misa de siete de la mañana y después nos invitaba al comedor de la parroquia a desayunar», cuenta el arquitecto Juan Pablo Zañartu, quien envió una carta al fiscal Xavier Armendáriz en la que relata una experiencia de abuso que sufrió en ese tiempo por parte de un seminarista, cuando él tenía doce años[4].

[4] Carta del arquitecto Juan Pablo Zañartu Cerda, para el fiscal regional Xavier Armendáriz Salamero, 18 de mayo de 2010. Posteriormente, Juan Pablo Zañartu declaró ante el fiscal el 31 de mayo de 2010 y ratificó los contenidos de su carta.

Zañartu, hoy de sesenta y tres, concurrió después a declarar a la Fiscalía. Su vínculo con la parroquia se remonta a su primera comunión en 1955. Él estudiaba en el colegio Grange, hasta donde iba un sacerdote conectado con El Bosque a darles clases de religión. A partir de 1958 —dice el arquitecto—, «en plena preadolescencia y tal vez por la ausencia profunda de mi padre, sentí una necesidad de búsqueda espiritual (...) Comencé a asistir a la misa de siete antes de ir al colegio». Y los sábados después de almuerzo iba a los grupos de Acción Católica.

Recuerda haberse confesado muchas veces con Karadima. Las confesiones «no eran en los espacios laterales del confesionario, sino que frente a él, yo de rodillas y el sentado muy próximo a mí, de modo que podía sentir su aliento», señala Zañartu. Los temas sobre los que le preguntaba «eran siempre sexuales y en particular en torno a la masturbación. Su interés era saber cuáles eran mis fantasías sexuales».

Pero la situación más traumática para Zañartu no la experimentó con Karadima, sino —como señaló al fiscal— con quien identificaba como «el padre Raúl», que era «un seminarista residente en la parroquia». Su habitación estaba «en el segundo piso del ala de dormitorios del edificio. Inmediatamente mostró especial interés por mí, que yo interpreté como un genuino cariño y amistad». Raúl estaba a cargo de las reuniones de los sábados, y un día lo invitó a conocer su pieza. Y apenas entraron «se acostó en su cama invitándome a que lo abrazara», relata Zañartu.

Tras dos episodios similares, le contó a su madre. La señora reaccionó «con energía, me tomó y fuimos juntos para que ella encarara a Raúl, lo que provocó un altercado entre ambos, a raíz del cual yo ya no volví nunca más a El Bosque».

Junto con indicar que la obsesión de Karadima por la masturbación estaba presente ya en sus primeros tiempos de sacerdote, el relato de Zañartu da pistas sobre la antigüedad de las extrañas situaciones que ocurrían en El Bosque.

Del seminarista acusado por Zañartu poco más se supo. Cuando el fiscal Armendáriz le consultó sobre él, Fernando Karadima admitió que Raúl Claro Huneeus «efectivamente estuvo de sacerdote» entre «1960 y 1964 ó 65, se fue a Alemania y entiendo que se retiró».

En el mismo sentido, el doctor Sergio Guzmán Bondiek indicó que recordaba al padre Raúl: «Creo que se fue a Alemania en 1965. Entiendo que luego se salió del sacerdocio, pero hace muchos años que no sé de él».

Después de medio siglo, el arquitecto Juan Pablo Zañartu se sintió impactado al conocer el testimonio de Hamilton, Cruz, Murillo y Batlle, y consideró su deber dirigirse al fiscal Armendáriz. «Han transcurrido cincuenta años desde este incidente que cambió mi vida, alejándome del camino de la Iglesia y dejándome con un profundo vacío existencial hasta hoy (...) Cuando se reveló la historia del padre Karadima y la parroquia de El Bosque me sentí asombrado, pues se trataba de víctimas mucho más jóvenes que yo. Es decir, había una continuidad a partir de los años sesenta».

«Profecías» del padre Hurtado

Además de la historia de la Virgen del Cerro Concepción, Fernando Karadima insistía ante sus seguidores en la importancia que para él tuvo el padre Hurtado. Algo que muchos repiten hasta el cansancio, pese a que —como indica el ex vicario de Pastoral Social, Alfonso Baeza—, solo mostraba una faceta espiritualista que no respondía a la integridad del santo jesuita[5].

Días después de que se conociera el fallo del Vaticano, *El Mercurio* publicó una carta que ilustra el malestar provocado por la utilización del santo chileno de parte de Karadima y sus seguidores en la propia familia del jesuita: «Como sobrinos del padre Hurtado nos gustaría dejar bien claro que Alberto Hurtado fue un guía espiritual de excelencia para cientos de jóvenes chilenos de su época. El padre Hurtado recogía a niños que vivían debajo de

[5] Ver capítulo 6: «Cantera de vocaciones».

los puentes para darles casa, comida y educación, mientras que este señor hacía justamente lo opuesto. (…) Fue nombrado santo de la Iglesia Católica, a diferencia del cura Karadima, a quien le gustaba que sus seguidores le llamaran "santo" o "santito", y que ha sido condenado nada menos que por la Santa Sede», protestaron María Victoria, Carmen, Isabel y Luis Alberto Cruchaga Gepp[6].

En el mismo diario, el 23 de febrero, María Victoria Cruchaga explicó: «Nos empezó a molestar la asociación que Karadima hacía con la imagen del padre Hurtado (…) cuando empezó a verse envuelto en problemas, comenzó a recalcar su cercanía»[7].

La sobrina directa de Hurtado, agregó: «Tengo la certeza de que las malas costumbres no las aprendió de nuestro santo». Y su hermano Luis Alberto, completó: «Creemos que el padre Hurtado no estaría nada de contento con la actitud de este caballero. Estamos planteando esta crítica en memoria y en recuerdo de él, pues su figura significa mucho para los católicos chilenos».

Jimmy Hamilton recuerda que Karadima les contaba incluso de unas «profecías del padre Hurtado» dirigidas a él. «Decía que él era su más cercano discípulo y que fue uno de los únicos que se acercó a su lecho de muerte en el hospital de la Universidad Católica. Y que el padre Hurtado le anunció tres profecías.»

—¿Eso lo contaba él?

—Sí, era su carta de presentación.

—¿Y cuáles son esas profecías?

—La primera profecía es que le había dicho «vas a estar siempre rodeado de jóvenes, vas a ser un polo de atracción para los jóvenes que se van a acercar a Dios y a la santidad.

»La segunda consistía en que a muchos de esos jóvenes "los vas a encaminar al sacerdocio". Y aseguraba que el padre Hurtado le expresó una tercera profecía, que era una cosa personal que le había dicho él, pero que no la podía repetir. Todos suponíamos

---

[6] *El Mercurio*, 22 de febrero de 2011. Sección cartas al director. Caso Karadima II.

[7] *El Mercurio*, 23 de febrero de 2011. «Malestar entre parientes: Familiares del padre Hurtado rechazan vinculaciones con Fernando Karadima.»

que sería que lo iban a canonizar, que iba a ser igual de santo que el padre Hurtado», concluye el médico.

«El tipo vivía en estas cuestiones absolutamente mágicas de profecías y contaba todas estas cosas», comenta Jimmy Hamilton. «Él insistía en que era un elegido de Dios. Y decía que todos sus pecados y sus debilidades no tenían ninguna importancia ante Dios, por ser el elegido. Era una cosa menor, ya había sido elegido por Dios y se lo había dicho el padre Hurtado.»

Visiones y mitos

Para Juan Carlos Cruz, en la relación de Karadima con el padre Hurtado hay mucho de mito. «Él daba una visión como que eran íntimos amigos. Yo creo que él es tan enfermo que contaba un cuento y después se lo creía. Lo contaba tantas veces que ya pasaba a ser verdad para él.»

Y relata un episodio: «Él me prestó una cruz para dar la Prueba de Aptitud Académica, "la cruz del padre Hurtado". El cuento en esa época era que el propio padre Hurtado se la había dado. Que él fue el último en estar en el lecho de su muerte y que le regaló la cruz. Y para ciertas ocasiones difíciles se la prestaba a los jóvenes. Pero después, él mismo modificó la historia. Como se puede ver en YouTube, en una entrevista, dice: "Yo llevé esta cruz que la tenía en la mano y se la pasé al padre Hurtado para que me la bendijera". Entonces, la verdad parece ser que la cruz era de Karadima y que el padre Hurtado simplemente se la bendijo».

Según Juan Carlos Cruz, «a él le encantaba contar que se iba con el padre Hurtado a cuanta parte había, pero los jesuitas no le creían».

—¿Crees que es mentira?

—Creo que es exageradísimo. No dudo de que puede haber conocido al padre Hurtado y haber estado con él alguna vez, pero es una exageración grande lo que cuenta.

Muchos ex miembros de El Bosque piensan hoy que el abuso de la invocación al padre Hurtado por parte de Karadima era

una herramienta de «marketing religioso» que utilizaba ante los jóvenes y sus feligreses.

Le pregunté a José Andrés Murillo, que fue novicio de la Compañía de Jesús:

—¿Has hablado alguna vez con los jesuitas sobre esta vinculación espiritual de Karadima con el padre Hurtado?

—Mucho… La visión de los jesuitas es que Karadima quería entrar a la Compañía de Jesús y que el compadre no tenía «paño», como dicen los psicoanalistas, como que no tenía cabeza para entrar a su orden. Y el discurso de Karadima después era que el padre Hurtado se dio cuenta de que los jesuitas lo miraban muy mal y por eso lo mandó al clero diocesano.

Según Murillo, esa versión del ex párroco no es muy creíble «porque el padre Hurtado era un jesuita hasta la médula».

Quienes se han interiorizado en la vida del padre Hurtado aseguran que el sacerdote vivía la religiosidad desde el punto de vista de los pobres, no de los sectores más poderosos, a los que muchas veces fustigó. El padre Hurtado de la camioneta verde que recogía a los pobres y lanzaba calificativos quemantes contra el egoísmo de los sectores acomodados, no refleja mucho lo que representa el cura de El Bosque.

Su inquietud por «la cuestión social» y su palabra crítica le significaron a Alberto Hurtado Cruchaga ser tratado de «cura rojo». Nada de obsecuente, fue mirado con desconfianza y hasta antipatía por muchos de su medio social. Muy diferente a Karadima, que «ha buscado el contacto con los poderosos y echaba a los mendigos de El Bosque, para que no afearan la entrada de su parroquia», argumentan quienes coinciden con la defensa de sus sobrinos.

Qué dicen los jesuitas

Una de las primeras voces provenientes de la Iglesia que respaldó las denuncias de las víctimas que acusaron a Fernando Karadima

fue Antonio Delfau Soria, sacerdote jesuita de cincuenta y seis años, director de la revista *Mensaje*, fundada por el padre Alberto Hurtado. Delfau, quien además de sacerdote es ingeniero comercial de la Universidad Católica y psicólogo de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, sabía ya de la historia de José Andrés Murillo, ex novicio de la Compañía de Jesús, antes de que se conociera públicamente.

Antonio Delfau conoció a Karadima cuatro décadas atrás, cuando vivía con su familia en la avenida Pocuro, cerca del colegio y de la parroquia. Cursaba en ese entonces la enseñanza media en el San Ignacio de El Bosque.

En su oficina de la calle Cienfuegos 21, donde el padre Hurtado está muy presente en un cuadro y en diversos libros de la estantería, conversamos durante cerca de tres horas.

Antonio tenía quince años en marzo de 1970, cuando murió de cáncer su padre, el arquitecto Raúl Delfau Salas, «un hombre muy católico, hijo de catalanes», comenta. «El golpe de la muerte de mi papá fue muy fuerte, no sentí mucho apoyo espiritual en el colegio San Ignacio, porque en esa época los jesuitas estaban más interesados en trabajar con los pobres, tenían bastante abandonado el San Ignacio del Bosque». Unos compañeros de colegio lo convidaron a la parroquia «y ahí conocí a Karadima».

Se confesó con él y empezó a ir a las reuniones «no tanto por lo que hablaba el cura, que era bien latero». A diferencia de muchos jóvenes que se sintieron atraídos por la oratoria de Karadima, Delfau es categórico: «Encontré siempre malas sus prédicas, desde el primer día».

«Era un ambiente bastante elitista, pero era entretenido en ese tiempo, porque también iban mujeres a la iglesia, y de ahí salían muchas fiestas», señala Antonio Delfau. Ese año, Salvador Allende llegó a La Moneda. Ya había empezado la Reforma Agraria, con Eduardo Frei Montalva. Y para ese mundo «fue una época de crisis en que los campos eran expropiados. Recuerdo una familia que tenía seis fundos y cada año que íbamos

a fiestas a esa casa iba disminuyendo la cantidad de pavos que nos daban, de acuerdo a los campos que iban perdiendo», comenta el jesuita.

La Iglesia Católica en ese tiempo era enjuiciada por muchos que encontraban en la parroquia de El Bosque una suerte de refugio con ritos más tradicionales que los impulsados por la jerarquía y el Concilio Vaticano II.

Monseñor Alejandro Huneeus, fundador de la parroquia —quien murió en 1989— vivía en esa época en El Bosque. El sacerdote Daniel Iglesias era el párroco, y Fernando Karadima, como vicario, ya era una figura marcadora por sus prédicas, sus reuniones con jóvenes y sus direcciones espirituales. Cuenta Antonio Delfau que el entonces seminarista Felipe Bacarreza, actual obispo auxiliar de Concepción, era «ayudante de Karadima».

«Los monitos de El Bosque»

Pero Delfau se aburrió luego de las reuniones de Karadima y dejó de ir, aunque siguió asistiendo a la parroquia. «Durante muchos años fui a la misa de ocho todos los días. Esas misas las celebraba el párroco, Daniel Iglesias, que predicaba bastante mejor, pero tenía dificultad en la voz. Estuvo en el Concilio, era biblista.» Entretanto, Delfau estudió ingeniería comercial en la Universidad Católica entre 1973 y 1977.

Admite el director de *Mensaje* que «él tenía una lucha interna. Por un lado, escuchaba a los jesuitas que decían que había que preocuparse de los pobres, que comprar dólares en la época de Allende era un pecado; pero yo necesitaba esa devoción, ese silencio, ese rito bien hecho, esos meses de María muy fervorosos de El Bosque, y no me sentía del todo cómodo en ninguna de las dos partes. Yo necesitaba mucho a Dios».

El mismo Delfau se pregunta: «¿Por qué no fui más cercano a Karadima?», y se responde: «Creo que porque soy muy crítico, y preguntaba en todas las reuniones por qué no había más acción

social en la parroquia, por qué no se hacían más actividades con los pobres».

—¿No te ofreció nunca ser secretario?

—Sí. Para uno era bien impresionante que le dijeran: «Tú eres mi secretario». Pero poco después me di cuenta de que todos eran sus secretarios, que era una especie de anzuelo. Y cada vez que me veía, me repetía: «Tú eres mi secretario», pero nunca crucé el umbral del mundo privado, no sé por qué. Te estoy hablando del año setenta, yo tenía quince años. Nunca vi algo incorrecto sexualmente, debo decirlo francamente. Él era cariñoso sí…

Delfau encontraba a Karadima «un poco meloso, pegote… pero no recuerdo haber visto nada más. Nosotros en mi casa nos reíamos, mi mamá hablaba de "los monitos de El Bosque", porque eran todos iguales, todos uniformados, todos con chaqueta y corbata».

Él no recuerda haber usado chaqueta azul para ayudar en misa ni tampoco tuvo a Fernando Karadima como director espiritual. No participaba en la Acción Católica, pero conocía a toda la gente que frecuentaba la iglesia.

«Cuando yo era joven, en la segunda mitad de los setenta, el Mes de María —entre el 8 de noviembre y el 8 de diciembre— en El Bosque era famoso, porque cada semana predicaba un "grande", como Jorge Medina, José Miguel Ibáñez Langlois, Raúl Hasbún; predicó también monseñor Adolfo Rodríguez, el español del Opus Dei, el primero en llegar; alguna vez otro, que no era tan conservador. Los jesuitas por supuesto que no iban, no estaban invitados. Era como un gran festival de prédicas muy interesantes, muy bien hechas y creo que una semana predicaba Karadima.»

Antonio Delfau hace memoria y comenta: «Jaime Guzmán iba a misa casi todos los días a El Bosque en mis tiempos. Yo lo veía. Y muchos de los gremialistas también concurrían. Por ejemplo, Alberto Hardessen, que era de la Universidad Católica y estuvo metido en el problema de La Familia». Se refiere al escándalo que en 1976 involucró a la cooperativa de ese nombre que había sido creada por destacados gremialistas de la Universidad Católica para

administrar fondos del bienestar estudiantil y concedía préstamos a interés a los alumnos[8].

«Todos ellos iban porque era una parroquia bien atendida, donde te acomodaba mucho el silencio, la liturgia, la no participación. En otras parroquias te empezaban a meter en grupos, a pedirte cosas, aquí no te pedían nada y siempre había confesores», señala Delfau.

En esos tiempos, a unas cuadras de El Bosque, en la misma comuna de Providencia, otros jóvenes concurrían a la Parroquia Universitaria, que funcionaba en un galpón próximo a la iglesia de la Anunciación, en la plaza Pedro de Valdivia. Allá, en las misas con guitarra y canciones, participaban estudiantes y ex profesores de la Universidad Católica que, domingo a domingo, tenían un lugar de encuentro en la época de dictadura.

Un rosario imaginario

—¿Qué saben ustedes, los jesuitas, de la verdadera relación de Karadima con el padre Hurtado?

—Sabemos que hay mucho de fantasía en la historia que él cuenta del padre Hurtado. Es un padre Hurtado que él acomodó, lo espiritualizó en extremo; alargó enormemente las horas de oración que hacía el padre Hurtado, que no eran tantas; incluso le puso un rosario en la mano que no figura en ninguna parte, en las numerosas fotos que tenemos de él, existe un CD con fotos del padre Hurtado y en ninguna lleva un rosario en la mano. ¡En ninguna! Y después hay unas entrevistas que le hacen al padre Karadima donde él cuenta que los últimos cinco o seis años de la vida de Hurtado las pasó a su lado...

[8] Entre los miembros del directorio de la cooperativa que actuaba como financiera estaban Alberto Hardessen, por entonces vicerrector Económico de la UC, y el actual senador Hernán Larraín, que era el vicerrector de Comunicaciones. A raíz del escándalo, hasta Jaime Guzmán Errázuriz debió enfrentar una orden de arraigo durante 24 horas, decretada por el juez Sergio Dunlop. Más antecedentes en *La privatización de las universidades. Una historia de dinero, poder e influencias.* Copa Rota, 2005, y en revista *Mensaje*, Nº 257, marzo de 1977.

—Y que fue uno de los últimos que estuvo con él en el lecho de su muerte…

—Pero resulta que en ninguna cronología, en ninguna biografía o estudio serio sobre el padre Hurtado aparece su nombre. Hay muchas personas nombradas que fueron significativas en la vida del padre Hurtado por distintas razones. Por dar un ejemplo, Marta Cruz-Coke, que fue presidenta de la Acción Católica, pero que, además, el padre Hurtado la casó y bautizó a su hija. Es cierto que Karadima lo conoció, junto con otros montones de personas, pero hay ahí mucho de exageración.

—Karadima le hablaba a sus seguidores de las «profecías» que el padre Hurtado le habría anunciado a él.

—Esas cosas no calzan con la personalidad de Alberto Hurtado. Creo que lo que uno puede decir, para no faltar a la verdad ni especular, es que hay que hacer el cruce de los datos y de las informaciones para darse cuenta de que hay mucho de fantasía y de omisión respecto a lo que verdaderamente fue Hurtado. También hay omisión de parte de otros; por ejemplo, el Hogar de Cristo se encargó por un tiempo de reducirlo a la parte de beneficencia. Pero es un hecho que el padre Karadima agrandó enormemente la relación que tuvo con Hurtado.

«Quinientos mil jóvenes»

Una de las principales preocupaciones de Fernando Karadima en su feudo de El Bosque fue ir tejiendo redes entre los sectores más acomodados de la sociedad capitalina. En un comienzo, el barrio Las Lilas, donde está la parroquia, era un excelente lugar para tender esos hilos.

A lo largo de su carrera fue trabajando los métodos, mezclando lo espiritual con lo netamente social: prédicas, reuniones de jóvenes, dirección espiritual, administración de sacramentos, visitas, almuerzos y comidas en casas de vecinos y amigos que le parecían interesantes. Así surgían lazos que se fueron haciendo tupidos.

«Pido se considere que mi palabra valga, pues tengo tanta gente que ha pasado por acá, serán quinientos mil jóvenes desde los años cincuenta con los cuales he trabajado. Mis manos han sido consagradas para tomar la hostia y no podría hacer nada inmoral con ellas», declaró enfático Karadima al fiscal regional Xavier Armendáriz cuando lo recibió en la parroquia El Bosque.

Ese día, como en muchas otras ocasiones, lo acompañaban, además de dos abogados, su incondicional ayudante Francisco Costabal González, presidente de la Acción Católica por diez años.

La cifra de jóvenes «que ha pasado por acá» llega a ser aterradora si se tienen en cuenta las poco pías actitudes de monseñor. Pero no todos serían sus elegidos. Estos debían reunir características especiales.

Antonio Delfau recuerda a los presidentes de la Acción Católica de los años setenta, cuando él asistía a misa diaria en la parroquia: el empresario José Antonio Rabat Vilaplana, de familia catalana como él, que «no sé por qué siempre hubo misterio sobre el motivo de su desaparición de El Bosque». Rabat después se acercó al Opus Dei. En cambio, otros «presidentes» de ese tiempo siguen cercanos a Karadima: «Domingo Jiménez, creo que él sigue incondicional; Sergio Morales, es hermano de Juan Esteban, y Juan Pablo Bulnes, que no sé si tuvo ese cargo».

El periodista Juan Carlos Cruz comenta: «A veces escuchaba críticas sobre el padre Fernando, porque le gustaba rodearse de gente de buenas familias y de tipos buenosmozos. También oíamos que a las mujeres no les ponía atención. En el círculo de hierro eran todos jóvenes de "buenas familias", del barrio alto y todos de bastante buena pinta», comenta. Y reitera algo que siempre le llamó la atención: «Las mujeres eran de segunda categoría, ellas no podían ser sacerdotes y a las pocas que se metían a monja las usaba para decir cuán bueno era El Bosque para las vocaciones y las anotaba en sus logros».

Enojos con las Carmelitas

Según Antonio Delfau, en el tiempo en que participaba en El Bosque «a las niñas que tenían vocación religiosa Karadima las mandaba a Viña, al convento de las Carmelitas Descalzas, pero la madre priora, que ya murió, una santa mujer a quien conocí, parece que una vez le paró el carro a Karadima, diciéndole: "Mire, aquí, dentro de este convento la que manda soy yo...Y entonces eso lo enfureció y de un día para otro toda la gente que las iba a visitar no pudo ir más». Ese incidente habría provocado —dice Delfau— «que Francisca Salinas, que es monja carmelita y amiga mía desde los tiempos de El Bosque, haya pasado como treinta años sin hablar con su hermano Tomás Salinas, sacerdote de Karadima».

—¿Cuándo fue eso?

—Ellas entraron a fines de los setenta al convento, y creo que esto fue relativamente rápido, puede haber sido el ochenta y tantos.

—Una de las características de la personalidad de Karadima es el desprecio hacia las mujeres y en la Acción Católica les daban tareas secundarias...

—Pero hay que tener cuidado con la caricatura, porque también había niñas que según he descubierto después no lo soportaban; iban a misa, a las fiestas con gente de la parroquia, y aunque él quería intervenir en sus pololeos no se dejaban dominar. Conozco varios casos. Recuerdo a una niña que me contó que el padre le había dicho que iba a ser él su director espiritual y ella le respondió: «No, padre, yo elijo a mi director espiritual»; eso lo había enfurecido.

La dureza de Karadima y sus seguidores en temas familiares fue uno de los motivos que llevó a Antonio Delfau a distanciarse de El Bosque. «Me chocaba por sobre todo la dureza de castigar a gente que no tenía nada que ver en una situación determinada. Recuerdo el caso de Rafael Errázuriz, a quien echaron de la Acción Católica porque su hermana de veintiséis años que estudiaba Arquitectura pololeaba con un hombre separado. Los papás

vivían en Parral y los hermanos, que estudiaban en la universidad, tenían un departamento en Santiago. ¿Qué derecho tenía el hermano de obligarla a pelear? Y lo echaron por esa razón.»

A raíz de ese episodio, Antonio Delfau le dijo a Sergio Morales Mena, presidente de la Acción Católica de esa época: «Ustedes se me cayeron con esta cuestión de Rafael Errázuriz, lo encuentro lo más ridículo que hay; para mí, esto no tiene nombre. ¿Qué culpa tiene él que su hermana esté pololeando con un separado? ¿En qué mundo viven?».

Pasó un tiempo y una tarde su mamá le anunció: «Dos monitos de El Bosque están en la puerta de la casa, y vienen a hablar contigo oficialmente». Antonio Delfau los recibió. «Eran Sergio Morales, cuya hermana Verónica era compañera mía en ingeniería comercial de la Católica, y creo que el otro era León Larraín. Había cierta confianza, porque yo había estado estudiando en casa de los Morales y, además, los visitantes habían estudiado en el San Ignacio». Les reiteró lo que pensaba, y su distanciamiento fue mayor.

Por esa época, Delfau empezó el retorno hacia los jesuitas. «Habían cambiado las cosas desde que dejé el colegio. Había otros curas, mucho más acogedores, más inteligentes para mi gusto y me invitaron algunos compañeros y empecé a dejar la parroquia de El Bosque y a volver hacia los jesuitas, donde encontré una espiritualidad que me acomoda más.»

En 1979, tras titularse de ingeniero comercial y trabajar un tiempo en el BCI, Antonio Delfau ingresó al noviciado de la Compañía de Jesús.

Efebofilia y sometimiento

Por lo que se ha podido investigar hasta ahora, parece ser que la preferencia de Fernando Karadima no serían los niños chicos, aunque hay testimonios sobre algunos que han sido sus predilectos desde que eran muy pequeños. Pero más que un pedófilo, en

estricto rigor, su problema sería la efebofilia, es decir, la atracción sexual por los adolescentes y jóvenes. No es casual que siempre se le viera rodeado de jóvenes altos y buenosmozos, como elegidos «con pinzas», de lo que dan fe quienes lo conocen. Siempre hombres, nunca en su séquito tuvieron lugar las mujeres. Y a ellos los subyugaba en nombre de Dios.

«Creo que le gustan los adolescentes, de dieciséis para arriba y puede llegar hasta los veintitantos o más. Ese es su *target group*», señala Juan Carlos Cruz.

En algunos casos, «el proceso» de preparación de sus eventuales víctimas empezó antes. Muchos que después formaron parte de su séquito llegaron de niños, recibieron la primera comunión en el Bosque y desde antes de tener uso de razón sus padres los llevaban, concurrían a reuniones y admiraban al sacerdote.

Hoy Jimmy Hamilton ve el feudo de El Bosque como «una maquinaria armada tendiente a lograr los objetivos de Karadima. Como una industria que le permitía elegir entre los jóvenes más vulnerables, los que reaccionarían de alguna manera sometida ante su perversión».

«Él los buscaba no solo por la cuestión religiosa y las vocaciones que entregaría a la Iglesia, sino que quería devorárselos», sostiene Hamilton. «Su pasión y su pecado es su pacto mefistofélico de querer saciar sus pasiones con lo que él consideraba que era lo que se merecía, y que a sus ojos era lo mejor de la juventud chilena.»

—¿Está claro que Karadima es homosexual? —le pregunto a Juan Carlos Cruz.

—Sí, es gay, totalmente. Sobre eso no hay duda.

—¿Nunca se le han conocido mujeres...?

—No, siempre se ha interesado por hombres guapos, el patrón es el tipo de buena pinta, alto, blanco. Segundo, que sea de buena familia, y tercero, que tenga plata. No todo tiene que estar en uno, pero esas características para él eran lo máximo.

A las mujeres jóvenes aparentemente las miraba en menos. Las «esclavitas» en la iglesia solo servían para tareas secundarias, dicen quienes vivieron en ese submundo. Las mayores, en cambio, si tenían fortuna y mucha fe, podían ser fuente de suculentos ingresos. Algunas le agradecían favores como el haber obtenido una «nulidad matrimonial», que con buena voluntad monseñor se prodigaba en ayudar a conseguir, gracias a sus contactos en los entresijos de la Iglesia. Se cuenta que ese fue el caso de Pilar Capdevila, quien tras su separación de un primer matrimonio obtuvo la nulidad religiosa para casarse con Eliodoro Matte, uno de los dueños de la Papelera, la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones.

«Conejeo» en el Verbo Divino

Para afianzar su poder, Fernando Karadima Fariña tuvo ventajas de partida: El Bosque le dio un acceso natural a gente de clase alta que en los años cincuenta y sesenta vivía en el barrio Las Lilas. Con el tiempo, muchos fueron migrando hacia Vitacura, Las Condes y La Dehesa, mientras la población de la comuna de Providencia empezaba a envejecer. Ya no era habitual en los alrededores de la iglesia colorada encontrarse con tantas familias numerosas con niños y jóvenes. Pero eso no fue un problema mayor para el párroco ni razón para cambiar de barrio.

Los colegios desempeñarían un papel cada vez más importante en su trabajo «pastoral». Y entre ellos, uno fue el elegido como especial semillero desde donde nutrir su Acción Católica: el Verbo Divino, ubicado en la avenida Presidente Errázuriz, cuatro o cinco cuadras más arriba de Tobalaba, en la comuna de Las Condes, en territorio de la parroquia de Santa Elena. El Verbo Divino pertenece a la misma congregación de los padres del antiguo Liceo Alemán de Bellavista, que en abril de 1950 decidió abrir sus puertas en el barrio alto.

La cercanía y el hecho de ser uno de los colegios preferidos de la elite en aquellos años, donde estudió el actual presidente de la República, Sebastián Piñera, y una larga lista de políticos y empresarios, provocó que fuera la principal «cantera» de seguidores para Karadima.

Entre muchos otros, estudiaron en el Verbo Divino los hermanos Tocornal Vial y Francisco Prochaska, a quien Karadima llevó a vivir con él en la parroquia. También son ex alumnos del Verbo el obispo de Linares Tomás Koljatic, los sacerdotes de la Pía Unión Samuel Fernández —ex decano de la Facultad de Teología de la Universidad Católica—, y Diego Ossa, el vicario de El Bosque, hasta enero de 2011.

En los ochenta, recuerda Juan Carlos Cruz, Karadima mandaba a «conejear» al Verbo Divino. Para esto, el cura inventaba actividades. Por ejemplo, les indicaba: «Díganle a sus compañeros que el próximo miércoles vamos a imponerles el escapulario a todos los del Verbo Divino. Entonces venía un montón de jóvenes y él tenía un ejército de personas que los distribuía para llevarlos a El Bosque».

—¿Dónde recibían a ese contingente de posibles reclutas?

—Por norma, en la reunión grande que había los miércoles a las siete de la tarde en el salón principal. Los hacía pararse y todo el mundo los aplaudía. Era una táctica muy buena. A veces los invitaba los sábados. Los embolinaba y los hacía sentirse importantes: «Soy un nuevo guerrero del Señor». Te creías estar a otro nivel y ahí caían algunos. Otros escapaban y muchos se quedaban. El Verbo Divino era sin duda un productor de bosquianos importantes.

—¿A qué atribuyes que el Verbo Divino haya sido el semillero para los jóvenes de El Bosque? —le pregunto a Jimmy Hamilton quien, como dirigente de la juventud parroquial, ayudó a Karadima a reclutar seguidores en los años ochenta y noventa.

—Creo que el Verbo Divino, a pesar de ser un colegio de una congregación, no vivía con entusiasmo ni deslumbramiento su fe

ni su condición sacerdotal. Tenían unas pastorales muy débiles y eran incapaces de entusiasmar a los jóvenes hacia una vocación religiosa. Parecían más preocupados de los scouts y de otras actividades. Y Karadima, con su cuento del padre Hurtado, se aprovechó de esta debilidad y de la cercanía del colegio a la parroquia.

Comidas y contactos

En el territorio de la parroquia del Sagrado Corazón, a pocas cuadras de la iglesia colorada, está el colegio San Ignacio de El Bosque, de los jesuitas. Sin embargo, dice Hamilton, «el San Ignacio tiene una pastoral mucho más potente que el Verbo Divino, con una impronta mucho mayor». No obstante, uno de los discípulos más queridos por Karadima es un ex alumno de ese colegio: Andrés Arteaga Manieu. Y también el obispo castrense Juan Barros Madrid, y su sucesor como párroco, Juan Esteban Morales. Asimismo, Fernando Kardima se preocupó de tender redes hacia el colegio Tabancura del Opus Dei, aunque estaba físicamente bastante más lejos. Su llegada a las familias le permitía captar el interés de los jóvenes. «Cuando iba a las casas a comer, hacía los contactos con los cabros, y cada uno de los que eran de tal o cual colegio se transformaban en una especie de puntas de lanzas en sus respectivos establecimientos», indica Jimmy Hamilton, quien muchas veces lo acompañó en esas visitas.

En el Tabancura estaba José Tomás Salinas Errázuriz, quien después se convirtió en sacerdote de la Pía Unión, lo mismo que Antonio Fuenzalida Besa, hijo del dueño de la empresa de turismo Cocha. «Cuando fueron seminaristas, no podían decir que venían del Tabancura, sino de la parroquia El Bosque, y no podían mencionar el colegio. Pero mientras eran estudiantes, cada uno de ellos estaba encargado de reclutar más estudiantes en los colegios y de invitarlos a las reuniones.»

—¿Este reclutamiento se producía más en el colegio que en la universidad?

—Partía en el colegio. Porque a esa edad los jóvenes son mucho más vulnerables ante sus «encantos». Entonces preparaba a los jóvenes, él los iba modelando, los hacía a su pinta. Los más grandes, los universitarios, no caen tan fácilmente en el cuento. Los que uno ha visto incondicionales, como el mismo Andrés Arteaga, llegaron muy chicos. Arteaga llegó a los siete años a la parroquia. Nunca ha conocido otro mundo. Juan Esteban Morales llegó a los seis o siete años también. Sus padres se los llevaban a Karadima. Morales ha sido el delfín toda la vida. De alguna manera, les robaba los hijos a esas familias. Después los utilizaba para robarles cabros a los colegios y los empezaba a trabajar en edad preadolescente y adolescente. Y de ahí empezaba a manejar sus vidas —indica Jimmy Hamilton.

Manipulación y abuso de poder

Gonzalo Emilio de la Cuesta Gálvez, ingeniero agrónomo de cuarenta años, sucesor de Jimmy Hamilton como presidente de la Acción Católica, estuvo en ese cargo desde 2001 hasta 2004, según indicó al fiscal Xavier Armendáriz[8].

De la Cuesta había llegado a El Bosque en 1989 para su «confirmación y me fui entusiasmando con el grupo y la acción espiritual, hasta llegar a ir todos los días». Aunque no era de los más cercanos al padre Fernando —dice—, «me nombró presidente del grupo de jóvenes».

Confirma el ex presidente de la Acción Católica que «en El Bosque la figura de Karadima era totalmente central; era la autoridad máxima, indiscutida e indiscutible, no se le podía llevar la contra, todo debía hacerse como él lo disponía». Afirma que Karadima «manipulaba absolutamente a la gente, en especial a través de otros, en el sentido de mandar recados o reprimendas a través de terceros». Y eso le pasó a él.

[8] Declaración de Gonzalo Emilio de la Cuesta Gálvez, nacido el 5 de febrero de 1971, chileno, casado, ingeniero agrónomo, ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, 7 de junio de 2010.

En una oportunidad, lo reprendieron por «la simple razón de preguntarle a un sacerdote que estaba de visita cómo rezaba. Me retaron porque "el padre Fernando ya nos había enseñado a rezar". Me fui de El Bosque en 2004, pues no quería que Karadima me casara, menos mi señora, lo que provocó el enojo de Karadima».

La verdad —dijo Gonzalo de la Cuesta al fiscal Armendáriz— es que «este ambiente tan cerrado y de verdadero endiosamiento de Karadima terminó por hartarme, en especial, la falta de libertad».

Recuerda en su declaración que Juan Carlos Cruz, del que fue amigo, aunque ya se había alejado de El Bosque, le decía que «si veía algo raro o si pasaba algo, no lo aceptara, aunque no mencionó nada sexual en concreto».

De la Cuesta declaró que nunca vio ni supo nada «de contenido sexual explícito en El Bosque», pero afirmó: «Las acusaciones que se han levantado contra Karadima las creo absolutamente», porque este ambiente «sin contrapeso alguno», es propicio «para que se pase de un abuso de poder a un abuso sexual».

—Entre los personajes sometidos llama mucho la atención el padre Francisco Javier Errázuriz, el padre Panchi, quien en el juicio se amparó en el secreto de confesión para no declarar. Dicen muchos que Karadima lo trataba mal —le comenté en una de nuestras conversaciones a José Andrés Murillo.

—Sí, y se notaba el desprecio de Karadima por él. Lo trataba muy mal.

—¿A qué lo atribuyes?

—Debe haber razones desde espirituales hasta sociales. Karadima es un arribista... y aquí tiene a este personaje bajo su tutela. Es capaz de hundir a este cura que era de una condición social más alta. Él era como el heredero espiritual legítimo de monseñor Alejandro Huneeus, fundador de la parroquia. Da para interpretarlo así: Karadima se roba dos herencias, la espiritual del padre Hurtado y la de monseñor Huneeus.

Médicos en la familia

El doctor Sergio Guzmán Bondiek, profesor de Medicina de la Universidad Católica y cuñado del acusado sacerdote, fue también citado por el fiscal Xavier Armendáriz. El doctor Guzmán expresó que conocía a Fernando Karadima desde aproximadamente 1960, «porque en esa época mi hermano Leonardo me llevó a la parroquia de El Bosque, donde él ejercía su ministerio». Concurrió hasta 1966, cuando «me alejé, pues contraje matrimonio con la hermana del padre Fernando y quise "separar aguas" para evitar inconvenientes».

Más adelante, Sergio Guzmán Bondiek, indicó: «De lo que conozco a Fernando, digo que es una persona de carácter fuerte, de mucho carisma, de ideas muy claras y definidas, y por tales características absolutamente capaz de ejercer mucha influencia en las personas, incluso decisiva en cuanto a su vida y acciones. Por esto mismo, ha moldeado con su sello el trabajo espiritual o pastoral de la iglesia El Bosque».

Y Sergio Guzmán sabe de esa influencia de cerca, porque tiene un hijo sacerdote, Gonzalo Guzmán Karadima, ordenado por el arzobispo Francisco Javier Errázuriz el 25 de noviembre de 2004.

Guzmán conoce por razones profesionales a James Hamilton, ya que son médicos de la misma especialidad e, incluso, siendo presidente de la Sociedad Chilena de Cirugía, fue quien dio la bienvenida oficial al doctor Hamilton en 2004. Su hijo, también médico, Sergio Guzmán Karadima, urólogo, profesor de la Universidad Católica, tampoco ha rendido nunca pleitesía al tío que muchos llamaban «santo».

Distinto es el caso del doctor Leonardo Guzmán Bondiek, reumatólogo de la Clínica Alemana, casado con Carmen Anrique. Seguidor y amigo de Fernando Karadima por más de medio siglo, ha sido uno de los médicos de cabecera de monseñor.

«Me encuentro ligado a la parroquia de El Bosque desde hace muchos años, pues empecé a ir desde que tenía unos diecinueve

años y hasta hoy voy a misa allá», declaró Leonardo Guzmán, de setenta años, ante el fiscal Armendáriz.

Señaló, además, que esta larga experiencia ha sido «muy positiva para mi vida espiritual» y, además, en la parroquia, «conocí a mi cónyuge con quien me encuentro casado desde hace treinta y siete años. Todo ello implica, naturalmente, haber tenido estrecho contacto con el padre Karadima, aunque por circunstancias de la vida nuestro contacto ha sido más estrecho en algunas épocas que en otras. También lo he tratado profesionalmente».

Los Guzmán Anrique

El doctor Leonardo Guzmán negó en forma rotunda haber visto u oído alguna circunstancia que tenga algún «tipo de relación con los hechos que se investigan, respecto de conductas sexuales del padre Karadima con algunas personas vinculadas a la parroquia».

Admitió que conoce a James Hamilton «y tampoco me puedo explicar el motivo por el cual se levanten estas acusaciones». Eso sí, descartó haber sabido de situaciones relacionadas con «alguna confabulación contra el padre Karadima», como intentó plantear su defensa.

Leonardo Guzmán y Carmen Anrique son consuegros de Jorge Karadima Fariña y Ximena Labbé. El 13 de noviembre de 2004, María José Karadima y Leonardo José Guzmán Anrique se casaron en la iglesia de El Bosque. Y, por supuesto, quien ofició el matrimonio fue «el padre Fernando».

La influencia de Karadima en esta familia ha sido fuerte. Pablo Guzmán Anrique es sacerdote de la Pía Unión de El Bosque y Vicente José, también guiado por el cura, está terminando sus estudios en el Seminario y se pronunció a favor de Karadima en la Fiscalía.

No obstante, José Fernando Guzmán Anrique, el menor de los hermanos, de veintiséis años, declaró ante el fiscal Armendáriz, en mayo de 2010, en un tono muy diferente al de su padre y su hermano Vicente José.

José Fernando dijo conocer a Karadima desde niño, «pues es cercano a mi familia y participé en la parroquia de El Bosque hasta aproximadamente 2003». Pero entregó una visión crítica sobre monseñor y su feudo: «El ambiente de El Bosque es de un grupo de gente de clase alta, conservador, cerrado, totalmente manejado por Karadima, quien impone su voluntad y ejerce un poder y una influencia absoluta. Él le dirige la vida a quienes forman su círculo más cercano, no se le puede discutir ni llevar la contra»[10].

José Fernando Guzmán manifestó su completo desacuerdo «con la forma en que él entiende la espiritualidad y su manera de ver la vida». Según el joven Guzmán, Karadima «abusa del poder que tiene sobre la gente y puede llegar a despojarlas de su voluntad». Todo eso —explicó— «hizo que yo me alejara de El Bosque y solo asisto a ceremonias como un matrimonio o algo así». Destacó también ante el fiscal que vio «mucho de un grupo social cohesionado por el poder y el dinero, que naturalmente atrae a otros por la posibilidad de integrarse a él».

Y calificó al ex párroco como «una persona manipuladora que sabe distinguir entre las personas para detectar cuáles son más vulnerables». Por último, respondió al fiscal que le parece natural la defensa que «ha hecho la gente más cercana a Karadima de su figura, dado que se trata de personas que han construido su vida, sus valores y su conducta sobre la base de la figura de Karadima y no les debe ser fácil aceptar que ello se derrumbe».

Fernando Batlle, cercano de Guzmán en El Bosque —entre 1988 y 1995—, mencionó en su primera declaración ante Armendáriz, el 22 de abril, que José Fernando le contó que Karadima «le hizo tocaciones a su hermano Francisco»[11].

En una nueva declaración, ante la consulta del fiscal, Batlle entregó más detalles. Dijo que José Fernando Guzmán le contó que «creía absolutamente» en las denuncias, pues «sabía lo que

[10] Declaración de José Fernando Guzmán Anrique, nacido el 15 de marzo de 1984, chileno, soltero, estudiante, ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, 20 de mayo de 2010.

[11] Declaración de Fernando José Batlle Lathrop, nacido el 23 de febrero de 1977, chileno, soltero, abogado, ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, 10 de junio de 2010.

pasaba en El Bosque, ya que Karadima le agarraba el paquete a él y mencionó que, en la casa de su familia había manoseado a su hermano Francisco, que es mayor que José y hoy vive en Estados Unidos». Según señaló Batlle ante el fiscal, «todo esto no lo dijo calmado; fue como un desahogo. No me señaló fecha de estos hechos ni dijo cuántas veces ocurrió»[12].

También José Fernando Guzmán —de acuerdo a esa declaración— le habría contado a Batlle que Francisco Guzmán había sufrido mucho por esta situación, pero «también me dijo que esto no lo iba a decir, dado que su familia estaba muy involucrada con Karadima, que algo así afectaría mucho la salud de su padre».

Francisco José Guzmán Anrique se casó con Marianne Koeler Duncker en una ceremonia celebrada en la parroquia de El Bosque, el 28 de octubre de 2006.

«Todo es falso»

Como este, habría muchos otros casos que, por consideraciones familiares o porque aún las víctimas no terminan de asumir lo que les ha ocurrido, no se conocen.

El fiscal Xavier Armendáriz trató de seguir este hilo y le preguntó directamente a Fernando Karadima por los Guzmán Anrique. El cura respondió: «Conozco y mucho a la familia Guzmán Anrique; fui por unos cinco años a almorzar a su casa, que queda muy cerca, los días viernes, hasta hace unos diez años atrás. Hace unos quince años que no veo a José Francisco, no me conoce, no sé por qué dice lo que dice de mi persona; lo vi por última vez cuando él tenía once años, nunca participó en la parroquia, aunque puede que haya asistido a misa. No es efectivo lo que se me lee y que habría declarado Fernando Batlle respecto de José y su hermano Francisco, ello es totalmente falso»[13].

---

[12] Declaración de Fernando José Batlle Lathrop, nacido el 23 de febrero de 1977, chileno, soltero, abogado, ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, 10 de junio de 2010.

[13] Declaración de Fernando Salvador Miguel Karadima Fariña ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, 29 de junio de 2010.

La negativa de Fernando Karadima no constituye novedad. Pese a la numerosa cantidad de testigos que han declarado haber visto «toqueteos», Karadima desmintió todo eso en sus declaraciones ante el fiscal y ante el juez Valdivieso.

Sigue sosteniendo su absoluta inocencia y que nada de lo denunciado ha ocurrido. «Que había una investigación en mi contra lo supe recién en 2009, en la casa del cardenal, donde fui por otros motivos y me comentó esta situación, pero me dijo que no la creía. Veo que esta gente ha actuado como en un arreglo, obraron mal por no encararme, debieron venir a mí», sostuvo Karadima en su declaración ante el fiscal Xavier Armendáriz.

En esa oportunidad, contó que supo el día antes del programa de televisión *Informe Especial*, y «traté de hacer alguna gestión para que no saliera, pero no se pudo, estaba preparado desde antes».

Se amparó en el secreto de confesión para no referirse a James Hamilton, y de los otros tres denunciantes dijo que tenían en común «que todos quisieron ser sacerdotes y yo no les veía vocación».

«En cuanto a tocaciones en los genitales, eso jamás lo he hecho, en modo alguno. Yo soy afectivo con los jóvenes y la gente que me conoce sabe que puedo dar un abrazo, un beso en la frente, pero jamás tocarle los genitales a nadie. Eso jamás lo he hecho con nadie, ni tampoco darle un beso en la boca a nadie», alegó.

«Movimientos casuales» en 2010

Uno de los más ilustrativos testimonios en este sentido es el del ingeniero civil Ignacio del Valle Valenzuela, quien concurrió a la Fiscalía como testigo de la defensa de Karadima. Del Valle, de veintiocho años en ese momento, señaló que ha participado «activamente en El Bosque desde 1997». Antes frecuentaba la parroquia e incluso hizo su primera comunión allí en 1990.

Declaró que Fernando Karadima «ha sido mi director espiritual y como tal le he pedido consejo muchas veces, hemos veraneado juntos, muchas veces estudié en ese recinto, y estuve,

obvio, muchas veces con el padre en distintas dependencias de la parroquia e incluso en su pieza, algunas veces solos, aunque siempre circula gente que entra y sale libremente y el padre suele andar con más de una persona»[14]. Pero lo más curioso vino después.

Tras insistir en que no le creía a «las personas que hablan en contra del padre, pues todo este tiempo he visto una conducta correcta del padre con toda la gente», al final en su declaración Ignacio del Valle admitió: «Lo único que puedo referir, pero yo creo que fueron gestos, lo más probable casuales, es que este año en dos oportunidades, la primera como a principios de año y la otra hace algo más de un mes atrás, es que al acercarme al padre, como para saludarlo o despedirme, estando él sentado, ha levantado el brazo y golpeó suavemente mi zona genital, pero como digo, creo que fueron simples accidentes de movimiento corporales de ambos y nada más».

¿Ingenuidad? ¿Acostumbramiento a un clima erotizado? Resulta extraño que el juez Leonardo Valdivieso haya dejado pasar estos hechos ocurridos, según el propio testigo, en 2010, y no se haya interesado por indagarlos.

Pero hay algo más en la declaración de Ignacio del Valle: «De besos indebidos tampoco nada he visto o sabido, salvo que hace años atrás, cuando iba caminando por el pasillo que lleva al dormitorio del padre, un corredor que es largo, vi al padre despedirse de beso con Andrés Söchting, pareciéndome que se lo dieron en la boca, pero de esas situaciones que, como son rápidas, son casuales y que nos pasan a veces a todos; la verdad no me llamó nada la atención».

Las críticas de la sobrina

Soledad Latorre, trabajadora social con magister en Psicología Clínica, participa en la Fundación para la Confianza, creada por

---

[14] Declaración de Ignacio del Valle Valenzuela, nacido el 18 de enero de 1982, soltero, ingeniero civil, ante el fiscal Xavier Armendáriz, 13 de mayo de 2010.

José Andrés Murillo. Ella hizo la primera comunión en El Bosque y es sobrina en segundo grado de Karadima.

«Estoy convencida de los testimonios y creo que pueden haber muchas víctimas más. Por la forma de abuso que se describe, esto pudo haber partido mucho antes y durar hasta después de 2005», señaló en una entrevista de *The Clinic*[13] en noviembre de 2010.

Según Soledad Latorre, «él y su madre fueron figuras muy apegadas a lo material.Yo puedo decir que vi harto lujo y ostentación».

La familia de su abuela —tía de Karadima por el lado Fariña— «se ha empobrecido —señala—, aunque en su minuto pudo haber tenido cierta alcurnia». Agrega que no sabe «exactamente cómo era la familia por el lado de Karadima».

Las críticas de la sobrina no son aisladas ni exageradas. El gusto por el lujo, los restaurantes caros y el buen vivir, son características de Fernando Karadima que surgen en diversas conversaciones y en declaraciones judiciales.

Su afición por los autos y los viajes parecen haber sido parte de su manera de ser. Para llevar ese tren de vida se valía de su red de contactos: donantes y benefactores que creían apoyar una causa religiosa o algunas obras sociales o le pagaban favores.

Incluso la sobrina agrega: «Creo y podría decir sin temor a equivocarme, con los antecedentes que hay, que ha habido un enriquecimiento a propósito de este cargo a través de las donaciones que él ha recibido y gestionado».

Con peinetas de hueso

Riguroso en el vestir, Karadima suele usar pantalones oscuros, por lo general grises, con su *clergyman*, como se conoce la camisa que usan los sacerdotes en reemplazo de la tradicional sotana, y su cuello «romano». Le gustaba comprarse las camisas

---

[13] *The Clinic*, 4 de noviembre de 2010. Entrevista: «Soledad Latorre: sobrina de Karadima, "Creo que pueden haber muchas víctimas más"».

en Europa o Estados Unidos, porque «consideraba ordinarias las chilenas», recuerda Jimmy Hamilton. «Salía con el cuello típico de los sacerdotes[16], si iba a comer a un restaurante se lo sacaba y se abría el botón de la camisa. Era un gesto clásico», señala. «Y siempre con la chaqueta, con la cruz, como se visten los curas más conservadores. Criticaba en forma permanente a cualquier cura que se vistiera más informal. Decía que siempre había que parecer sacerdote», anota Hamilton.

Pero no cualquier sacerdote. A él se le veía «todo el tiempo muy arreglado y bien peinado; se compraba sus peinetas de hueso y otras cosas similares a todo lujo. Se preocupaba de mantener las uñas limadas perfectas y de andar impecable. Y uno de sus grandes temas ha sido su salud».

—¿Es hipocondríaco?

—Muy hipocondríaco. Sufría siempre de reflujo, de esto o de lo otro. Siempre tenía algún mal y tenía que estar rodeado de los mejores médicos de Santiago. Y no solo eso, sino que, además, tenía que tener un trato especial. Los médicos lo tenían que ir a ver, y en lo posible tener sus médicos de cabecera a quienes consultaba porque no les creía siempre todo, entonces cruzaba información con uno y otro. Todo el tiempo estaba con algún tipo de medicamento.

—¿Quiénes han sido esos médicos?

—Uno era Leonardo Guzmán Bondiek, a quien le preguntaba muchas cosas, y su médico de cabecera, Santiago Soto. A él yo quise contarle alguna vez esto, pero no lo hice para no afectar su relación médico-paciente. Porque uno como doctor tiene que serlo de quien sea, aunque venga el peor de los criminales a pedirle ayuda; si está enfermo, uno lo va a atender igual. El Juramento Hipocrático no hace distinciones. Pero en este caso, siempre estaban los médicos alrededor. Y Juan Esteban Morales, que además es doctor, ejerció un tiempo.

---

[16] El cuello de los sacerdotes es conocido como «cuello romano».

El aseo y los remedios

El periodista Juan Carlos Cruz también estuvo un período al servicio personal de monseñor. «Hacía de todo. Desde hacerle la cama hasta darle el remedio antes de dormir. Le daba un amparax y su ranitax antes de cada comida. Esos eran los medicamentos de siempre, pero sé que tomaba muchos más. El padre era tremendamente hipocondríaco y necesitaba ir al doctor a cada rato», confirma.

Recuerda Juan Carlos que les decía que «el diablo lo molestaba mucho y que esta era su penitencia». Pero también, según Cruz, la salud «era la excusa para no atender gente». Así —recuerda— «había que decir el padre esta delicado de salud o fue al doctor», cuando no quería recibir a alguien.

«Si no era por enfermedad, se tenía que decir, "el padre fue a la Curia". La verdad es que muchas de esas idas a la Curia eran salidas a comprar casetes y luego discos compactos de los mejores tenores y cantantes que le gustaban; Beniamino Gigli y Carlos Gardel eran sus preferidos, entre otros muchos. Yo llegué a ser un maestro en este tipo de cantantes ya que lo acompañaba a las compras y me quedaba en la pieza mientras los oía... y era sin parar.»

En el entorno de Karadima siempre había jóvenes que lo servían y que en cierto sentido se iban rotando. Estaban, además, los que Jimmy Hamilton llama «los eunucos de palacio». Según él, esa era una situación más permanente.

—¿A quiénes te refieres?

—A esas personas que quedaban suspendidas en el aire, porque no se iban de cura, pero tampoco ejercían la profesión *full*, como el propio Juan Esteban Morales, que después dejó de ser eunuco, se fue al Seminario, pero ya bastante mayorcito. El mismo Francisco Costabal, que aparece en las cámaras como una especie de guardia de Karadima, y de Juan Pablo Bulnes. Costabal es uno alto, grande, rubio, un cabro muy inteligente, muy capaz, que ha sido presidente de la Acción Católica desde hace varios años. Es su secretario personal, y está ahí completamente cegado

y suspendido en el aire. Está en el limbo; no se va de cura, no se casa. Ha estado ahí porque lo atiende a él, sirve a Karadima.

Fajos de billetes y monedas de oro

—¿Por qué le hacían ustedes la pieza? —le pregunto a Juan Carlos Cruz.

—Porque no le gustaba que nadie entrara. Tenía que ser uno de nosotros. Ahí tenía los equipos de música más modernos. Y usaba otra habitación para guardar los que no usaba. Coleccionaba relojes, trenes, lapiceras.

Recuerda las imágenes que vio en ese lugar: «Cuando yo le limpiaba la pieza tenía acceso a sus pertenencias privadas. Pude ver los fajos de billetes y sobre todo la cantidad de cheques de cierta gente que le daba plata. Era increíble».

Los orígenes de ese dinero —explica Cruz— eran de «benefactores externos, en su mayoría empresarios o antiguas feligresas y algunos curas de su círculo que recibían herencias. Pero también jóvenes que ya trabajaban o que recibían de sus padres algún dinero. Fue muy público entre nosotros que Diego Ossa, por ejemplo, tenía una cierta cantidad de plata y se la regaló, y él decía "es tan santo este niñito". Yo no tenía ni un peso. Pero cuando tenía algo de plata se la regalaba. Aunque fuera poco, uno sentía como un deber hacerlo».

—¿Y para qué quería el dinero?

—Cuando uno se lo daba lo dejaba abierto, porque era para lo que él quisiera. Y obviamente para «los pobres». Pero era tan misterioso, porque él tenía en esa época los mejores equipos de música, compraba a destajo relojes de pared.

—¿Y qué hacía con tantos?

—Los guardaba y muy rara vez regalaba. Era de una codicia y de un afán de tener, sin razón. Le llegaba un equipo nuevo y el viejo lo guardaba.

—¿Los curas diocesanos no tienen voto de pobreza?

—No, no tienen voto de pobreza. Hacen promesas de castidad y de obediencia, y se efectúan ante el obispo de la diócesis. Pero pueden tener bienes, aunque se entiende que debía tener una vida sobria.

—¿De qué porte era la pieza?

—Bastante amplia. Tenía un escritorio, un librero, un clóset, la cama, la televisión y el baño al lado. Era fanático de la música. Tenía que ir a comprarse la mejor radio para su auto, debía ser alemana: Blaupunkt. Y la instalaba donde un tipo especial. Y era tan maniático que siempre nos llevaba a tres, y cuando nos deteníamos, por lo menos uno tenía que quedarse en el auto para que no se lo fueran a robar. Normalmente, dos nos quedábamos en el auto esperándolo. ¡Y a menudo por tres horas!

—¿Él manejaba?

—Sí, y también le manejaba Prochaska.

—¿Saliste fuera de Santiago con él?

—Al campo, a Requínoa, al fundo de Juan Carlos Dörr y la María Elena Bulnes. Le dejaban la casa de domingo a martes.

Según Juan Carlos Cruz, en su tiempo, el cura contaba siempre que «el Rucio Matte y la Pilar Capdevila le daban mucha plata; se mostraba orgulloso de eso». Por lo que Karadima decía, según recuerda Cruz, estos y otros benefactores le habrían financiado también sus viajes a Europa.

«El viaje al que fui con él duró casi tres meses. Fueron vacaciones en las que se gastó, por lo que calculamos entre compras y todo, en esa época, cerca de quince mil dólares. Eso fue como entre 1983 y 1984», cuenta el periodista.

Pero hubo algo que llamó más la atención de Juan Carlos Cruz: «Cuando empecé a hacerle la pieza me pedía que le ordenara el clóset y me comencé a topar con una cantidad enorme de monedas de oro guardadas entre los calcetines. ¡Escondía las monedas ahí!».

«Era impresionante toda esta plata que tenía guardada, que según decía le regalaban, y ver cómo acumulaba cosas», comenta Cruz.

«Una de las actitudes más neuróticas era que si entrabas a la pieza, no se podía mirar», continúa el periodista. «Si uno se quedaba observando el equipo de música, te llamaba la atención. Si alguien miraba mucho, no podía entrar más a la pieza, porque se enojaba: "Ese niño mira mucho y no le tengo confianza". Al poco tiempo entendí la razón. Él tenía los mejores equipos de música que había en el país en esa época. No solo uno, sino que varios. Apenas salía uno nuevo se lo compraba o se lo regalaban algunos de sus amigos millonarios a los que había que tratar con guante blanco para agradecerle sus regalos y asegurar que siguiesen cooperando.»

Amontonaba objetos en el clóset. Y cuando este le quedó chico, «tuvo que usar la pieza del lado para seguir amontonando. No regalaba nada».

Los viajes

Jimmy Hamilton corrobora: «De acuerdo al catálogo de Karadima, los pecados graves eran la desobediencia, en primer lugar, seguido de la soberbia y la avaricia», pero eran aplicados a los demás, jamás a sí mismo. De acuerdo a esos criterios, Karadima generaba un ambiente «en que nosotros teníamos que estar regalándole plata. Entonces si yo, ya mayor, estaba ganando más, tenía que darle cada cierto tiempo algo. Recuerdo a otros como Tomás Salinas —de Salinas y Fabres— que iban con cheques por grandes cantidades. O señoras ricachonas que le llevaban varios miles de dólares. Él estaba permanentemente recibiendo dinero. Y decía "¡qué milagro de Dios. Cada vez que doy alguna plata a alguien, recibo más. Dios da el ciento por uno!". Pero no tenía ninguna sensibilidad social».

Los viajes eran parte de las diversiones anuales o bianuales de Fernando Karadima. «Tenía un buen sistema. Tenía muy buenas inversiones. La Divina Providencia le generaba mucho dinero,

que era con el cual viajaba él e invitaba a muchos jóvenes», señala Jimmy Hamilton, quien fue uno de quienes lo acompañaron.

—¿Adónde y para qué?

—A Europa, a Estados Unidos. A recorrer lugares santos, iglesias, capillas.

—¿A algún punto en especial, a conversar con alguien en particular en el extranjero?

—De repente hablaba del padre Miguel, que según él era un monje muy santo con el que iba a conversar a un monasterio en Frascati, Italia. Y la enseñanza del padre Miguel era que le decía «mire, padre, debajo de cada una de estas tejas hay cinco demonios que nos atormentan todos los días». Él nos contaba estos cuentos para decirnos que tuviéramos cuidado con el demonio. Nos contaba también de unos sacerdotes o monjes muy santos —según decía— que iba a ver a España —señala Jimmy Hamilton.

«Algunos jóvenes se pagaban los viajes —recuerda Juan Carlos Cruz—, otros eran invitados de Karadima». Juan Carlos Cruz participó en uno de estos recorridos a comienzos de 1983 junto con Guillermo Tagle Quiroz, el economista y ejecutivo del IM Trust, quien ha sido en los últimos años uno de los asesores financieros de Karadima y de la Pía Unión Sacerdotal; Francisco Prochaska, Gonzalo Tocornal y Hans Kast.»

—¿Y adónde fueron?

—A Lourdes y a Madrid. Era una lata, porque al padre no le gustan los museos, no le gusta hacer turismo, y lo único que hacíamos era comprar, ir a ver relojes; tenía tanta plata que él compraba relojes, de pared y lapiceras, e íbamos a comer a buenos restaurantes.

—¿También se compraba los atuendos religiosos?

—Exacto y otra cosa de la que era fanático es de las figuritas Anri que compraba en Roma. Son unas imágenes de santos de unas maderas carísimas. Era aburrido y la suerte es que Hans y yo teníamos el Eurail Pass y nos separábamos de él y hacíamos

panoramas entretenidos. Nos fuimos un mes a la casa de la familia de Hans en la Selva Negra en Alemania.

Su sobrina Soledad Latorre dice que ella también escuchaba de estos viajes: «Me enteraba, porque mi abuela me contaba: "Mira, tal regalo me lo trajo Fernando en el último viaje". No sé adónde eran los viajes ni quién los financiaba».

Autos y benefactores

En lo que respecta a las comodidades, Karadima siempre quería lo mejor. Según relata Juan Carlos Cruz, «se compró un nuevo auto Volkswagen Golf al poco tiempo que yo llegué. Esos autos no eran muy comunes en Santiago en esa época, así que lo traía a través de una fundación alemana o por Caritas, que les daba unos descuentos bien grandes a los curas, según decían. También él me contó que sus benefactores le proporcionaban grandes cantidades de dinero para él y se compraba miles de lujos. Al poco tiempo, se compró otro Golf, y este era espectacular, último modelo».

Según Jimmy Hamilton, quien le pagaba los autos era Eliodoro Matte, el presidente de la Papelera, al menos desde el tiempo que él estuvo. Y anota que siempre los cambiaba por la misma marca y el mismo color: Volkswagen Golf blanco. «Debe haber sido para disimular», comenta. Eliodoro Matte y su señora Pilar Capdevila, confirma Hamilton, han sido unos de sus principales benefactores. «Estuve varias veces en su casa, construida por Christian de Groote, en Zapallar. Le pasaban a Karadima la casa por fines de semana completos. También era muy cercana a él la hermana de Eliodoro, Patricia Matte.»

—¿Cuáles serían los principales benefactores de Karadima?

—Los Bulnes Cerda, los Matte, José Said; los Salinas de Salinas y Fabres; es decir, los Salinas Errázuriz, todos Opus Dei con señoras supernumerarias. Cada cierto tiempo, Karadima les pedía «regalitos». Y ellos le daban cheques por varios millones de pesos.

Tomás Salinas Errázuriz es cura de El Bosque, y Jaime Tocornal, que era nieto del Cholo Vial, también —señala Hamilton.

Otro empresario muy cercano a Fernando Karadima es Domingo Jiménez Olmo, dirigente de Sonapesca y Corpesca, ingeniero civil industrial, gerente general de Pesquera Coloso, casado con Anita Manterola, hermana del sacerdote Javier Manterola. Son hijos del corredor de propiedades Javier Manterola Vergara y de Ana Covarrubias. Jiménez, quien de joven fue presidente de la Acción Católica, está estrechamente ligado con los Izquierdo Menéndez, dueños de Pesquera Coloso, entre otras pertenencias.

—¿Qué hacía Karadima con la plata que le daban? —le pregunto a Jimmy Hamilton.

—La guardaba y la metía en algunas cuentas raras que se las manejaba Guillermo Tagle Quiroz, director ejecutivo de IM Trust, hijo de Guillermo Tagle, que fue fiscal del Banco de Chile. Él le compraba dólares y monedas de oro. Le hacía todas las movidas de las platas al cura.

Jimmy Hamilton confirma la historia de las monedas: «Sí, tenía en sus cajones metidas monedas de oro, además de una pistola, que según él era para espantar a la gente en la época de la Unidad Popular».

—¿Cómo es la relación entre las platas de El Bosque y las del Arzobispado?

—Ese es otro asunto. ¿Qué hace la Iglesia con el tema de las platas y el Bosque? Cuando el fiscal Armendáriz pidió investigar, el cardenal Errázuriz mandó a monseñor Fernando Chomali —un personaje que lo único que ha hecho son declaraciones erráticas—, para hacer una especie de revisión somera, superficial, y este dijo que todo estaba bien. Esos problemas de las platas motivaron que la Fiscalía pidiera una investigación acuciosa. Pero ninguna investigación de ese tipo puede hacerse en un día, como pretendió Chomali.

»Lo más interesante es que mi ex amigo Guillermo Tagle es el hombre que maneja tanto las platas de El Bosque como las del

Arzobispado y es un incondicional de Karadima. Ese hombre es el que lo sabe todo. Alguien a quien no le van a poder pillar un paso en falso.

—¿Qué cargo tiene en el Arzobispado?

—Es que no tienen cargos específicos. Puede ser responsable de las inversiones… Todas estas cosas son confusas. La Iglesia de Santiago se manejó durante mucho tiempo en el secretismo y en el oscurantismo, y esa falta de transparencia es la que ha provocado la caída en la credibilidad y el respeto por la institución.

Problemas con la competencia

Juan Carlos Cruz sostiene que Karadima «odiaba al Opus Dei». Sin embargo, entre sus cercanos, además de los Salinas Errázuriz, había otras familias de «la Obra». Sin ir más lejos, los Ossandón, que después separaron aguas.

—¿Cómo se conciliaba eso con la distancia que tú dices que le tenía al Opus?

—Creo que lo odiaba por un espíritu de competencia. Él odiaba a cualquiera más que por la diferencia teológica o de espiritualidad, porque le levantaban a los jóvenes. Y cualquiera que fuera competencia le suscitaba rivalidad. Él acogió a los Legionarios al principio, cuando llegaron a Chile, pero después los detestó; más encima, la casa de jóvenes de los Legionarios estaba en el territorio de la parroquia El Bosque, en la calle Tomás Guevara.

—¿Y cómo se explican sus amigos Legionarios como Eliodoro o Patricia Matte?

—Ah, el rucio Matte y la Pilar Capdevila… Es que Karadima no vociferaba en contra de los Legionarios, sino lo comentaba en el círculo más íntimo y solapadamente en las reuniones. Decía: «Para esto no los vamos a llamar, no los vamos a invitar». Y criticaba cosas que hacían en el Opus Dei o en los Legionarios. Él decía: «Eso aquí no lo hacemos».

—¿Cómo ves su red de poder? —le pregunto a Juan Carlos Cruz.

—Es muy importante la red de poder que fue construyendo Karadima. Él montó un imperio con distintas funciones: la cortina espiritual obviamente, y de la santidad. Es decir, un imperio de impunidad donde él podía hacer y deshacer sin que nadie se metiera. Esto ocurría físicamente en la ciudadela de El Bosque, donde él y los suyos se refugiaban. Y tenían un imán para capturar gente.

»Él no nació en una cuna de oro, en ese mundo, pero una forma de pertenecer a él era dominándolo. Que sus integrantes le ofrecieran sus respetos. Hay un tema de impunidad y de ir formando sacerdotes y después obispos que pudieran esparcir sus enseñanzas. Y con eso comenzaron a influir y replicar lo que veían en El Bosque. Ese es el cáncer más peligroso» —advierte Juan Carlos Cruz.

Además, «creo que es un psicópata, porque no entiende el daño que está haciendo, y sigue queriendo mantener ese poder», señalaba Cruz, un mes y medio antes de que se conociera el fallo del Vaticano.

Entre Maciel y Paul Schäfer

La actitud de Karadima trae a la memoria de Juan Carlos Cruz otras imágenes: «Es como Pinochet cuando uno lo veía en silla de ruedas, después de llegar de Londres, pero cerraba la puerta y se paraba a dar órdenes. Como Paul Schäfer. Un personaje absolutamente siniestro que no nació en cuna de oro, pero que sentía que debía haber nacido en una».

—¿Es muy arribista?

—Absolutamente —continúa Juan Carlos Cruz—. Se rodeaba de pura gente blanca, de buena familia y ojalá buena pinta. Era su forma de complementar a través de otros lo que él no había sido. Vivirlo y tener a toda esa gente bajo su poder era su objetivo.

—¿Es inteligente Karadima? —le pregunto esta vez a Jimmy Hamilton.

—No es muy inteligente. No es un tipo brillante, pero es terriblemente manipulador. Tiene una inteligencia práctica para sus objetivos que es impresionante. Si tú le pides una exposición y que lea un artículo de moralidad y haga un resumen, no lo hará. Nunca leía, no estudiaba ni preparaba una prédica. Solo leía sus libros de santos antiguos del año de la Cocoa, de la Edad Media. Y lo hacía de repente. Rezaba poco. Se basaba en el rosario todos los días. No era un hombre espiritual. No era místico, en el sentido de tener un amor por Dios. Yo creo que es ateo. Pienso que no cree en nada. Y su gran nexo es la Virgen María. Pero es un hombre de poca oración. Mostraba sus charreteras como un general. Hablaba de todas sus batallas libradas.

El tema del control y del sometimiento vuelve en innumerables anécdotas. «Un amigo mío de aquella época, Sebastián Reyes, estudiaba Economía en la Católica —cuenta Jimmy Hamilton—. Estuvo dos años en la parroquia. Le pidieron de la facultad que fuera a dar una charla a un colegio para fomentar que la gente entrara a Economía. Fue a hacerlo, pero no le contó a Karadima. El cura cuando supo esto lo expulsó de El Bosque por desobediente y por tener al demonio dentro. Sebastián obviamente se fue y nunca más volvió y dijo "este caballero está medio loco". Y así te puedo nombrar innumerables situaciones.»

Piensa unos instantes y comenta: «La gente hace un parangón entre Karadima y Maciel, pero yo creo que Karadima es una mezcla entre Maciel y Paul Schäfer. Karadima tenía control absoluto de todo lo que hacíamos. Él no tomaba, no fumaba, siempre compuestito, siempre controlado, salvo en su pasión y el abuso. En eso no tenía control, que es lo que está aflorando hoy. Pero en el resto tenía pleno control de todo. Con una maquinación perfecta. Maciel consumía drogas, era un tipo que estaba destruido. Schäfer era un tipo con un nivel de aberraciones y abusos notables».

«Algo que me impresiona ahora es la enfermedad de quien está dispuesto a llevarse al hoyo a todos los que pueda, porque una persona en su sano juicio ante estos hechos reales se inmola y reconoce: "la embarré, en efecto yo he sido así, y he cometido estas cuestiones"», comenta Jimmy Hamilton.

Pero él, nada. Se mantiene en la negación.

Solo hay algo que no desmiente: «Con respecto a que se diga que yo tengo influencia sobre la gente, puede ser efectivo, soy de carácter fuerte y puedo ser algo autoritario, la verdad, he necesitado de ello para estar en el sacerdocio estos años», le dijo al fiscal Armendáriz.

Y con la tozudez que ha mantenido durante todo el tiempo que han durado estos procesos, ante el joven juez suplente Leonardo Valdivieso, insistió en octubre: «Tengo la certeza de que estas cuatro personas se encuentran confabuladas para hacerme daño y dañar a la Iglesia, están dolidos pues tenían el deseo de seguir como sacerdotes católicos, pero carecían de vocación, según mi opinión, lo cual el tiempo me dio la razón, pues ninguno de ellos pudo continuar en sus respectivos noviciados; me refiero a los señores Batlle, Murillo y Cruz, pues respecto de Hamilton no me referiré»[17]. Palabra de Karadima.

[17] Declaración de Fernando Salvador Miguel Karadima Fariña ante el juez suplente del Décimo Juzgado del Crimen de Santiago, 27 de octubre de 2010.

Capítulo XIII

LA LIBERACIÓN DE PROCHASKA

Un símbolo del sometimiento a la voluntad de Karadima era Francisco Prochaska. En forma recurrente su nombre aparece mencionado en diversos testimonios como integrante del círculo de Karadima desde los años ochenta.

Lo describe Jimmy Hamilton: «Rubio, con pinta de extranjero, un cabro que entró a estudiar Ingeniería a la Católica y después Leyes. Karadima se encargó de que peleara con los padres, y se fue a vivir un tiempo a la parroquia. Y lo utilizaba para su servicio personal, para hacer el aseo de la pieza, limpiarle el baño. De repente Karadima determinó que lo que Dios quería era que dejara la universidad y que se dedicara *full time* a su atención personal. Después de eso, apareció algún otro que pudiera ayudar en eso y a Francisco le tincaron las Leyes y entró a estudiar nuevamente, pero también lo hizo retirarse. Y así pasaron años en que no se fue al Seminario ni completó una carrera ni se casaba y estaba de esclavo de Karadima».

—¿Después se casó?

—Después de varios años se casó ya mayor, tiene una hija única. Es un cabro buenísimo. Hizo algunos cursos, se dedicó a una parte más administrativa y Karadima le consiguió pega con sus amigos. Lo dejó sin titularse, porque era lo que Dios quería.

Según Juan Carlos Cruz, quien también lo conoció en la parroquia, «es hijo único de una familia escapada de la guerra, sus padres eran mayores, el cura les robó literalmente al hijo», y anota que Francisco había sido presidente del centro de alumnos del Verbo Divino.

Fernando Batlle sostiene que en El Bosque Karadima asignaba a cada uno un papel determinado. Recuerda a Prochaska: «Es un gallo que vivió ahí varios años. Le decíamos Chasa y, entre otras cosas, le grababa las prédicas. Él le solucionaba todos los problemas a Karadima, porque parece que es bien práctico e inteligente. Y el cura no era capaz de cambiar una ampolleta. Cualquier cosa que necesitaba, llamaba y preguntaba: "¿Dónde está Chasa?", y se producía una neurosis general, todos corrían para todos lados, mirándose unos a otros, y había que ir a buscarlo».

—¿Le grababa las prédicas?

—Chasa le grababa las prédicas en unos equipos de sonido que tenía Karadima.

De misa diaria

Francisco José Prochaska Vecsey, de cuarenta y siete años, nacido en Santiago el 2 de junio de 1962, casado con la bióloga Rocío Artigas, y padre de una hija de once años, es gerente de operaciones de la empresa computacional Dell. Debió comparecer el 5 de mayo de 2010 ante el fiscal Xavier Armendáriz y confirmó que «desde muy joven» concurre a la parroquia de El Bosque, «incluso a misa diaria hasta hoy»[1].

Sobre la acusación planteada contra Karadima, Prochaska declaró: «Me chocó absolutamente, pues jamás tuve ningún conocimiento, ni siquiera a nivel de rumor o broma, de nadie en cuanto a que él pudiese hacer algo así. Lo cierto es que todos mis años en la parroquia han sido de alegría y crecimiento espiritual, por lo que todo esto me parece de otra galaxia, algo total y definitivamente ajeno a mis vivencias con el padre y la parroquia. Yo creo que si hubiesen pasado cosas raras algo se hubiese sabido, pues el padre siempre andaba con gente acompañado y son muchos los

---

[1] Declaración de Francisco José Prochaska Vecsey, nacido el 2 de junio de 1962, chileno, casado, ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, 5 de mayo de 2010.

jóvenes que circulamos por la parroquia. La casa fue siempre un lugar abierto y casi público».

En la misma ocasión, Prochaska reconoció haber sido amigo de Jimmy Hamilton, a quien definió como de «una personalidad muy fuerte, que sabe imponer sus ideas», pero deslizó que «si bien tenía grandes dotes de liderazgo, a la vez se le notaba con fuertes cambios de personalidad. Es posible que su complicada historia familiar haya influido en su comportamiento», dijo aludiendo a las denuncias. El argumento fue usado por muchos de los defensores en la indagatoria judicial que emprendió el fiscal Armendáriz.

Manifestó Prochaska, en aquella oportunidad, que no lograba explicarse «por qué levanta estas acusaciones más allá de entender que algo anda mal en su mente». Señaló que le parecía «contrario al sentido común haberlo visto como era, su familia, su vida diaria, llevar a su familia e hijos a la parroquia y luego plantear las acusaciones que hace».

Anotó sí en su declaración, a diferencia de los más recalcitrantes defensores, que no veía «un móvil especial de las acusaciones o haya sabido de alguna conspiración».

Después del fallo del Vaticano

Estaba escribiendo los últimos capítulos de este libro cuando José Andrés Murillo y Jimmy Hamilton, antiguos amigos de Prochaska en El Bosque, me aconsejaron que lo llamara. Me argumentaron que este personaje descrito antes como «esclavo de Karadima» parecía estar «en otra». Y quizá podría querer conversar.

Lo llamé el sábado 13 de marzo, sin demasiada expectativa. Le expresé mis motivos. En la conversación telefónica me costó convencerlo, porque quería «dar vuelta la hoja» y le molestaba el asedio de los periodistas. No quería exponer a su familia ni «verse involucrado en todo esto». Al final aceptó y antes de dos horas estuvo en mi casa.

Hasta enero de 2011, Francisco Prochaska seguía asistiendo a la parroquia El Bosque y aunque le impresionaron las informaciones recibidas en torno al caso, no había terminado de creer en la palabra de los denunciantes, aunque los conocía y había sido amigo de algunos de ellos. Sin embargo, se pronunció el Vaticano y el fallo de la Congregación para la Doctrina de la Fe fue decisivo para el Chasa.

Alto, rubio y ojos azules, con pinta de extranjero —como dice Jimmy Hamilton—, llegó decidido a contar parte de su vida, vestido con una polera gris oscura marca Nike y trayendo su Blackberry, que rápidamente apagó. Al escucharlo ahora, se percibe que la incondicionalidad que reflejaba su declaración ante el fiscal Xavier Armendáriz se esfumó. Incluso parece dispuesto a revisar lo dicho en Fiscalía: ya no hablaría de «otra galaxia», porque hay cosas y situaciones que ahora las ve de otra manera. Y asumió que el doctor James Hamilton, quien operó gratis a su padre y le prolongó la vida por tres años cuando estaba prácticamente desahuciado, dice la verdad.

Hoy no solo cree en la versión de sus antiguos amigos, sino que admite que pueden existir más víctimas que prefieren guardar en su intimidad sus experiencias. Aunque reitera que él no sufrió abuso sexual como los ya conocidos, asume que fue «usado por Karadima». Sus palabras y diferentes testimonios dan cuenta del abuso psicológico que experimentó Francisco Prochaska durante años.

El sometido aristócrata

Su historia es especial. Hijo único de austrohúngaros que llegaron a Chile después de la Segunda Guerra Mundial, la vida de sus padres se cargó de angustia: perdieron a su hijo durante más de diez años en manos de Fernando Karadima Fariña. Juan Carlos Cruz tiene razón: «El cura les robó al hijo», y aunque el aludido intenta relativizarlo y echarse culpas en esta situación, Karadima lo sometió fuertemente.

Prochaska cuenta sobre su pasado: «Mis padres nacieron en Hungría. Después de las guerras se movieron las fronteras y donde nació mi papá —que murió en 1999— hoy es Rumania, y donde nació mi mamá, actual Hungría, antes era el País Checo. Llegaron a Chile cada uno por su lado, hacia 1948. Se conocieron, se casaron y en 1962 nací yo».

Su papá había sido empresario, dueño de un molino en Rumania. «Estalló la guerra y con la invasión comunista tuvieron que huir. Terminaron viniéndose a Chile como inmigrantes al ver su país sometido, todo bombardeado. Mi abuelo fue muerto en la guerra en un atentado…» Su padre había estudiado molinería en una ciudad cerca de Dresde y cuando llegó a Chile era el único técnico en su especialidad. «Viajaba por todo el país con gran esfuerzo haciendo asesorías de molinos. Mi mamá había estudiado en las monjas del Sagrado Corazón en Budapest y es dueña de casa. La verdad es que ambos eran muy aristócratas allá. Pero acá pasamos a ser nadie.»

Francisco Prochaska dice que sus padres quisieron hacer lo que él quiere hacer ahora: «Apretar el botón *reset*, y emprender una "vida nueva", dejar atrás el pasado».

«Soy chileno —afirma Chasa—. Tuve una niñez muy feliz. Vivíamos en Manquehue con Latadía, en Las Condes. Mi papá y mi mamá siempre quisieron que yo tuviera la mejor educación posible. Con gran esfuerzo mi papá me llevó al Verbo Divino.» Fue el mejor alumno de su curso en sus años escolares, ganó todos los premios y cuando pasaba de tercero a cuarto medio, en 1979, fue elegido presidente del Centro de Alumnos del colegio.

«Este es el lugar»

Sus padres eran católicos y lo llevaron a misa desde niño, «pero por razones políticas no les gustaba mucho la Iglesia de la época del cardenal Silva Henríquez», dice Francisco Prochaska. Los comprende, porque «me sitúo en el contexto; mi mamá, en el fondo,

es como la hija de un detenido desaparecido, porque mi abuelo fue muerto en la guerra por un atentado terrorista, cuyos detalles no conozco bien, pero no puedo pretender de ella otra cosa».

—Estaban de acuerdo con Pinochet y el golpe…

—¡Absolutamente! Si para ellos era la salvación. En ese ambiente, ellos me empujaban mucho para ir a misa, ser católico, y fui a dar a la parroquia de El Bosque por compañeros de curso.

—«Conejeaban» a los del Verbo Divino…

—Sí, mis amigos empezaban a ir, el padre Karadima alguna vez fue a dar una charla al colegio y me gustó cómo hablaba. Se refería a Dios directamente, la Virgen, la oración, la verdad de la Eucaristía. La gente joven iba a misa diaria. Vi personas alegres, profesionales, matrimonios. Entonces pensé: «Este es el lugar». Eso era en 1980, estaba en cuarto medio y cuando iba a las reuniones de los miércoles, el padre me presentaba: «Aquí está el presidente del Centro de Alumnos del Verbo Divino». Y yo me paraba.

Poco a poco, Francisco fue reemplazando su familia por la parroquia. «Mis padres fueron muy transparentes y buenos, pero como soy hijo único, cuando llegué a El Bosque empecé a encontrar mi familia ahí, mis amigos, mis hermanos.»

—¿En la Acción Católica, les fomentaban la misa diaria, como en el Opus Dei?

—Nunca hubo una identificación con el Opus Dei, pero la misa diaria era una recomendación implícita. Nunca nos obligaron, pero si uno no iba se preguntaban: «¿Qué le pasa a este gallo?».

—¿Cómo te integraste a la Acción Católica?

—Es difícil definirlo. Uno empezaba a sentir que era como una oportunidad. Hacíamos cosas muy lindas, acciones de caridad.

El señor Chasa

Prochaska cuenta con cierto orgullo que su sobrenombre «Chasa», como lo conocían todos en El Bosque, se lo puso un zapatero. «Los sábados en la mañana partíamos en un auto a las

poblaciones a repartir ropa u otras cosas. El padre nos daba plata para comprar. Lo de Chasa surgió de un zapatero que vivía por la rotonda Quilín. Estaba acostumbrado a que fuéramos a dejarle cosas sábado por medio. Y por algún motivo ese día no fui. Un amigo me contó que este señor tenía una imagen de la Virgen y una vela prendida pidiendo que yo llegara. "Yo estaba esperando al señor Chasa", le dijo cuando se acercó. De ahí quedé con ese sobrenombre. No me desagrada; encuentro lindo que una persona necesitada se haya acordado de mí.» Además —comenta riendo—, «para mí es práctico, más simple que mi apellido».

A diferencia de muchos de los ex integrantes de la parroquia de El Bosque y desde luego de los ajenos a ella con que he conversado en estos meses, se advierte en Francisco Prochaska una cierta forma de referirse a Karadima todavía marcada por el respeto que le tuvo durante tantos años. Sigue diciendo «el padre» la mayoría de las veces que menciona al cura y a lo más omite su nombre y solo usa el artículo «él». Incluso a través de la entrevista advierte en más de una oportunidad que «no quiere darle en el suelo». Parece ser parte del proceso que está viviendo, en el que poco a poco se ha ido dando cuenta de cómo el cura lo había sometido.

—¿Cuándo empezaste a meterte más en la parroquia? ¿Fuiste un dirigido espiritual de Karadima?

—Empecé en esa época. Se me hablaba de la dirección espiritual y pensé que también tenía que tener un director. La primera vez llevé una lista de inquietudes y tuve una amplia conversación con él, muy bonita. Me dijo que las cosas había que hacerlas de a poco, que no eran de la noche a la mañana. La parte más importante de la dirección espiritual, me indicaba, reside en las reuniones, para ir formándose como católico, y después hay una porción menor que es cuando uno se confiesa o tiene una pregunta más personal.

Entre Ingeniería y la parroquia

Ese año, Francisco Prochaska había entrado a estudiar Ingeniería a la Universidad Católica. «Es una carrera pesada, yo tampoco soy un genio, había unos ramos que no me gustaron, que no me iba bien», señala con humildad.

—¿Pero te había ido bien en la Prueba de Aptitud Académica?

—Muy bien en la prueba y en el colegio. Y había ramos en los que me iba extraordinariamente bien, como la geometría descriptiva o la química, pero en las matemáticas abstractas, no. Era, además, un ambiente duro, competitivo. Había una sala con doscientos alumnos, pero estaba claro que cien se iban en la primera colada y nadie se inmutaba.

Agrega un comentario que llama la atención y que da para preguntarse cuánto habrá tenido que ver Karadima en la autopercepción de Francisco Prochaska: «Yo no me creo un tipo demasiado capaz. Quizá no habría logrado recibirme de ingeniero. Muchos me dicen que a lo mejor eso es discutible. Pero lo claro es que me empecé a dedicar más a la parroquia, tal vez refugiándome por un posible fracaso o quizá porque el padre cada vez me daba más entrada. Además, se empezó a despertar en mí una posible vocación sacerdotal».

—¿No venía de antes esa vocación?

—Siempre me había planteado que en la vida había que hacer cosas grandes. Pero nunca me había propuesto ¡ser sacerdote! Yo era bastante más ganso que mis amigos. Tenía otra formación, el rucio de pelo corto, que mientras los amigos jugaban fútbol hacía aeromodelismo, estudiaba electrónica, aprendía esas cosas.

»Con el paso del tiempo me iba entregando más a esta causa. Lo que veo ahora, mirando retrospectivamente, es que en la medida en que yo iba dando la mano, a lo mejor me iban tomando el brazo —señala Francisco Prochaska. Pero le cuesta todavía tomar distancia, enjuiciar al cura y deshacerse de las culpas que le inculcó Karadima—. Pero era porque yo daba la mano. Es muy importante eso, porque por lo menos en mi experiencia no es

que a uno lo agarraran, no es que el padre Karadima me dijera: «Tú, ven para acá y haz esto», sino que «yo te pediría esto porque necesitamos tal cosa».

—¿Una acción más sutil?

—Sí, y en mi caso fue cada vez más hacia lo personal. Esto de llegar a ser el secretario personal de él para uno era importante.

—Lo del secretario personal en tu caso llegó más allá en términos prácticos...

—Claro, una cosa que va del blanco al gris y hasta el negro, de una manera que no te podría decir cuándo ni cómo empezó. Y como además yo era hábil para las cosas electrónicas y soy ordenado, cuando me encargaban algo cumplía, o cuando tenía que llegar a la hora, llegaba; le buscaba la música, y fui haciendo esas cosas.

—Y a Karadima le gustaba la música...

—Claro, entonces era una muy buena combinación.

—¿Qué pasó con tus estudios en la Universidad Católica?

—Comencé a dejar la universidad cada vez más hasta que la abandoné entre primero y segundo año. Y el tema de la vocación sacerdotal lo veía como una decisión que se iría a realizar en el tiempo, en mucho tiempo más.

«Dejar padre y madre»

—¿Cómo se produjo el conflicto con tus padres?

—Primero fueron los problemas de horario, porque en mi casa comíamos a las ocho, pero yo tenía que ir a la misa de ocho. Y el padre me comenzó a decir: «Tus papás no te pueden estar "manduqueando" tanto, ya eres grande». Y empecé a ser más crítico de mis papás —y en eso actué muy mal—. Veía que mis papás se oponían a lo que Dios quería de mí. Eso que estuviera peleado con mis papás para mí era como heroico, siguiendo eso de que «quien deja padre y madre y no mira atrás y bla, bla, bla"». Yo me sentía un santo con estas

cosas. Y me costaba mucho, porque quería mucho a mis papás, pero les empecé a perder la confianza. En algún minuto, les decía: "Ustedes no quieren mi bien eterno. ¡Si yo los hice sufrir mucho, mucho!"».

—¿Qué te contestaban tus papás?

—Estaban desconcertados, fueron a hablar con otros sacerdotes, mi mamá me retaba mucho, ella es muy sanguínea, tampoco supo cómo enfrentar lo que estaba ocurriendo.

—¿Estuviste un tiempo nada más que sirviendo a Karadima?

—Exacto, estuve dedicado totalmente a servir al caballero, y después di la prueba de nuevo y me cambié a Derecho, porque quería estudiar algo humanista, pensando en que quería terminar siendo sacerdote.

En 1983, Francisco Prochaska empezó a estudiar Derecho en la Universidad Católica. «Al principio me encantó, porque eran las normas generales del Derecho, que son entretenidas, la Filosofía. Iba desde mi casa, pero no me mezclaba con mis compañeros de universidad. Yo era muy isla.»

—¿No te mezclabas? ¿Por qué?

—Muy poco, porque estaba preocupado de la parroquia, las reuniones, la misa diaria y todo eso era incomprensible para mis compañeros. Pensaba que no me iban a entender. Este gallo que va a misa todos los días... Empecé a estudiar y siempre seguía atendiendo al padre Karadima en diferentes cosas.

Con ese sistema de vida, Francisco «estudiaba a ratos. El requerimiento de tiempo para la parroquia era fuerte y la disputa con mis papás empezó a ser insoportable y entremedio me fui de la casa».

«Les decía a mis padres —continúa— que me habían echado y la versión de ellos era: "¿Por qué te fuiste?". Mis papás decían que no me querían ver más así y me planteaban: "O te vas a atender a los curas o te quedas con nosotros". Y para mí esto era la consagración del héroe. Me sentía ¡un santo! Mira lo que uno llega a pensar», comenta riendo, tratando tal vez de alivianar los recuerdos de los duros tiempos que vivió.

Prochaska asegura que quería mucho a sus papás «a pesar de que me porté pésimo con ellos. Era un conflicto interno que no te lo imaginas. Bajé diez kilos. Yo tenía veintidós o veintitrés años. Por otro lado, me empezó a ir mal en la universidad, porque estaba con la mente en esto, por la tensión con mis padres y, además, porque no me empezaron a gustar los ramos de derecho procesal, eso de tener que llevar los documentos a la casa del secretario del tribunal si está cerrado… entonces me empezó a aburrir».

Cuenta que, además, hubo un hecho que lo indignó: «Mi mamá fue a averiguar a la universidad qué pasaba conmigo. Y aunque podría haber sido lógico, consideré que era una invasión de mi privacidad. Tenía ya veintitrés años. Y simplemente dejé de ir a clases y me dediqué a atender al padre. Lo atendí durante mucho tiempo».

Fanatismos y neurosis

—¿Cuáles eran tus funciones en la parroquia?

—Atenderlo, como te contó Jimmy. Desde hacerle la pieza, el baño, acompañarlo, hacer todos los encargos imaginables e inimaginables para él y la parroquia. Las cosas de la parroquia, creo que las seguiría haciendo hoy. Las cosas personales, no.

Sin mediar pregunta, agrega: «Eran asuntos realmente personales, como pagarle cuentas, llevarle la ropa a una hermana o a alguien que la lavara. Y algunas veces eran cuestiones neuróticas. Me cuesta decirlo porque, por otro lado, tuvo actitudes muy lindas conmigo… Él se encargó —no sé cómo expresarlo— de tender una lienza a la que se le da y se le quita. ¡Pero sí eran cosas neuróticas! De repente, uno tenía que ir a comprar algún objeto determinado y todos los requerimientos que eso demandaba podían significar una semana de dedicación y podía ser de lo más estúpido».

—Expresión de todo su fanatismo por ciertas cosas materiales…

—Sí, había que comprar tal *compact disc* y buscarlo por cielo y tierra.

—¿Los relojes también le gustaban?

—Le gustaban los relojes antiguos. Yo también fui relojero alguna vez en mi casa. Mientras mis amigos jugaban fútbol, le arreglaba los relojes al vecindario y ganaba plata, cuando estaba en segundo medio. Después él quiso comprar un reloj antiguo, le regalaron uno de sobremesa. Tenía una obsesión con los relojes y me pedía que se los arreglara.

—¿Qué otro fanatismo tenía?

—La música y los relojes. La música clásica y los boleros que le recordaban su juventud. Había que buscarle discos antiguos, grabaciones originales de Pedro Vargas. Para mí, escucharlos era una lata.

Francisco Prochaska en esa época dejó de ir a fiestas. «A mí me gustaban las fiestas, me gustaban las niñas. Pero uno se inmoló. Entonces tenía que oír a Pedro Vargas en vez de escuchar a Air Supply. También tenía que arreglar el auto».

Recuerda una oportunidad en que a Karadima le regalaron «un auto de una fundación alemana al que le tuve que dedicar mucho tiempo».

—También le encantaban los autos...

—Pero el problema es que con los autos tenía una mezcla de ignorancia y neurosis. Porque en una oportunidad le regalaron un auto de importación directa que entraba liberado de impuestos. Hubo que ponerle todo lo que el vehículo no traía originalmente, y cambiarle la amortiguación por una normal, ponerle asientos atrás, etc. A mí me gusta la mecánica, pero eso no me entretenía. Pero para él era importante que Chasa fuera capaz de desarmar el auto y cambiarle la amortiguación. Y después reclamaba: «Quedó con el manubrio chueco». ¡Era agotador!

—¿Tú eras el que más manejaba su auto?

—Sí, habitualmente manejaba yo. Tampoco me gustaba que manejara él, porque lo hacía muy mal.

Trabajos en computación

Francisco Prochaska pasó así un largo período de absoluto servicio para Karadima, «hasta que me empecé a cansar». Y el joven se comenzó a cuestionar: «Yo quiero trabajo afuera, quiero salir de la parroquia».

«Un día, estaba tan agotado que lloraba como una Magdalena y Jimmy me acompañó.» Se lo planteó a Karadima y «él me ayudó a conseguir un trabajo, en la Pesquera San José».

—¿La Pesquera San José, donde es gerente Domingo Jiménez, muy cercano a él?

—Sí. Estaban Domingo Jiménez y Miguel del Río en esa época, también Sergio Morales. Eso fue un pituto de él, claramente. Le dedicaba medio día, me llevaba pega para la parroquia y trabajaba ahí en un computador.

«Me encantó la computación. Disfrutaba con eso. Me empezó a ir bien. Diseñé un sistema, trabajaba de noche, a veces escondido en mi pieza, hasta que un día hubo una fusión de empresas», cuenta. Después de eso lo llamó Cristián Kast para que trabajara con él en la cadena de restaurantes Bavaria, de propiedad de la familia. «Reconozco que para acceder a mi primer trabajo no tuve ningún mérito; mi mérito fue que lo hice bien. Y Cristián Kast me llamó porque lo había hecho bien, ya no lo consideré un pituto.»

—¿Cristián Kast también iba a El Bosque?

—No, no iba. Él buscaba —creo— un reemplazante de su hermano que es ingeniero comercial y se había ido de sacerdote. Fue muy cariñoso conmigo y tengo la sensación de que me veía un poco como a un primo. Trabajé en el Bavaria y me hice cargo de un área de computación. Trabajé mucho y simultáneamente seguía en la parroquia.

Después Francisco se fue a Empresas CIC con Miguel del Río, quien también en esa época era asiduo de El Bosque. «Me entrevistó con Pedro Tagle, hermano de Guillermo[2]. El padre debe haber hablado bien de mí. En CIC me fue bien. Después CIC estaba en un momento muy complicado y apareció la oportunidad de externalizar la computación de la empresa. El padre me dijo que le preguntara su opinión a Guillermo Tagle. Armamos la empresa, Trilogic. Partimos con ochenta empleados. Llegamos a tener dos mil quinientos, entre 1997 y 2007. Pero después estuvimos a punto de quebrar.

—Se daban en El Bosque redes entre empresarios y profesionales…

—Redes que también agradezco. Esas redes se me hicieron posibles en la parroquia. Si no ¿quién es Prochaska? Un hijo de inmigrantes. Y yo podría ser un empleado municipal timbrando papeles. Soy bueno para echarme al suelo y a lo mejor es por efecto de la vida con el padre. Puede ser —dice bajando la voz.

Grabaciones de curas españoles

—¿No habías perdido la continuidad con la parroquia?

—No la había perdido, en absoluto.

—Pero no le seguías haciendo las cosas a Karadima…

—No, pero igual de repente me llamaba. Al principio más, aunque cada vez menos.

Francisco Prochaska vivió diez años en El Bosque. Su pieza estaba en el segundo piso, «en la otra ala, no en la del padre». Entre sus tareas estaba grabarle las prédicas. «Las grababa en casetes. Había una caja de zapatos llena de prédicas y siempre las consideré como un patrimonio, porque el padre no escribía. Entonces era la forma de aquilatar esto. Y lo hice durante un año: le grabé

[2] Se refiere a Guillermo Tagle, asesor de Karadima en materias económicas, director ejecutivo del IM Trust y ex director de Santander Investments.

todas las prédicas. Todavía debe estar en alguna parte esa caja de zapatos.

—¿No escribía y tampoco leía?

—No escribía y leía poco, casi nada. Pero sí escuchaba muchos casetes de retiros y cosas así. También tenía problemas a la vista. Entonces, entre que le daba lata, le daba sueño y todas las cosas que podemos imaginarnos de una persona de sus características; lo que hacía él era escuchar.

Francisco Prochaska revela otra faceta del cura Fernando Karadima, tan famoso entre sus feligreses por sus prédicas y homilías: «Se conseguía casetes con retiros o con prédicas, charlas de curas españoles. Eran muy aburridos, pero él los escuchaba repetidamente. Él también se alimentaba de esto. Esto tiene muchos grises también».

Matrimonio y reencuentro

Su matrimonio y la enfermedad y muerte de su padre marcaron un giro en la vida de Francisco Prochaska. Al menos dejó de vivir en El Bosque, pero los lazos con Karadima se mantuvieron.

—¿Conociste a Rocío, tu mujer, en la parroquia?

—Sí, me la presentó el Flaco Murillo —dice riendo—. Fue a la salida de la reunión de los miércoles. Tenemos bastante diferencia de edad, yo estaba medio mayorcito. Me casé de treinta y cinco.

—¿Los casó Karadima?

—En El Bosque y llegaron todos mis amigos de allá. ¡Veintidós sacerdotes y dos obispos! Fue un matrimonio muy lindo, el 19 de marzo de 1999.

—¿Qué pasaba con la relación con tu madre?

—Había mejorado ya. En la medida en que empecé a trabajar, me empecé a preocupar mucho más de ella. Mi papá se enfermó y nunca dejé de preocuparme de ella. Él murió un mes antes de que yo me casara. Yo lo financiaba, lo iba a ver todos los días, sobre todo el último año.

—Fue un reencuentro…

—Fue tan así que en algún momento antes de morirse le propuse que le dieran la Unción de los Enfermos. Y me dijo: «Pero ¿sabes qué?, le voy a pedir al padre Fernando que me dé la Unción, aunque tú, Nancy, no quieras», dirigiéndose a mi mamá.

—¿A Nancy no le gustaba Karadima?

—No, nunca le gustó… Pero eso fue bonito, porque mi papá, en un acto de generosidad final, dijo: «No me quiero ir al otro mundo peleado con nadie». Aunque él no era de ir a misa, era un hombre bueno, bueno a gritos. Quedé muy en paz con él. Después, con mi mamá nos acercamos mucho, aunque para ella estaba claro que el padre la embarró. Además, ella no quería que yo fuera cura.

—¿Y la idea de ser cura se te pasó rápidamente?

—Lo de ser cura me duró varios años. Pero este ejercicio de pensar qué es lo que Dios quiere de mí, me hizo decir no, y tuve la valentía de decírselo al padre. Le tenía miedo, le tenía terror, pero siempre pensaba que al final tendría que encararlo.

«Me importa mi dignidad»

Francisco Prochaska se interrumpe. Me mira fijo y comenta: «Te estoy contando toda mi vida y para mí eres una desconocida, pero me libera». Y luego agrega: «Fríamente, también me importa mi honra, mi dignidad, y no quiero aparecer en tu libro o en Google solamente como "el esclavo de Karadima". Tendría que decir "el que fue esclavo de Karadima, pero que en realidad no era tan tonto"».

—Pero Karadima te sometió…

—Todo lo que te han dicho es verdad. Pero es importante ponerlo en perspectiva. Creo que yo mismo puse el plato para que se dieran muchas de las cosas que ocurrieron. Por eso, si me preguntaras hoy, ¿tendrías que odiar al padre?, te respondería con las tres palabras que me dice mi suegro, que es un tipo excepcional:

«Caridad, perdón y misericordia». Si hoy no existiera la prohibición de la Iglesia para visitar a Karadima, que gracias a Dios está, tendría un problema de conciencia terrible, porque por caridad y misericordia tendría que ir a visitarlo. Pero la Iglesia se encargó de ahorrarme ese problema.

—Sin arrepentimiento es imposible el perdón... Por eso llama la atención la fuerte negación de Karadima, que está llena de contradicciones —le comento.

—A mí tampoco me calza. ¿Sabes qué pasa? Antes del fallo, el padre juró ante el Sagrario. Por eso me costaba no creerle. Yo tenía clarísimo que se iba a plantear un tema de abuso de nosotros. Veía venir que este fallo sería malo para él. Sin embargo, para mí, al principio, con todo lo que quiero a Jimmy y todo lo que le debo, era poco creíble.

—¿En el primer instante no creíste sus acusaciones?

—No, yo me decía: «¿Cómo? ¿Cómo?». Para mí era increíble el hecho de que Jimmy hubiera llevado a sus hijos a la parroquia, y se lo dije a Xavier Armendáriz. ¿Cómo Jimmy los llevaba? Hoy creo que lo puedo entender, pero en ese momento para mí pesaba eso versus un señor que juraba ante el Sagrario.

»Por dentro tenía una controversia: me acordaba también de las cosas buenas que hizo conmigo y me preguntaba si estaría siendo traidor al creerle a los denunciantes.»

Un energúmeno

—¿Cómo le decías a él?

—Curita, nunca le dije santo. Pero creo que la gente le decía santo de un modo cariñoso. El padre era un hombre que necesitaba mucho que le demostráramos cariño. Era ansioso de cariño. Ahora pienso qu,e quizá tuvo alguna carencia de niño. Algunos le decían «oiga, santito», pero es distinto cuando tú lo lees: «Le decían santo», a cuando a alguien le pones un sobrenombre. En todo caso, es impropio. Es como

cuando me hacía así, dice insinuando un gesto de toqueteos que no llega a completar con la mano.

—¿Qué te hacía realmente?

—Él a mí me saludaba de beso, como hoy me saludo con mi suegro. Respecto de la tocada de genitales, nunca me hizo más que así [y da un golpe hacia la mesa con el revés de la mano]. Y tampoco fue directamente.

—¿Y palmadas atrás?

—Sí, pero también como un papá le puede hacer a su hijo. Es una cosa muy rara. Porque si tú me preguntas hoy si le haría algo así a alguien, ¡me muero, pues! No le haría eso jamás a nadie. Pero uno se lo toleraba y no veía nada de malo en eso. Me ha costado convencerme, pero después de haber sabido lo de Jimmy y habiéndolo asumido, ya uno no puede dudar.

—Todos cuentan de sus arrebatos, ¿era un energúmeno?

—Un energúmeno. De repente se enojaba y era espantoso. Y tú lo veías desencajado, a veces por tonteras.

—¿Con ustedes?

—Sí, con nosotros, además, el ser retado era un honor. Porque significaba que te tenía confianza. ¡Ay, no! si todo era...

—¿Por qué te retaba?

—Por diferentes cosas. Porque yo le había hecho un encargo de una manera diferente a la que él quería. Y le daba pataleta como un cabro chico. Por cosas que hubiera hecho con mis papás o por haber dicho algo que a él no le parecía. Por no estar ahí cuando me necesitaba.

—¿Te retaba solo o te tocó ser parte de los retos como tribunal?

—No me tocó que me retaran encerrándome en la sala, como le tocó a Jimmy. Pero sí tuve retos enviados a través de otros: «Oye, el padre está muy apenado contigo porque ayer te fuiste de allá de una manera muy fría». Y recibía un llamado por teléfono...

—¿Quién te hacía ese tipo de llamados?

—Diego Ossa, por ejemplo. A mí también me tocó dar recados a otros, y esto me cargaba. Y a veces di los recados en que les decía: «El padre mandó a decir esto, pero yo creo que tiene razón en esto solamente». Si él hubiera llegado a saber, me hubiera cocinado.

«Con las ruedas afuera»

Hay otra arista de esta historia en la que aparece Francisco Prochaska. La casa donde vivió Jimmy Hamilton y Verónica Miranda con sus niños, en Las Baleares 937, cerca de la parroquia, era suya. A su vez, se la había comprado en 2001 a Gonzalo Tocornal Vial, el ex presidente de la Acción Católica e incondicional de Karadima. Según la publicación electrónica *Ciper*, «fue Karadima quien intervino para que Tocornal le vendiera a Prochaska (en 3.036 UF, unos 64 millones de pesos); y fue él también el que convenció a Prochaska para que le arrendara la casa recién comprada a Hamilton».

Chasa cuenta que él compró la casa a Tocornal y en la firma de corredores P&G Larraín se la arrendaron a un señor por un año y medio, porque se estaba cambiando de una casa a otra, mientras construían. «Hasta que un día —no me acuerdo si fue Jimmy o el padre— me planteó que le arrendara la casa a Jimmy. Y en efecto él la arrendó. Hizo algunos arreglos, fue generoso, no me los cobró, fue muy buen arrendatario.»

Un día en verano —dice Prochaska—, «Jimmy se desapareció. Yo andaba en Viña. Y como amigo comencé a llamarlo; me contestó y me dijo que tenía problemas personales y que se iba a ir de la casa. "Me voy en tres semanas más y necesito que me hagas el salvoconducto para las mudanzas", agregó. Me extrañé muchísimo y le pregunté qué pasaba. "Son cosas, algún día conversaremos". Yo estaba en Puerto Varas y le mandé el salvoconducto por fax. Después, faltaba la devolución de la llave. Me la dejó en un sobre en la Clínica Alemana. "Algún día haremos un asadito como el que hicimos el año pasado en Puerto Varas",

me dijo. Jimmy me había invitado a unas cabañas pagadas por él, porque ese verano me estaba yendo mal. Fuimos a pescar, lo pasamos muy bien. ¡Y que al año siguiente tu amigo se fuera así! Me dejó sorprendido».

Después de esa despedida a medias, Francisco Prochaska no supo más de Jimmy Hamilton, salvo por los comentarios que hacían en El Bosque. «De todo esto, lo único que vine a saber fue cuando el padre Karadima un día me dijo que Jimmy estaba tramitando su nulidad y que estuviera atento porque me iba a pedir ser testigo. Y en febrero del año pasado, agregó: "Reza, m'hijo, porque Jimmy anda diciendo que aquí son todos raros". Estábamos en la iglesia, frente a la imagen de la Virgen. "¿Qué onda, curita?", le pregunté. "¿Cómo puede decir eso?" Eso fue todo.»

La siguiente noticia la tuvo Francisco Prochaska el 21 de abril cuando apareció en *La Tercera* la información sobre las acusaciones contra Karadima. Su cuñada, Isabel Barrios, llamó a Rocío, su señora, sorprendida. «¿Pero cómo puede ser esta cuestión?», pensé. Cuando supo que se trataba de una denuncia efectuada por Jimmy Hamilton, «al comienzo creí que podía ser una exageración de Jimmy, no me lo explicaba».

A la semana siguiente vino el impacto de Televisión Nacional. Francisco Prochaska no terminaba de creer, aunque las dudas se fueron haciendo cada vez mayores. «Pero ahora, después del fallo del Vaticano...»

Para él no se trata simplemente de «acatar» como algunos de sus amigos de El Bosque. Poco a poco se ha ido convenciendo de la veracidad de las denuncias y ya mira con otros ojos lo vivido.

«En su egoísmo, él me usó»

En esta nueva dimensión, Francisco Prochaska Vecsey reconoce haber sido sometido por Karadima.

—¿Se podría decir que tú estás en un proceso de aterrizar en la realidad respecto de Karadima y El Bosque?

—Sí, pero te diría que estoy con las ruedas del avión afuera, listas para el aterrizaje... Aunque creo que nunca voy a llegar a ponerme en la posición del denunciante, porque también viví muchas cosas positivas que hoy me hacen decirme: «No llegues más allá de decir la verdad a quien te la pregunte». Pero no quiero tomar la iniciativa; sé que hay gente que hoy no quiere decir cosas porque quiere guardar su privacidad.

»No es agradable que la gente ventile tus pecados, se ventile tu vida. Cosas que no estaban bien. Que fueron culpa mía o del padre, pero que no me dejan bien parado.

—Pero hay más víctimas, parece un hecho...

—Sí, claro.

—En algún momento antes, me dijiste «él me usó»...

—Sí, con egoísmo, no con premeditación. No creo que él haya sido una máquina de armar un grupo de degenerados. Más bien creo que en su egoísmo me usó —no quiero juzgar si lo hacía en forma consciente o inconscientemente—. Hizo que yo hiciera cosas que no hubiera querido hacer. Y deseo profundamente que esto haya sido producto de una enfermedad y que no lo haya hecho de manera consciente. También debo reconocer que al haber sido cariñoso conmigo, preocupado de mí «muy en buena», yo no me daba cuenta.

—Esto de la separación de los jóvenes de sus padres es una tónica, pero tu caso puede haber sido uno de los más dramáticos...

—Sí. Creo que el más dramático y ahí hay cosas en las cuales actué muy mal...

—¿Por qué te echas la culpa?

—Es parte del proceso. Sabes lo que pasa, es que lo encuentro imperdonable conmigo mismo. ¡Cómo pude ser tan huevón! ¿Entiendes? Es lo que siento que la gente se puede estar preguntando. ¿Cómo este compadre pudo dejarse manejar de esa forma? ¿Cómo puedo confiar en él ahora? Me consuelo con saber que no soy el único. No sé si me explico.

—¿Cuál crees tú que era el objetivo final de Fernando Karadima?

—Creo que, aunque parezca increíble, su objetivo no era premeditadamente malo. Pienso que él no estaba del todo consciente de lo que hacía. ¿Sabes que a veces me pidió perdón?... Una vez compré un televisor distinto al que él quería y me retó fuerte. Y al día siguiente me dijo que no había proporción entre lo que me dijo y lo que yo había hecho. Pero ¡ojo!, lo hacía muy pocas veces.

—¿También trataba de mal modo a los empleados?

—Sí, pero era una mezcla. De repente los gritoneaba y después nos señalaba: «Hay que regalarle una casa a la Silvia[3]». Yo no creo que él haya regalado esa plata de mala onda. Lo que pasa es que es imprudente, porque si va a regalar a uno, regálele a todos, porque tenemos ahora a un Mariano Cepeda indignado[4]. Pero a mí me tocó ver cosas de caridad increíble. Recuerdo a un niño pobre de Renca que un día llegó a pedir plata. Al padre le impactó tanto que adoptó a la familia y le arregló su casa. No había posibilidad de que los hubiera conocido de antes...

—¿Cuál es tu conclusión en este momento, después de lo vivido?

—A fin de cuentas hay hechos objetivos que están mal; yo no voy a juzgar al padre, lo va a juzgar Dios. Y personalmente voy a tratar de sacar lo mejor de mí para hacer una vida bonita de aquí en adelante. No tengo ganas de estar comprometido en asuntos de la Iglesia. Tal vez en el futuro. Sigo siendo católico, pero me gusta ir a misa donde se me antoja, sigo rezando, sigo pensando en una educación católica para mi hija. Él ha hecho mal, ha hecho daño, pero

---

[3] Se refiere a la compra de una casa efectuada por Fernando Karadima a la cocinera de la parroquia, Silvia del Carmen Garcés Bizama.

[4] Mariano Cepeda Becerra, jubilado, ex sacristán de la parroquia, tenía un juicio del trabajo con sus antiguos empleadores. Manifestó duras críticas hacia Karadima cuando fue interrogado por la Policía de Investigaciones. Con posterioridad, en una entrevista efectuada por *Ciper*, aludió a los toqueteos y besos, y afirmó que había visto al cura «acariciando» al sacerdote Andrés Arteaga, actual obispo auxiliar de Santiago.

no lo voy a juzgar. Me he llevado el medio zarpazo, pero ¿qué voy a hacer? ¿Me cambio a los mormones? ¿Me voy a los evangélicos? ¿Me hago judío? ¿Musulmán? ¿Acaso en las otras comunidades serán todos perfectos? Sigo siendo católico. Creo en Dios y creo que está feliz ahora que estoy conversando contigo.

Capítulo XIV

ACUSACIONES SACERDOTALES

En el kilómetro 10 del camino entre Puerto Varas y Ensenada, al borde del lago Llanquihue, la familia Kast Rist —dueña de los restaurantes Bavaria y de tierras ganaderas en el sur de Chile— construyó una casa de veraneo para Hans, el hermano sacerdote que pertenecía a la Pia Unión del Sagrado Corazón. Esa casa se destinó hace unos años como lugar de descanso para el padre Fernando Karadima, en ese tiempo un influyente y admirado clérigo. Se estilaba que los integrantes de la organización que tenían familias pudientes le hicieran aportes cuantiosos a «monseñor». En el caso de los Kast, la casa de veraneo ubicada a los pies de su extenso fundo sureño, era un cuantiosas donaciones espectacular. Hasta allá iban constantemente los sacerdotes de la Unión Sacerdotal y eran invitados por el cura algunos de sus jóvenes de confianza.

Hoy, Fernando Karadima no quiere ni oír hablar de Hans Kast, el actual canciller del Arzobispado de Santiago y director del Archivo Eclesiástico, quien se transformó en determinante acusador. En su declaración ante el fiscal Xavier Armendáriz, Karadima fue especialmente duro con su antiguo discípulo, quien durante largos años lo llenó de orgullo.

«Encuentro una infamia y una falsedad lo que él dice. Fuimos muy cercanos durante veinticinco años, veraneé con otras personas en su campo del sur muchas veces, pero nos distanciamos en 2005», señaló Fernando Karadima al fiscal Xavier Armendáriz cuando lo interrogó en la parroquia de El Bosque[1].

---

[1] Declaración de Fernando Salvador Miguel Karadima Fariña, nacido el 6 de agosto de 1930, sacerdote, ante el fiscal Xavier Armendáriz, 29 de junio de 2010.

Flanqueado por sus abogados y por el inseparable Francisco Costabal, alegó: «No me explico por qué su actitud, quizás le cayó mal algo que le pude haber dicho sobre sus estudios o lecturas o sobre su intento de cambio de nombre»[2]. Y continuó: «Su familia me quiere mucho (…)Yo tengo cincuenta y dos años de sacerdocio y no me voy a ensuciar las manos o los labios con algo indecente».

La alerta de Kast

Las palabras de Kast ante el fiscal Xavier Armendáriz, el 10 de mayo de 2010, marcaron un hito en la indagación judicial y en la investigación de la Iglesia. Ese día, un sacerdote reconocido como serio y estudioso, con alto cargo en el Arzobispado y antiguo miembro de la Pía Unión, hacía fuertes críticas a Karadima.

Pero Kast fue incluso más allá y puso alerta roja sobre lo que todavía podría estar ocurriendo en El Bosque. Por primera vez un sacerdote se atrevía a hablar en voz alta de la posible suspensión de quien parecía el intocable señor de ese reino. Se abría la puerta con la declaración de Hans Kast para continuar avanzando después de las denuncias iniciales, mientras decantaban dudas y discusiones dentro de la propia Unión Sacerdotal. Tras su testimonio, los intentos de descalificación a las víctimas quedaban cada vez con menos asidero.

Tres meses después, diez sacerdotes —a los que se sumaron otros dos— separaron filas a través de una declaración pública en la cual manifestaron que les parecían verosímiles las acusaciones. Y tres de ellos denunciaron ante el fiscal situaciones anómalas. Se empezaban a resquebrajar las murallas del bien armado castillo de Karadima.

Hans Kast, quien también es párroco de San Pedro de Las Condes, especificó que no fue a declarar a la Fiscalía como canciller del Arzobispado. Pero como esa es la posición que ocupa,

[2] Según Karadima, Kast pensaba cambiar su nombre Hans por Juan, que sería la traducción al castellano.

su voz adquirió especial fuerza, aunque su declaración no fuera como vocero oficial de la jerarquía metropolitana.

Además de su peso eclesial, Hans Kast tiene otra característica que no es un detalle para Karadima y sus incondicionales. Hijos de alemanes, los Kast se integraron a la elite local como empresarios y políticos. Hans es hermano de Miguel, el fallecido ex ministro de Pinochet, y de José Antonio, actual diputado y jefe de la bancada parlamentaria de la UDI.Y, asimismo, tío de Felipe Kast Somerhoff, ministro de Mideplan.

Hans Kast conoció a Fernando Karadima en El Bosque en 1978 y, tal como ocurrió con otros jóvenes, el párroco se convirtió en su «guía espiritual» desde 1980 hasta que entró al Seminario Pontificio Mayor de Santiago, en 1985. En esa época estudió Ingeniería Comercial en la Universidad Católica. Llegó al Seminario junto a cinco jóvenes, entre los que estaba Juan Carlos Cruz, a quien había conocido en El Bosque. Se hicieron amigos, pero se alejaron después, cuando el «formador» Rodrigo Polanco y «todos los de El Bosque me hacían la guerra», según relata el periodista. Kast fue ordenado sacerdote en 1991 por el entonces arzobispo de Santiago Carlos Oviedo Cavada.

Cuenta Hans Kast en su declaración que después de ingresar al Seminario seguía conversando con Karadima, «aunque mantenía una distancia, hasta el año 2005», cuando se alejó definitivamente «por estimar que había poca libertad»[3].

«Procesos muy lentos»

Como canciller del Arzobispado, a Hans Kast —hoy de cincuenta años—, le tocó recibir en su oficina de la calle Erasmo Escala a Juan Carlos Cruz, Jimmy Hamilton y José Andrés Murillo, cuando concurrieron a entregar sus denuncias ante el procurador de justicia eclesiástica. Pero en esos días, en que se sentían poco

[3] Declaración Hans Kast Rist, nacido el 17 de marzo de 1971, sacerdote, ante el fiscal Xavier Armendáriz, 7 de junio de 2010.

acogidos por la jerarquía, nunca imaginaron el tenor que tendría después la declaración de Kast.

Jimmy Hamilton conoció a Kast en El Bosque y lo apreciaba mucho. A mediados de 2009 decidió tomar contacto con él. Se encontraron en la cafetería de la Clínica Santa María. «Le señalé que en El Bosque pasaban esas cosas que yo viví», indica Hamilton.

«Él me dijo que sabía que hubo cosas muy extrañas y que él estaría dispuesto a escuchar mi declaración en la cancillería. Le conté que no había tenido respuestas y que quería reforzar mi nuevo testimonio. Esta segunda declaración que efectué en el año 2009 fue contemporánea de mi proceso de nulidad. Él recibió mi declaración, frente a un colega suyo, un notario eclesiástico que trabaja en la cancillería. No me dio copia. Lo más curioso es que, en un clima amable, él me preguntó: "¿Tú estás buscando algún beneficio económico?". Ante eso yo le respondí que era obvio que no. No necesito beneficios económicos.»

Paralelamente, sus testigos ante el proceso de nulidad —Cruz y Murillo— cuando captaron que Karadima ocupó con ellos el mismo *modus operandi*, fueron a hacer las respectivas denuncias donde Hans Kast.

En agosto de 2009, tras conectarse con Jimmy Hamilton, Juan Carlos Cruz vino a Chile a declarar como testigo en el proceso de nulidad del médico. Pero no fue la única diligencia de este tipo que hizo. Ya había escrito veinte páginas con su propia historia. Tomó el *pendrive* con su «biografía», y el 14 de agosto, al día siguiente de su cumpleaños, partió al edificio de Erasmo Escala. Hans Kast lo recibió en su oficina y, en su calidad de canciller, le tomó la declaración.

Un año antes habían hablado por teléfono. Juan Carlos le comentó que estaba enterado de que se había alejado de El Bosque. Kast se lo confirmó, pero no entró en detalles sobre los motivos de su salida. Quedaron de verse en un próximo viaje para conversar, pero el encuentro no se efectuó. «Nunca lo llamé. Me costó perdonarlo, porque yo había sufrido tanto en esos tiempos

del Seminario. Éramos muy amigos y me hizo la cruz cuando yo entré en conflicto con Karadima», cuenta en mayo de 2010, antes de saber lo que manifestaría Kast en la Fiscalía.

El encuentro en el Arzobispado en 2009 fue cordial pero tenso, según Cruz. Él le pasó su *pendrive* y el sacerdote lo conectó en su computador y lo fue leyendo. «Iba imprimiendo cada hoja que leía. Y cuando yo decía en alguna parte "eso era como una Gestapo", porque Rodrigo Polanco me hostigaba, Hans me decía "¿por qué no sacamos esta palabra?". Yo le pedí que la dejara. O cuando decía que "esto era como el KGB", me decía lo mismo. Al final, acuso a Juan Barros, Andrés Arteaga, Rodrigo Polanco, que participaron en todo eso y a quienes Karadima manipulaba. Hans me propuso que sacara los nombres de los obispos.»

Además, en varias oportunidades mientras leía —cuenta Juan Carlos Cruz—, le decía: «oye, yo no sabía nada de esto». Y a él le parecía raro, «porque yo vi que a él también le tocaron golpecitos y esas cosas».

—¿Se lo dijiste?

—No, no me atreví. Ahora se lo diría, pero en ese momento estaba un poco nervioso.

Después de esa declaración Juan Carlos Cruz regresó a Estados Unidos. «En octubre le mandé un e-mail a Hans, con copia a Cristián Contreras, obispo auxiliar de Santiago y antiguo amigo. Le decía que ya habían pasado dos meses y me parecía muy grave que no ocurriera nada. Y le hice ver que había otras dos personas que habían hecho acusaciones.»

José Andrés Murillo —recuerda Juan Carlos Cruz— «presentó su denuncia en 2003; Verónica Miranda, la ex señora de Jimmy Hamilton, en 2004; y Jimmy entregó la suya en 2005».

A los pocos días recibió una respuesta lacónica: «Juan Carlos, la investigación sigue su curso y la Iglesia no acostumbra informar de lo que está haciendo. Un cordial saludo, Hans Kast».

Para Juan Carlos la respuesta fue como un balde de agua fría. Tanto, que le mandó otro e-mail indignado a Cristián Precht,

vicario general del Arzobispado, a quien conocía de los tiempos de seminarista, en el que le reclamaba por la situación. Me contestó: «Cálmate, porque estas cosas son muy lentas».

Poco sabían las víctimas qué destino habían tenido sus denuncias. Jimmy Hamilton cuenta que un día llamó a Eliseo Escudero, el primer promotor de justicia ante quien declaró, y este le dijo que los hechos denunciados le parecían «creíbles». Alguna pista similar tenía sobre su proceso de nulidad, pero no mucho más.

Extrañas conductas de «FK»

Premunido de un documento escrito «con los antecedentes que puedo aportar al respecto, cuyo contenido ratifico en todas sus partes», llegó Hans Kast el 10 de mayo a la Fiscalía ubicada en la calle Los Militares. En su declaración confirma lo que explica con más detalle en una carta dirigida al fiscal Xavier Armendáriz.

Kast describe a Fernando Karadima «de personalidad fuerte, dominante, posesiva, con gran influencia sobre las personas, con una memoria privilegiada. No es corriente que las personas de su círculo le rebatan o le discutan».

«Conozco a Lira, Murillo, Cruz y Hamilton, cada uno en distintos grados de cercanía y en distintas épocas (...) Lo que puedo decir de ellos es que me parecen personas veraces y de ninguna de ellas advierto que exista algún tipo de motivación, como podría ser un cierto grado de resentimiento u otro motivo, que los haya llevado a inventar situaciones. A Fernando Batlle lo ubico menos, pues era más joven.»

En la carta explica: «En 2005 me alejé de FK [Fernando Karadima]. Estuve más de veinte años relativamente cerca de él. Algunas de sus conductas extrañas referidas hacia algunos adultos jóvenes las noté en los últimos años previos a 2005. Mi ánimo no es desprestigiar a nadie, solo consigno algunos hechos de los que fui testigo directo».

Llama la atención la despedida de Kast en su carta: «Fraternalmente en el Señor que nos invita a crear en Chile ambientes sanos y seguros para niños, jóvenes y adultos vulnerables».

En un primer anexo a su declaración, el padre Kast resume ordenadamente una serie de hechos que él vio mientras era asiduo de El Bosque. «Hasta 2005 fui testigo de algunas actitudes que no están a la altura de lo que se espera de una persona responsable, pasando a llevar los límites físicos, emocionales y conductuales cuando estaba en un ambiente de confianza, más distendido, con muy pocas personas y sin público», señala antes de dar paso a una síntesis de extrañas situaciones observadas. En su escrito llama al cura por sus iniciales, «FK», y describe los «hechos de los cuales fui testigo»:

«A dos adultos jóvenes los besó en la boca al menos en una oportunidad a cada uno de ellos. Fui testigo casual (...) Una vez me había despedido en forma normal de FK afuera de su pieza personal, de su domicilio en avenida El Bosque 822; él quedó en despedirse de uno de ellos y al devolverme por algo para atrás, lo vi».

«Otra vez, en su pieza de su domicilio, le dijo a otro "que sea un beso con lengua".» Señala, además, que Karadima llamaba a «algunos adultos y jóvenes en términos femeninos, y a uno de ellos una vez le dijo que era "su dama de compañía"». En otra oportunidad se refirió a un joven como "pololo", indica Kast.

Agrega que a James Hamilton, «con el que tenía confianza, ya que era como su médico personal en algunas cosas, le decía que hicieran "cueto profundo". Cueto es palabra que FK usaba en doble sentido y proviene de un programa televisivo que hacía un señor Cueto sobre temas sexuales y el matrimonio».

Recuerda también que «a un adulto joven un tiempo le puso el apodo de Cueto. Más tarde, él le rogó que no lo siguiera haciendo, ya que todos percibían el doble sentido de la palabra. A este también le decía que hicieran "cuetos profundos". Con este ha tenido una dependencia de alguna manera afectiva: un tiempo

hablaba todos los días por teléfono con él y se veían todos los días. Él debía ir todos los días a pesar de que vivía lejos. FK le dijo una vez: "Tengo este reloj para acordarme de ti"».

«Cuando estaba en un grupo del círculo más cercano, hablaba en ocasiones en doble sentido, soslayando temas genitales, tratando de que se entendiera como una broma, pero que en definitiva es el comienzo del *grooming*. El concepto de *grooming* tiene relación con la preparación de la víctima en un proceso de seducción donde el lenguaje no es indiferente.»

Como varios otros testigos, el sacerdote Hans Kast señala que vio también que «a un joven adulto al saludarlo le tocó una vez los genitales por fuera del pantalón, así como la parte de atrás [nalgas] y con palabras de doble sentido en "broma"».

Kast continúa: «Jugaba con el afecto, el doble sentido del lenguaje, bordeando los límites y a veces traspasándolos». Y recuerda algunos de los apodos: «Al señor José Andrés Murillo le decía "pinteado"», y «a un joven adulto le decía "ojitos verdes"». Así también, consigna en su documento que a un joven «le dijo que era bueno que no siguiera estudiando para que estuviera más cerca de él».

Menciona asimismo que «algunos jóvenes salían a veces a altas horas de la noche desde la parroquia por la puerta de atrás [calle Juan de Dios Vial]».

El padre Kast dedicó unas líneas al genio de Karadima: «Tiene un carácter que a veces es explosivo, dominador (además de una memoria privilegiada). Habría que preguntarse quién lo medicamenta con tranquilizantes y cuál es su historial medicamental».

Le llamó la atención también al actual canciller del Arzobispado que «una vez cuando pidió que se emitiera un certificado de la Curia, que le permitía tomar créditos en su tarjeta de crédito, y no se le otorgó porque el Departamento Jurídico de la Curia consideró que no correspondía, se molestó mucho».

Cuenta Kast que, en 2005, «después de estudiar cómo en muchos países elaboraban reglamentos de buenos tratos, le expliqué

a FK la necesidad del buen lenguaje y el buen trato hacia todo, pero no entendió».

Reflexiones y preguntas

Después de describir lo observado, Hans Kast hace una serie de «reflexiones y consideraciones para el discernimiento» en las que, sutilmente y a través de preguntas, deja entrever apreciaciones suyas sobre el actuar de Karadima:

«Hay que preguntarse si tiene un conflicto de poder, pide ser reconocido como "director espiritual". A veces da la impresión de que quiere reemplazar la figura del papá de algunos jóvenes, subvalorando a los padres reales.»

«Cuando hay ausencia de padre, hay que evitar que alguien se aproveche a veces siendo seductor al principio, para después eventualmente abusar de su poder, que él lo ve quizá como dirección espiritual estricta.»

«Intuyo que las personas mayores (hoy mayores de sesenta) en la parroquia y cercanas a FK no son las que han estado en la parroquia en los años ochenta y noventa, ya que algunos casados (con sus cuarenta y dos años en esa época) no disponían del tiempo para quedarse entre los jóvenes que estaban con FK hasta tarde. Puede ser que hayan ido todos los días a misa y se hayan quedado un día a la semana a cenar o que FK haya ido a sus casas a cenar, pero en esas cenas FK se contenía y no era como lo era a veces entre los jóvenes en confianza o en un ambiente más distendido.

»Hay que preguntarse si no hay algo de "transferencia sociológica" entre FK y algunos de sus dirigidos, creándose una dependencia psicológica. Por ejemplo, cuando FK estaba en alguna ocasión deprimido, lo estaba también en algunas ocasiones uno de ellos. Hay que preguntarse si FK a veces se hace la víctima. Quizá sea conveniente un informe psiquiátrico. Hay que preguntarse si es de alguna manera manipulador y si hay personas a las que puede hacer sufrir con su poder.»

Más adelante, Hans Kast se manifiesta abiertamente intranquilo porque los hechos denunciados se estuvieran repitiendo hasta ese momento. «Estoy preocupado por algunos adultos jóvenes y la influencia que pueda hacerles directamente o a través de otras personas de su entorno más cercano», señala.

Apunta también su inquietud hacia quienes lo rodeaban en ese momento: «Hay que preocuparse si hay víctimas en el grupo más cercano a él. Hay que ayudar a esas personas a liberarse sanamente».

Hans Kast trata de explicar por qué algunos sectores no querían creer en las denuncias. «El círculo más externo de sus dirigidos y amigos lo ve en las cosas más formales: misas, les habla de Dios y de la santidad, y lo admiran ya que no ven el abuso afectivo en las víctimas más cercanas, ya que en el grupo FK se contiene y habría que preguntarse si no hay algo como un "encantador espiritual". Este grupo no entiende que pudiera existir un abuso y si hubiera algún reclamo lo más probable es que defiendan al padre diciendo que se trataría de calumnias de personas desleales con FK o que son personas desequilibradas (...) Incluso este grupo externo de sus amistades le puede llevar jóvenes para que les hable de Dios y los "dirija" espiritualmente, sin percibir que algunos de esos jóvenes, que sean vulnerables, puedan sufrir abuso de poder.»

¿Ambiente inflamable?

En las palabras de Kast se refleja una real inquietud a partir de lo que él vio y del carácter de Karadima, a quien conoció de cerca. Advierte la necesidad de «considerar que a veces un abusador "elige" a sus víctimas "vulnerables" de manera que si llegan a reportar en el futuro algún abuso no les van a creer porque dirán que se trata de una persona en situación de vulnerabilidad y no es creíble. Si después de un tiempo llegara una eventual víctima a reportar abuso de FK, desacreditar a la víctima por su "perso-

nalidad extraña o explosiva" no es razón suficiente para asegurar que no hubo abuso. Un abuso grave deja secuelas graves, es como matar el alma de una persona».

«Hay que preguntarse —continúa Kast— si se está ante un ambiente inflamable, en que basta una pequeña chispa para que pueda pasarse a un abuso mayor. Personalmente no vi ese paso (además, es casi imposible verlo, ya que ocurriría entre dos personas)», advierte.

Cuenta que él siempre trató de que se evitara «el lenguaje en doble sentido, pero en 2005 ya me cansé y me alejé, traté de que su entorno más cercano asumiera su responsabilidad y ayudara a FK a evitarlo y mejorar lo que veía como negativo, pero no era escuchado, era más fácil para algunos cerrar los ojos y mirar para el lado como si nada hubiera sucedido, minimizando el problema; quizás no podían hacer nada».

Hans Kast manifiesta en su escrito su inquietud por «ayudar a sanar de raíz lo que se ha dañado», y recomienda «ver la forma de evitar riesgos con medidas cautelares inteligentes». Por eso indicó la conveniencia de alejar al menos temporalmente a Karadima de su misión sacerdotal. Era la primera voz próxima a la jerarquía que planteaba algo así.

Según Kast, «el grupo más cercano está al parecer en un callejón sin salida». Y cree que «agradecería (sin decirlo) que a FK, si la autoridad competente estimara necesario para restablecer el bien común, se le aleje por un tiempo, quizás no por menos de seis años, del contacto con los niños, jóvenes y adultos vulnerables, a una vida retirada, sin tomar dirección espiritual hacia otros (...) prohibiendo visitas de menores de cierta edad (o que no tenga diferencia de edad menor de veinte años. Si él tiene ochenta, que lo visiten personas mayores de sesenta)».

Se anticipó también Kast a la idea de que Karadima abandonara El Bosque para evitar que «siguiera influyendo directamente o a través de un tercero». Mencionó en esa declaración la posibilidad de «alejarlo por un tiempo prudencial».

Y directamente planteó que «la pregunta de fondo» sería si «resulta conveniente que tal persona siga ejerciendo el ministerio público». Aunque resulte «difícil demostrar un abuso concreto, por el contexto de la vida global de ese ministro, a veces es conveniente pedirle que no ejerza el ministerio público».

«¿Es conveniente que esta persona siga influenciando de esa manera a otros? Y si hay riesgo para jóvenes vulnerables, ¿cómo evitarlo con medidas cautelares y pertinentes?», insistió.

Riesgo de imitación

Según Hans Kast, la dirección espiritual es clave en el ejercicio de la dominación. Considera «extraña» la visión de Karadima sobre este asunto, «ya que todos sus cercanos tendrían que tomarlo como director por una especie de lealtad-amistad-obediencia y algunos lo llaman "santo". En las primeras misas cada "dirigido" ha tenido de alguna manera que explicitarlo», dice refiriéndose a la obligación, por parte de los sacerdotes de la Pía Unión, de demostrar la veneración que le tenían.

Por lo demás, Kast dejó planteado un elemento de preocupación que surge al conversar detenidamente sobre el tema: «Si no se da una señal de que las actitudes de abuso emocional son desviadas, se corre el riesgo de que algún "discípulo" el día de mañana imite conductas».

El 7 de junio de 2010, Hans Kast volvió a ir a la Fiscalía Regional a declarar ante el fiscal Armendáriz, quien le preguntó por el sentido del documento y le pidió algunas precisiones. En esa oportunidad, Kast aludió a la influencia de Karadima «sobre las personas que a veces puede ser mayor a lo conveniente». Y agregó que esto podría «generar una sumisión y puede ayudar a crear un ambiente o situación que podría ser proclive al abuso que se puede traducir en un abuso de carácter afectivo»[4].

---

[4] Declaración Hans Kast Rist, nacido el 17 de marzo de 1971, sacerdote, ante el fiscal Xavier Armendáriz, 7 de junio de 2010.

Volvió a insistir Kast en la «importancia de desactivar ese entorno». Precisó que «el entorno directo al que me refiero en mis comentarios lo constituyen las personas sabidas en esta investigación y que entiendo ya han comparecido a declarar». Y dio nombres: «Son fundamentalmente Diego Ossa, Julio Söchting y Juan Esteban Morales, que por lo mismo, y en especial los dos primeros, me parece que pueden ser víctimas de esta situación».

Hans Kast fue uno de los pocos testigos citados a declarar por el juez suplente del Décimo Juzgado del Crimen, Leonardo Valdivieso. El 2 de septiembre de 2010 ratificó en esa instancia los antecedentes entregados al fiscal Armendáriz. Al definir a Karadima, amplió y subió de tono la descripción: «Era de personalidad fuerte, un abusador de poder y además de abusador psicológico y sexual, dominante, posesivo, de gran influencia en las personas, con una memoria privilegiada como para acordarse de las cosas del pasado, muy hábil, no es corriente que personas de su círculo lo rebatan o le discutan, porque simplemente no lo acepta».

Amplió también sus apreciaciones respecto de las víctimas: «De Murillo y de Hamilton percibí que fueron acosados psicológica y afectivamente, esto yo lo presencié y ellos son personas veraces y no advertía en ellos un motivo para mentir acerca de este sacerdote»[3].

Señaló también ante el juez que él no sufrió abuso sexual de parte de Fernando Karadima, «porque yo no lo permití, manteniendo siempre un límite de sana distancia con él».

Y aunque dijo no haber visto situaciones de jóvenes o menores que hayan sufrido abusos sexuales después de 2005, indicó: «No tengo conocimiento aunque no los descarto».

---

[3] Declaración de Hans Kast Rist, ante el juez suplente del Décimo Juzgado del Crimen de Santiago, Leopoldo Valdivieso, 2 de septiembre de 2010.

En el alegato efectuado por el abogado Juan Pablo Hermosilla, el 8 de marzo, ante la Corte de Apelaciones, el profesional invocó el testimonio de Hans Kast y de otros tres sacerdotes que formaban parte de la Pía Unión Sacerdotal que testificaron en contra de Karadima: los dos hermanos Ferrada —Fernando y Andrés— y Eugenio de la Fuente.

Los hermanos Ferrada

El resquebrajamiento del castillo se fue haciendo más evidente en la medida en que los antiguos discípulos abandonaban al ex párroco de El Bosque y aportaban credibilidad al testimonio de las víctimas. Un segundo sacerdote apareció en escena ante el fiscal el 24 de mayo de 2010. El padre Andrés Ferrada Moreira, de cuarenta años, profesor del Seminario Mayor de Santiago y de la Facultad de Teología de la Universidad Católica.

Andrés Ferrada conoce a Fernando Karadima desde noviembre de 1988 cuando fue invitado por un amigo a la parroquia de El Bosque. Pero lo empezó a tratar más de cerca desde 1994. En los años 1995 y 1996 estuvo «en misión en la parroquia, lo cual implica ir un día a la semana y a veces también los sábados o domingos». El cura fue su guía espiritual durante un año, entre julio de 1999 y agosto de 2000. Después, Andrés Ferrada estuvo fuera del país —declaró al fiscal— hasta 2005, pero durante ese período tuvo «contacto telefónico asiduo con él». Y cuando volvió en 2006, siguió participando los lunes «hasta el día de hoy, en lo que llamamos la Unión Sacerdotal»[6].

Describió así a Karadima: «Se trata de una persona de carácter fuerte, colérico, que trata a las personas en principio con simpatía, pero también se puede enojar fácilmente». Además —dijo— «es capaz de ejercer una gran influencia en las personas, aunque ello naturalmente depende de quién se trate».

---

[6] Declaración de Andrés Gabriel Ferrada Moreira, nacido el 10 de junio de 1969, chileno, sacerdote, ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, 24 de mayo de 2010.

En su testimonio, Ferrada corrobora lo planteado por las víctimas: «Puede ser muy manipulador, por ejemplo, a través de hacer pensar que la salvación depende de la obediencia a él». Agregó otro antecedente que los denunciantes habían reiterado: «Y no actúa solo en ello, sino que también con quienes conforman su grupo más cercano, en el sentido de que otros hablan por él, previamente puestos de acuerdo». Y continuó: «Sé que ha tenido rupturas con el padre Kast y con el obispo Bacarreza».

Confirmó también Andrés Ferrada haber visto en los años 1994 y 1995 «como costumbre suya el darle golpecitos en el trasero y ocasionalmente también en los genitales a los jóvenes. Esto lo vi y siempre en público, lo que me incomodaba, pero como que nadie hacía mayor cuestión».

Un mes después se sumó a las acusaciones el sacerdote Fernando José Ferrada Moreira, hermano de Andrés, seis años mayor, con quien en el último tiempo se encontraba distanciado, precisamente por culpa de Karadima.

Fernando Ferrada indicó al fiscal Armendáriz: «El padre Fernando es una persona de carácter muy fuerte y con gran influencia sobre los demás, que puede ser decisiva y que impone su voluntad confundiéndola con la voluntad de Dios. Por ejemplo, a mí me alejó de mi hermano Andrés, que entiendo ya declaró en esta causa, dado que él se apartó de la influencia del padre Karadima, lo que duró varios años. Y solo ahora hemos vuelto a hablar después de que en todo este tiempo no lo haciamos, dado que esto ha sido un proceso paulatino de darme cuenta de lo que sucede».

Fernando Ferrada solicitó concurrir a declarar ante el fiscal por la arista del caso que se abrió en junio ante la denuncia de Óscar Osbén contra el sacerdote Diego Ossa Errázuriz, vicario de El Bosque en ese momento e integrante del círculo más estrecho de Karadima. Ferrada había llegado como vicario a la parroquia Jesús Carpintero de Renca cuando Ossa era el párroco. En marzo de 2009, Fernando Ferrada fue nombrado párroco y Ossa fue trasladado a El Bosque.

«En los primeros días de mayo de este año, creo que fue el día viernes 8, se me acercó a conversar Carlos Espinoza Díaz (...) quien me dijo que un antiguo acólito de la parroquia llamado Óscar Osbén Moscoso le había dicho que ocurrieron cosas de orden sexual con el padre Diego Ossa años atrás; no precisó fecha ni la sé, y que quería dinero (...) Aclaró que, por lo que tengo entendido, el padre Diego Ossa y Óscar Osbén se conocen hace muchos años, pues este lo siguió de la parroquia El Señor de Renca a Jesús Carpintero, y Óscar era muy regalón del padre Diego.»

El fiscal Armendáriz siguió la pista de esos pagos a Osbén en los que aparece involucrado incluso el obispo de Linares, Tomislav Koljatic, pasando una suma de dinero al ex acólito de parte de Karadima.

Siguiendo esa hebra se llegaron a detectar otros bonos especiales que habían beneficiado a la cocinera Silvia Garcés y a otros empleados de la parroquia; pero de acuerdo a las declaraciones ante la Policía de Investigaciones, todos los citados aseguran haber recibido el dinero como «ayuda humanitaria», lo que demostraría el «espíritu caritativo» del sacerdote.

El testimonio de Eugenio de la Fuente

Otro testimonio de peso en contra de Karadima proviene del sacerdote de la Pía Unión, Eugenio de la Fuente Lora, uno de los primeros en seguir los pasos de Hans Kast. Es en la actualidad párroco de la iglesia de la Medalla Milagrosa de Quinta Normal.

De la Fuente fue vicario de El Bosque entre 2001 y 2009, lo que implicó una vivencia muy cercana con Karadima, quien había sido su director espiritual durante casi veinte años. Y era parte de la Pía Unión Sacerdotal en 2010, cuando estalló el escándalo.

La descripción que hizo De la Fuente ante el fiscal Armendáriz coincide con la de muchos otros testigos. «Es enérgico, de mucho carácter, con mucha influencia en las personas, lo que depende también de las personas y de su historia de

vida»[7], expresó. Karadima —dijo— «tiene tendencia hacia el mal genio, es muy autoritario y en asuntos importantes en los cuales él tiene una opinión definida, nadie le lleva la contra, salvo quizás el padre Juan Esteban Morales.»

Y «la verdad —dice De la Fuente— es que «el carácter de Karadima infunde temor». Por otro lado —declaró—, «también lo veo como una persona generosa y preocupada por los demás si les ve alguna necesidad». Manifiesta, asimismo, que «él fue capaz de formar un movimiento grande e importante dentro de la Iglesia de Santiago».

El ex vicario de El Bosque coincide también con los denunciantes principales respecto de la relación de Karadima con la jerarquía eclesiástica: «A Karadima le costaba relacionarse con la autoridad superior a él, por su personalidad y porque era muy celoso del poder que significó su posición central y sin contrapeso que ha tenido en la parroquia El Bosque por muchos años, la cual la tiene hasta el día de hoy».

«Gestos paternales excesivos»

En una parte de su declaración judicial, el padre Eugenio de la Fuente expone un contrapunto: la dicotomía entre la importancia que Karadima tuvo en su vocación —al menos así lo sentía cuando declaró ante el fiscal Armendáriz en junio—, y el darse cuenta del abuso psicológico y sexual que ejercía el ex párroco. Señaló, asimismo, que «por los hechos que se investigan, muchos han abierto los ojos y se han alejado de él».

Destaca que «en lo personal Karadima me significó poder construir una relación mucho más fuerte con Dios, tomar en serio mi fe y descubrir mi vocación sacerdotal; fue un instrumento del Señor para ello; sin embargo, en los últimos años de vicario

---

[7] Declaración de Eugenio de la Fuente Lora, chileno, nacido el 5 de diciembre de 1967, ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, 7 de julio de 2010. La declaración ante el juez suplente del Décimo Juzgado del Crimen de Santiago, Leopoldo Valdivieso, fue el 2 de septiembre de 2010.

parroquial se me fue haciendo muy difícil la forma de relacionarme con él». Agrega que se sentía «oprimido por él, cansado, agobiado de la forma de relacionarse conmigo y con los que estaban en la parroquia de El Bosque, por su carácter duro y autoritario».

Explicó al fiscal: «Después de veinte años ya no fue mi guía espiritual, y me costó mucho tomar esa decisión, recé mucho por la cantidad de años y el vínculo de paternidad que había y se me decía que me podía traer consecuencias graves para mi sacerdocio, pues había una percepción de que uno estaba más seguro bajo el "alero" espiritual de Karadima. Conversé sobre mis dificultades con el padre Morales, hasta que luego de alejarme progresivamente (...) el propio Karadima me dijo que él dejaba de ser mi guía espiritual si yo le tenía miedo; y era efectivo que le tenía miedo. Yo tampoco quería continuar estando bajo su dirección espiritual»[8].

En esa época no rompió con la parroquia, a la que iba a veces. Hasta que a partir de abril de 2010, cuando empezó a saber «estas cosas que se están investigando tanto en la Iglesia, en la Fiscalía como en los tribunales, que se han sabido por la prensa o me enteré personalmente, ahora me he alejado del padre Karadima», declaró ante la justicia.

Testigos de cargo

Eugenio de la Fuente manifestó al fiscal que se había sorprendido por las acusaciones, «pues nunca había sabido nada relacionado con la esfera sexual en la parroquia El Bosque, aunque en esos tiempos vi gestos afectivos que consideré como paternales excesivos, sin contenido erótico, pero sí inadecuados o al menos imprudentes, cuando Karadima tenía gestos con los jóvenes que íbamos a la Iglesia, como por ejemplo, tocarles los genitales y a

[8] Declaración de Eugenio de la Fuente Lora, chileno, nacido el 5 de diciembre de 1967, ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, 7 de julio de 2010.

veces el acercarse para dar un beso como lo hace un padre a sus hijos, Karadima sacaba la lengua y la pasaba por la mejilla».

Se refirió también al «vocabulario ambiguo como de contenido sexual» de El Bosque. Recuerda el mentado caso de la palabra «cueto», pero manifiesta que «nunca me dio la impresión de estar en algo como un ambiente de homosexualidad, sino que eran incoherencias en la conducta esperable de un sacerdote, que no calzaban en ello, que se dejaban pasar porque se veían como afectos paternales excesivos».

Señala Eugenio de la Fuente que él nunca confrontó a Karadima sobre esta conducta, «pero sí en alguna ocasión lo comenté con el padre Morales, quien era el único que en mi opinión podría hacerlo». El comentario —relata— «fue rápido o superficial en referencia a que, según mi comprensión de ese momento, dichos gestos podrían ser malinterpretados por quienes los vieran, me refiero a besos en la mejilla en público».

Ante una pregunta formulada por el fiscal Armendáriz, Eugenio de la Fuente respondió categórico: «Los padres Ossa y Morales son el círculo más cercano de Karadima, siguen en todo su voluntad, teniendo el padre Morales más capacidad que Ossa para decirle cosas».

Lo mismo que Hans Kast, De la Fuente fue categórico al contestar sobre las denuncias: «Respecto a las acusaciones que se investigan en contra de Fernando Karadima, yo conozco a Hamilton, Batlle y Murillo, y de ninguno imaginé un vínculo sexual con Karadima. Sin embargo, a partir de lo que dicen ellos y testimonios de amigos, he llegado a la convicción de que ellos dicen la verdad, a lo cual sumo una nueva comprensión mía de estos afectos paternales que he señalado antes».

Su nombre, junto al del canciller del Arzobispado, Hans Kast, y al de los hermanos Ferrada se escuchó varias veces esa mañana de marzo en los alegatos en los tribunales. Incluso Luis Ortiz Quiroga, el abogado de la defensa, no se atrevió a refutar los dichos de estos sacerdotes a los que calificó de «testigos de cargo».

Confesiones en la «U»

Tras un intercambio de e-mails en enero de 2011, finalmente nos conocimos después de que había salido el fallo del Vaticano. Llegó a mi casa un poco tímido y dispuesto a conversar al comienzo solo *off the record* —que después levantó—, el jueves 3 de marzo, unos días antes del alegato del abogado Juan Pablo Hermosilla en la Corte de Apelaciones. Lo primero que me dijo mientras tomábamos el primer café me quedó en la memoria: «Esto es un asunto de dominación humana como pocas veces se ha visto. Aquí lo fundamental es la dominación psicológica que el padre Fernando ejercía sobre nosotros». Habíamos quedado en que lo conversado solo me serviría como antecedente. No era el ideal, pero era importante conocer sus puntos de vista, dado que es uno de los sacerdotes que testificó en contra de su ex director espiritual ante la justicia.

Pocos días después, recibí un e-mail para que me comunicara con él. Lo llamé y nos encontramos de nuevo. Estaba más suelto y finalmente accedió a sostener una entrevista. Nos reunimos dos veces más. A él lo que más le preocupa, y por eso está dispuesto a conversar, es que nunca más se vuelva a repetir una situación como la protagonizada por Karadima. La entrevista quedó programada para el día subsiguiente.

Nos reunimos un jueves en la tarde, dos días después de los alegatos en la Corte, en la sala de Consejo del Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile. Un espacio que no suele ser visitado por sacerdotes. Llegó con su formal *clergyman* —camisa gris— y chaqueta oscura. En sus manos traía una carpeta negra que depositó sobre la mesa. La figura de fray Camilo Henríquez miraba de reojo colgada desde la muralla. El tiempo se hizo corto, porque tenía que volver a celebrar misa en la tarde en su parroquia. Nos volvimos a juntar al día siguiente, en mi casa, para completar la conversación.

Eugenio de la Fuente Lora es el cuarto de cinco hermanos. Tiene cuarenta y tres años que apenas representa. Estudió en el

colegio Tabancura del Opus Dei e Ingeniería Comercial en la Universidad Diego Portales.

Se incorporó a la parroquia del Sagrado Corazón a fines de los ochenta. Ocasionalmente iba antes con sus padres a misa, hasta que fue «invitado por mi polola de aquel entonces». A ella —que no pertenecía al movimiento de El Bosque— le gustaba el Mes de María con misa, y por eso empezaron a ir a la iglesia colorada. Comenzó a participar más activamente e ingresó «al grupo de jóvenes llamados de Acción Católica de la parroquia»[7], como declaró después ante el juez Valdivieso.

Al principio, el director espiritual de Eugenio de la Fuente fue Andrés Arteaga, quien en esos años era vicario parroquial de El Bosque. Pero al poco tiempo pasó a ser dirigido por Fernando Karadima.

—¿Te dijo alguna vez que fueras su secretario?

—Sí, claro.

—¿Tuviste acceso a la pieza?

—Sí.

Cuando llegó a El Bosque, explica, le atrajo ese ambiente «de gran potencia espiritual» que encontró en la parroquia. «Había mucha gente en la misa, una juventud que se veía muy bullente, sana y la gente llegaba ahí buscando grandes ideales y se predicaba el deseo de la santidad. Y eso me llamó la atención.»

Corte de pelo controlado

Eugenio de la Fuente tomó la decisión de ser sacerdote al final de su carrera universitaria. Entró al Seminario Mayor de los Santos Ángeles Custodios en Santiago en 1992, junto al actual párroco Juan Esteban Morales. «Pero él —dice— había estudiado Medicina e incluso había trabajado, y como tenía una experiencia humana mucho mayor que uno, entró directamente a Teología, fue

---

[7] Declaración de Eugenio de la Fuente Lora, chileno, nacido el 5 de diciembre de 1967, ante el juez suplente del Décimo Juzgado del Crimen de Santiago, Leopoldo Valdivieso, 2 de septiembre de 2010.

como una convalidación». De la Fuente fue ordenado sacerdote en la Catedral por el arzobispo Francisco Javier Errázuriz, el 3 de junio de 2000, «el año del Jubileo», destaca.

Tras un corto tiempo en la parroquia Santo Tomás Moro, en el sector Ñuñoa y Macul, fue destinado en abril de 2001 a El Bosque como vicario. Ahí estuvo hasta marzo de 2009. Ocho años que se le hicieron largos, bajo la dirección espiritual y la jefatura parroquial de Karadima. Todavía le cuesta criticarlo. Dice que él contribuyó a despertarle su vocación, que no lo quiere juzgar, que aún no comprende lo que pasó. A ratos solo responde con pocas palabras y hasta con monosílabos. En otras oportunidades se queda pensando la respuesta y da alguna vuelta antes de contestar. Aunque lo tuteo, él nunca abandona el trato de usted, como queriendo marcar cierta distancia.

Le pregunto por la dirección espiritual, esa extraña subyugación al que él mismo se vio sometido por veinte años, y comenta: «La dirección espiritual es rara de entender si se mira desde el prisma de todo lo que ha pasado. Lo que se busca es una persona que a uno lo guíe, lo aconseje, lo pueda ayudar a discernir, pero la decisión final debe ser de uno. Que sea libre y soberana esa decisión. Es lo que plantea la Iglesia en los documentos más importantes».

—Pero otra cosa sucedía en El Bosque —le señalo.

—Es que uno va entrando bajo ese prisma. Uno hacía un acto de confianza en un hombre que estaba muy en contacto con Dios y que planteaba que la dirección espiritual era la forma de descubrir la voluntad de Dios. Uno de buena fe iba como entregando un poco esa voluntad en muchos ámbitos. Y al final lo que primaba era la voluntad de él en muchos sentidos. Y eso se va haciendo progresivamente más agobiante a lo largo del tiempo.

—Al fin, era la voluntad de Karadima y no la de Dios —le digo.

—Sí, ahora uno lo ve claramente.

—¿Hasta dónde llegaba? Algunos hasta le pedían permiso para comprar algo...

—Dependía de las personas. Algunas, por su perfil vital, eran más sumisas y otras más libres. Algunos, si querían comprar algo iban y se lo compraban, y otros sentían que tenían que preguntarle a él. Esto se extendía a todas las actividades de la vida. Por ejemplo, con quién ir de vacaciones o si uno podía invitar al obispo a la parroquia. O cosas tan personales como ir a ver a los papás o cortarse el pelo.

—¿Le tenían que pedir permiso para cortarse el pelo?

—Sí, claro, no sé si todos... Esto podía llegar a ser muy profundo y dependía de las características de cada uno.

En el momento en que se refiere a este tema, su rostro refleja una contracción, un gesto de agobio contenido. Se lo hago notar.

—Te cambió la cara al hablar de estos ejemplos de sometimiento a la voluntad de Karadima.

—Es que fue como volver a vivirlo. Sentí por un instante esa opresión.

«Como un padre con su hijo»

—En El Bosque había ciertos estratos diferenciados. ¿También ocurría eso con los curas?

—Había sacerdotes más cercanos y otros menos.

Le cuesta hablar de las conductas que observó en Karadima: «Lo que vi está clarito en la declaración. En ese tiempo me parecían gestos paternales, tratando de adecuar las cosas seguramente; los encontraba excesivos, exceso de afecto, de kinestesia y como algunas tonteras. Y en cierto modo, por los frutos que mostraba y por lo que se hablaba de la santidad y de cosas muy importantes, dejaba pasar por alto esos gestos. Y yo me decía: "Son tonteras nomás". Pero después, cuando he rebobinado en estos meses, he visto las cosas de otra manera».

—¿Cómo analizarías la situación ahora?

—No me atrevería a juzgarlo. Creo que un psicólogo tendría que ver lo que sucede con el padre Karadima.

—Pero tú viste toqueteos en los genitales, palmadas en el traste… y besos cuneteados.

—No vi besos cuneteados, pero sí que todo el mundo saludaba y se despedía de beso.

—¿Se despedían de beso con él y entre ustedes?

—No, no, con él solamente. Yo no me despedía de beso de nadie más —dice sonriendo.

—¿Y no les parecía raro que este señor saludara de beso a los hombres?

—No, porque era el papá.

—Y los trataba de «m'hijito».

—El «m'hijito» era como una cosa anticuada nomás. «M'hijo» era lo que más decía y yo solo lo veo como una cuestión de lenguaje antiguo.

—¿A ti nunca te intentó hacer nada en ese plano?

—No, no.

—¿Y no oíste nada de esto cuando eras vicario?

—No…

—Es bien extraño eso de no darse cuenta…

—No darse cuenta de las cosas más graves, porque uno veía. Creo que lo define muy bien el fiscal Xavier Armendáriz cuando dice que yo lo veía como «afectos paternales excesivos».

—Todos, en las diferentes conversaciones que he tenido y en los documentos referidos a las declaraciones, repiten la muletilla de «como un padre con su hijo». Es bien impresionante cómo se planteaba en el rol de papá…

—Fuera de lo que corresponde a un sacerdote; ahora uno se da cuenta de ello.

Sorpresa y apoyo

Eugenio de la Fuente estaba en su parroquia en Quinta Normal el 21 de abril de 2010 cuando apareció la noticia de que Fernando Karadima enfrentaba acusaciones de abuso sexual.

«Era muy temprano. Estaba en la capilla rezando y me llamó por teléfono un joven de El Bosque para contarme que Fernando Paulsen había leído *La Tercera* en un programa matutino de Chilevisión. Había dado a conocer esta noticia que salió en ese diario por primera vez. Y no lo creí.»

—¿Y fuiste a apoyar al cura...?

—Sí.

—¿Es cierto que hiciste gestión para que otros feligreses lo respaldaran públicamente?

—Bueno, sí. Esto se supo un miércoles y unos días después me llamó un sacerdote cercano al padre Karadima y me pidió si podía hablar con don José Said para que dijera lo que él estimara, en el fondo que al menos manifestara que esperaba que hicieran un juicio justo. Y don José, que había sido feligrés de El Bosque y no podía imaginarse una cosa así, accedió.

—¿Ese fue el origen de la declaración que apareció en *La Segunda*?

—Así es. Don José lo hizo con la mejor voluntad y porque yo se lo pedí. Lo conozco y él confió.

—¿Crees que a toda esa gente que siempre ha ido a El Bosque, que son los feligreses habituales, le pasó algo similar?

—Para todos esos feligreses de misa dominical creo que debe haber sido algo totalmente inverosímil. La iglesia se repletaba para las fechas importantes, para los retiros de Semana Santa, y escuchar al padre Fernando predicando a mucha gente le hacía un bien enorme, lo dicen hasta ahora. Gente que incluso cree que todo es cierto, dice: «A mí me hace mucho bien escucharlo». Por esa razón, para mí es un misterio lo que le pasa al padre Fernando. No soy capaz de decir por qué le pasó esto. No sé si está enfermo, qué grado de conocimiento y de percepción de la realidad tiene. La gente veía eso y era muy difícil de pensar que fuera cierto.

—¿Cuál fue el momento en que tú dijiste «esto es verdad»?

—Desde *Informe Especial* en adelante. A partir de ese programa se fueron dando hechos que me permitieron convencerme de las cosas. Y pude revisar y rebobinar.

—¿Tuviste conversaciones con otras personas?

—Sí, claro. Pero el *Informe Especial* fue muy importante porque a Jimmy lo conozco, a Fernando lo conocí desde chico junto a toda su familia y a sus hermanos, a José Andrés lo conocí en todo su paso por la parroquia. Y estuvo veraneando conmigo en la casa de Puerto Varas, de los Kast. Y a Juan Carlos no lo conocía, porque él se fue antes de que yo llegara en 1989, pero había escuchado muchas veces hablar de él, dentro del historial de la parroquia. Y ahora nos hemos hecho amigos.

»Jimmy es lleno de vida, es travieso, es simpático, pero jamás iba a inventar una cuestión así. José Andrés, incluso la primera vez, no quiso aparecer en la televisión, hizo una declaración muy seria, no admitió preguntas, y Fernando se veía muy afectado. Además, hablaban de ciertas cosas que yo había vivido, como esos retos en que se juntaban para decirle a uno una cosa. Que el padre mandaba a uno a retarlo a través de otro eran situaciones que se vivían.

Una eternidad siniestra

—Dices en tu declaración que te agobiaste con el carácter de Karadima… Es distinto que lo diga un sacerdote y ex vicario suyo a que lo diga una de las víctimas…

—Sí, el padre tenía muy mal carácter.

—¿Es gritón?

—Sí, tiene muy mal carácter, no quiero patear al padre en el suelo, pero quiero que se entienda un contexto de algo que pasó y que no debe volver a pasar nunca más y que es el *modus operandi* errado para una cosa que fue muy triste.

—Ese mal carácter rebotaba en ustedes…

—Era la forma de ser de él, pero no tiene nada que ver con la verdadera dirección espiritual, con lo que debe ser un sacerdote para sus feligreses. Es cierto, ese mal carácter rebotaba en nosotros.

—Y los hacía estar atemorizados...

—Sí, con miedo.

—Además, les inculcaba miedo con el Infierno y con los demonios.

—Él hablaba un poco de esos temas. En ese ámbito yo no tenía tanto miedo, porque no enganchaba. Quizá porque he tenido una devoción muy fuerte al papa Juan Pablo II, a quien admiro mucho, y ese discurso teológico a mí no me entraba tanto.

—Ese discurso de la condenación a muchos les provocaba pesadillas con los infiernos que les pintaba. Con una eternidad mala...

—Parte de su predicación era eso, justamente una eternidad mala, el Infierno. Una eternidad siniestra. Hablaba de condenarse —que ya es una palabra tremenda— para siempre.

—El concepto de «siempre» lo reiteraba mucho al referirse a la condenación...

—Es una escuela antigua. Es parte de la predicación de una teología que no es más pura de la Iglesia, que se basa en que Dios se hace hombre por amor a nosotros y nos va a redimir para que tengamos una eternidad plena y feliz. Esa es la verdadera teología: un Dios salvador de amor y misericordia. El padre Fernando como que se quedó en esa escuela antigua, aunque también hablaba a veces del Cielo y de la misericordia de Dios, y en su predicación estaba muy presente la Virgen María.

—¿Qué decía en sus prédicas sobre el Infierno?

—En algunas ocasiones decía: «si es que el Infierno fuera como una roca y va cayendo una gota de agua cada mil años, y esa gota fuera socavando la roca hasta llegar a romper la piedra, aun así la persona sentiría que tendría salvación alguna vez. Sin embargo, eso en el Infierno nunca pasará». Y había una voz que decía «para siempre, para siempre». Era como un reloj o algo así

que marcaba ese tiempo sin fin. Como queriendo remarcar el concepto de eternidad.

—¿Y el Cielo cómo era?

—No recuerdo exactamente, porque eran mucho más impactantes las imágenes que usaba para el Infierno. Pero alguna vez comentó que el padre Hurtado caminaba con él por unos campos, y él en ese Cielo le mostraba «la virgencita» y los lugares preciosos del Cielo, la alegría del Cielo, un poco como se lo imaginaba él. Pero claramente quedaba mucho más marcado lo que predicaba sobre el Infierno, por el terror que infundía.

—¿Qué pecados destacaba?

—La avaricia…

—Curioso, porque él tenía hartas cosas materiales de las que no se deshacía. ¿O era para que le dieran plata los feligreses?

—No, no apuntaba para allá.

—¿Pedía plata para los pobres y se la dejaba para él?

—Eso es una caricatura, porque él tenía como una especie de misericordia con la miseria.

—Un jardinero de El Bosque de los que fue a declarar nos contó que le había dado plata para una operación de su mujer y lo quería mucho por eso. Y dijo que no creía nada de las acusaciones y le caía mal Benedicto XVI después del fallo…

—Debe haber sido así. Pero no tengo noción de haber percibido que esas ayudas las diera para que los jardineros o los empleados le taparan cuestiones. No podría decirlo. A él le bajaba como una conmiseración fuerte hacia la gente que veía en una situación imposible.

—¿Y el trato con el personal cómo era?

—Él tenía mal genio.

—¿Entonces de repente si veía a alguien afligido podía querer ayudarlo?

—Sí, sí, sí.

«Me cansé de sentirme oprimido»

El rol del vicario —que es designado por el obispo— es ayudar al párroco en lo que necesite, explica Eugenio de la Fuente. «En lo pastoral o en las actividades de la parroquia. Estaba para ayudar en todo lo que significa la vida pastoral.»

—Cuando eras vicario eras un típico Karadima boy. ¿Te retaba?

—Sí me mandó retar y me retaba muchas veces.

—¿Por qué?

—Por cosas de la parroquia, su funcionamiento como vicario y también por cosas personales.

—¿Mandaba en El Bosque como un señor feudal?

—Sí.

—¿Por qué se produjo en tu caso la pelea con este señor feudal?

—Diría que me cansé de tener miedo y sentirme oprimido.

—¿Oprimido en tus decisiones personales y pastorales?

—Vitalmente. No quiero profundizar más en eso.

—¿Qué hizo Karadima cuando un sacerdote como tú le señaló eso? A las víctimas les decía que tenían el demonio adentro. Pero el vicario no podría tener el demonio adentro…

—Todo el mundo podía tener el demonio adentro —dice sonriendo.

—¿También te lo dijo?

—No me lo dijo de esa manera, pero había distintas formas de decir que uno estaba mal. Desobediente… Pero de verdad no quiero entrar más en eso, porque son cosas personales de él y mías…

—Fue un período bien complicado de tu vida…

—Complicado, pero la decisión fue pacificadora. Y el proceso no fue tan lento como pensé que iba a ser. El distanciamiento definitivo ocurrió cuando fui nombrado vicario en otra parroquia. Y después mantuve una amistad con el padre. No me mandé cambiar de El Bosque, sino que iba a verlo. No rompí definitivamente en una pelea.

—¿Cuándo terminaste la dirección espiritual?

—En marzo o abril de 2009, después de irme de la parroquia.

—¿Cómo tomaron los sacerdotes de la Pía Unión la decisión del arzobispo Francisco Javier Errázuriz de sacarlo de párroco en 2006?

—Yo lo consideraba un acto de injusticia tremendo, porque había sacerdotes mucho mayores que él, mucho más dañados en su salud, más imposibilitados pastoralmente, que seguían hasta los noventa años siendo párrocos. No lo podía comprender.

—¿Es cierto que hubo manifestaciones críticas frente al arzobispo en ese momento?

—Sí.

—¿En qué se expresaron?

—[Silencio y luego responde.] Bueno, había una actitud interior crítica hacia el arzobispo. Considerábamos que el padre Fernando había sido un aporte tan grande a la Iglesia de Santiago que no dejarlo un par de años más con todos los frutos que estaba dando no tenía razón de ser. Y criticamos esa decisión.

—¿El cardenal Errázuriz solo esgrimió el tema de la salud y la edad?

—No, también la cantidad de años que llevaba el padre Karadima de párroco, y eso era un argumento razonable, considerando los criterios de la Arquidiócesis, pero uno no lo encontraba así en ese momento. Para uno, viendo la cantidad de gente que iba a la parroquia, a cuánta gente veía que le hacía bien la prédica del padre Fernando, cómo salían felices los que iban, la cantidad de juventud que se juntaba y las vocaciones que surgían, uno decía: «Cómo no va a valer la pena dejarlo dos años más». Uno pensaba que era una situación digna de excepción.

—¿No tenías idea de que había denuncias ante la Iglesia?

—No, ni juicios ni presentación de querellas.

—En 2006 fue nombrado párroco Juan Esteban Morales. Tú eras vicario, ¿Karadima seguía siendo el dueño de El Bosque?

—Sí.

—¿Cómo era tu relación con Juan Esteban Morales?

—En justicia, tengo que decir que Juan Esteban me apoyó mucho y me acogió en momentos en que me sentía muy agobiado y cansado.

—Era como tu jefe…

—Era mi párroco, pero yo no lo sentía tanto como mi jefe. Mi jefe seguía siendo el padre Fernando. Con Juan Esteban era muy amigo y le sigo guardando cariño.

Características de secta

—¿Hasta qué punto consideras que lo que se generó en El Bosque tiene características de secta?

—En la medida en que se formó esta dependencia del padre Fernando tiene características de secta. Visto ahora, en perspectiva, el conjunto de personas sobre las cuales el padre Fernando logró entrar tan profundo a su conciencia, se puede decir que El Bosque adquirió esas características. Toma la forma de secta cuando el corazón asume la convicción de que el padre Fernando era un hombre santo, y el padre Fernando exige una adhesión incondicional a su persona.

»No me refiero a la gente que va a misa el domingo. Esas personas cuando saben esta verdad, sufren, lloran. Al principio, lo encuentran inverosímil, pero después lo aceptan.

—Respecto a lo de santo, él habría influenciado para que le dijeran «santo» y muchos le decían así…

—Lo de santo era como un sobrenombre que se le decía a él y también una especie de muletilla que se usaba en el trato de unos con otros. Como era un ambiente de parroquia, religioso, de repente alguien le podía decir a uno: «¿Oye, santo, cómo has estado?».

—¿También se trataban entre ustedes de «santo» como quien se trata de «compañero» o «camarada»?

—Sí, entre nosotros, era como una especie de muletilla. En ese sentido, como yo lo percibí, independiente de que al padre Fernando se le consideraba un santo, lo del trato era como una cosa más liviana de contenido. Era parte de una jerga.

—Pero también se creía que cuando muriera lo iban a canonizar…

—Había algunos que tenían esa idea. No fue una cosa que se hablara tan expresamente, pero creo que algunos estaban convencidos de que el padre era un santo. Yo aceptaba eso a regañadientes, porque es un hombre con carácter terrible, una persona difícil en el trato. Pero a veces uno pensaba que ha habido gente tremendamente positiva para la historia, no solo en el ámbito de la Iglesia, con mal carácter, porque nadie es perfecto en todo. Y en ese sentido uno podía pensar: «Puede ser».

Para Eugenio de la Fuente «es importante ver cómo se gestó este cóctel que permitió una historia como la que pasó». Y se preocupa de recalcar: «En primer lugar, en la Iglesia no hay cabida para una cosa así; la Iglesia no es una secta».

—Pero pasó…

—Tal como pasa al interior de un Estado o con la tragedia de Jonestown, donde se suicidaron todos adentro de una casa[19]. Las personas que contiene la Iglesia son parte de una sociedad pluricultural y pluriambiental. Entonces, si una persona que trae una enfermedad basal combina esto con la autoridad que le da su sacerdocio, es un cóctel explosivo, pero ni se acerca en un cero por ciento a lo que es la Iglesia. Es sumamente importante darse una vuelta por un perfil psiquiátrico de la persona del padre Karadima para ver qué fue lo que permitió que esto ocurriera.

[19] Alude al suicidio masivo de la secta Templo del Pueblo en Guyana en 1978, donde murieron más de novecientas personas, incluyendo doscientos setenta niños. La secta había sido fundada por James Warren Jones en Indiana, Estados Unidos, en 1953.

Conciencia y libertad

Según el padre De la Fuente, «lo más importante es lo sagrado que es la conciencia del hombre y el tema de la libertad» y, en este caso —señala—, al haber dominación, se ha anulado u «obstaculizado la libertad de jóvenes que tenían grandes ideales».

—Y transforma esto en una sumisión a su persona —le comento.

—Sí.

—Y los priva de libertad, los hace temerosos.

—Sí.

Busca explicaciones para comprender los porqué del actuar de Fernando Karadima: «El hecho de que haya surgido fue producto de un problema basal del padre Fernando».

«Creo que hay un conjunto de cosas que generaron su personalidad, que fue sacerdote y que tenía un carisma muy potente para atraer gente. Su parroquia estaba siempre llena. Tenía como un don humano, una predicación fuerte, con mucha convicción en lo que decía. En el llamado a la radicalidad del camino para ser santo. Y de ahí, de esa atracción que provocaba, uno comenzaba a confiar en que a través de él uno lograría el camino de la santidad. A uno lo convencía de eso. Y ahí está el problema.»

Eugenio de la Fuente sostiene: «Nos convencía de que la santidad se lograba a través de su dirección espiritual y de una obediencia completa a él. Y ahí es donde se distorsiona la verdadera doctrina de la Iglesia Católica sobre el respeto a la conciencia, que define la Iglesia, y a la libertad, que describen el Evangelio, Jesucristo y la Iglesia. Se habla de que Jesucristo respeta absolutamente la libertad. Cuando se fue el joven rico, él lo miró con tristeza, pero no lo presionó».

Desde las primeras conversaciones que sostuvimos hasta la última entrevista, Eugenio de la Fuente insiste en su inquietud porque una historia como la de Karadima no se vuelva a repetir.

—¿Qué harías tú para que en realidad fuera un «nunca más»? —le pregunto.

—La apertura a la justicia eclesial, civil, conversaciones como esta, y tratar de ser un sacerdote de acuerdo al perfil que nos muestra Jesucristo y la Iglesia, son la mejor forma de aportar para que esto no vuelva a ocurrir. Y junto a eso, estar atento para no dominar ninguna conciencia.

Para él, algo esencial «es que la gente entienda que la del padre Karadima no es la forma de guiar al ser humano en la Iglesia. Yo en algún momento creí que lo era y me doy cuenta claramente de que no lo es. Porque no correspondía a lo que mi corazón me pedía, y forcé mi corazón hacia eso».

En ese sentido —señala—, «la verdadera guía que hace un sacerdote de acuerdo con la doctrina de la Iglesia es el respeto sagrado a la conciencia que aparece en el Concilio Vaticano II y la certeza de que un acto para que sea realmente bueno requiere la libertad soberana que Cristo nos regaló».

Después de la traumática experiencia vivida en El Bosque y de captar la magnitud de la dominación de la que también fue víctima, el padre Eugenio de la Fuente ha buscado textos de la Iglesia Católica que refuerzan la importancia de la libertad del hombre en la búsqueda de Dios. En su carpeta negra lleva dos páginas con algunos párrafos destacados en amarillo. Son citas del documento *Gaudium et Spes* del Concilio. Me muestra una: «La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que este se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquella».

Y señala una referencia a la libertad, del mismo documento: «La orientación del hombre hacia el bien solo se logra en el uso de la libertad (...) La verdadera libertad es signo eminente de la imagen divina del hombre»[11].

[11] Constitución Dogmática *Gaudium et Spes* 16-17. Concilio Vaticano II. Referencia a «Dignidad de la conciencia moral» y a «Grandeza de la libertad». El otro documento que Eugenio de la Fuente menciona sobre estos temas es la Carta Encíclica *Veritatis Splendor*, 38-39, de Juan Pablo II, que desarrolla el concepto «Dios quiso dejar al hombre "en manos de su propio albedrío"».

«No me costó firmar la declaración»

El proceso vivido durante el último año no ha sido fácil para Eugenio de la Fuente, como tampoco para los otros sacerdotes que formaban la organización impulsada por Karadima.

—¿No te ha planteado dudas sobre tu vocación sacerdotal el remezón que has experimentado?

—No. Creo firmemente que la Iglesia fundada por Jesucristo y habitada por el Espíritu Santo, a pesar de la debilidad y pecado de sus hijos, sigue siendo el faro referente del amor sin límites al cual está llamado el hombre, y la puerta hacia los horizontes infinitos de los grandes anhelos del corazón humano.

»El dolor de todas estas situaciones nos impele a trabajar por ser cada vez mejores para que pueda resplandecer limpia y transparente la auténtica imagen de la Iglesia. Estoy feliz de ser sacerdote —dice, con voz firme, el párroco de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa.

—¿Hasta cuándo participaste en forma activa de la Unión o Pía Unión Sacerdotal?

—Yo seguí participando en la Unión Sacerdotal durante el comienzo de 2010, pero de a poco dejé de ir.

—¿Se siguen reuniendo los lunes en El Bosque en la misa de diez de la mañana?

—Supongo, yo no he ido.

—¿Y qué hacen el resto del día?

—Se dividen en pequeños grupos que almuerzan juntos. Es poco común que se junten todos a almorzar.

—¿Hasta que se hicieron públicas las denuncias Karadima encabezaba esa misa y las actividades?

—Sí, hasta que estalló todo esto. El obispo le pidió que no ejerciera el ministerio público como medida cautelar. Estuvo un tiempo viviendo en la parroquia y después se fue a distintas casas.

—¿Les costó mucho dar el paso de firmar la declaración en que señalan que las denuncias eran verosímiles?

—Puedo hablar por mí y no me costó. Sabía que era un momento doloroso porque había muchos amigos ahí, gente que uno sigue apreciando, y en ese sentido tuvo algo de dolor, pero en cuanto a la decisión, no. Eso fue en agosto.

—Y declaraste dos veces en el juicio, antes y después de eso...

—Fue muy especial, algo que nunca pensé que me iba a tocar en mi vida.

Cuenta, sin embargo, que se sintió muy bien con el fiscal Xavier Armendáriz. «Una persona muy humana. Es un tipo con el que uno se siente cómodo conversando, aunque no estaba en absoluto en mi ADN ir a hacer una declaración a la justicia».

—Y el otro juez, Valdivieso, ¿te entrevistó?

—No lo conocí, a mí me entrevistó la actuaria.

—Y después de todo, ¿te sigues sintiendo parte de la Unión Sacerdotal?

—No, ya no —dice el párroco Eugenio de la Fuente, sin dudar.